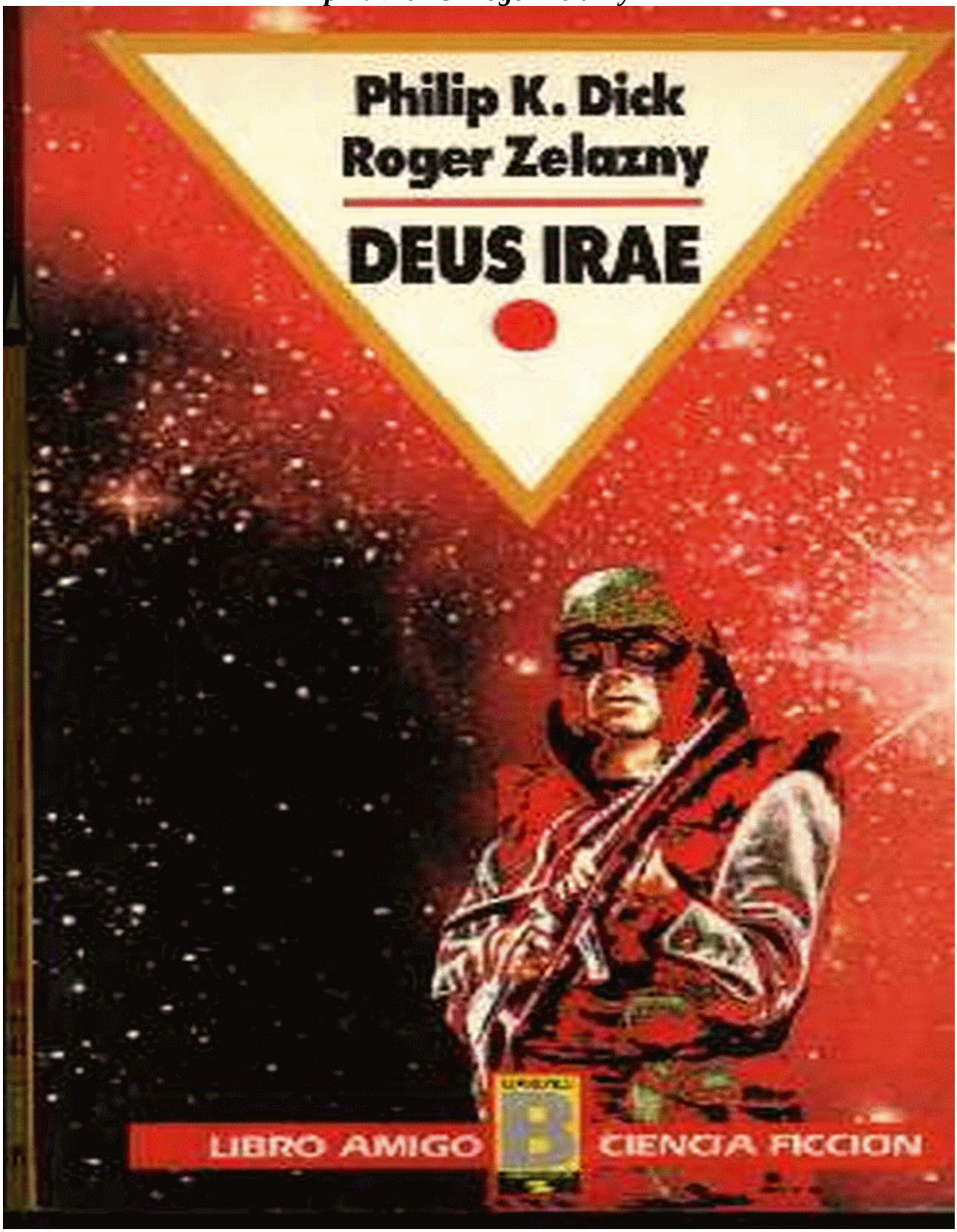
DEUS IRAE

Philip K. Dick & Roger Zelazny



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A la entrañable memoria de
Stanley G.Weinbaum, por haber
dado al mundo su relato
«Una odisea marciana»

1

La vaca con manchas negras tiraba del carrito con ruedas de bicicleta. Y en la puerta de la sacristía, el padre Handy, dando un vistazo al sol de la mañana desde Wyoming hacia el norte, como si el sol viniera de esa dirección, vio al empleado de la iglesia, el tronco sin miembros y con la cabeza llena de bultos, balanceándose como en un viaje fantástico, al ritmo de una lenta giga, mientras la vaca Holstein chapoteaba en su avance.

Un mal día, pensó el padre Handy. Porque tenía que dar malas noticias a Tibor McMasters. Volviéndose, entró nuevamente en la iglesia y se ocultó. Tibor, en su carro, no lo había visto, pues en ese momento era presa de náuseas y oscuros pensamientos; siempre era así cuando el artista llegaba para comenzar su trabajo: estaba enfermo del estómago y cualquier olor, cualquier imagen, aun la de su propia obra, lo hacía toser. Y el padre Handy se interrogaba sobre esto, el rechazo de las percepciones sensoriales a primera hora del día, como si Tibor, pensó, no quisiera estar nuevamente vivo durante otro día.

El sacerdote disfrutaba del sol. El cálido olor de los tréboles, de las praderas de Charlottesville, Utah, que lo rodeaban. El tintineo de las plaquetas de las vacas... olfateó el aire que llenaba su iglesia y, sin embargo..., no la imagen de Tibor, sino su conciencia del sufrimiento del hombre sin miembros; eso le preocupaba.

Allí, detrás del altar, estaba la minúscula parte del trabajo ya terminada; cinco años necesitaría Tibor, pero el tiempo no contaba en un tema de esta clase: eterno... no, eterno no, porque las cosas hechas por el hombre -pensó el padre Handy- están condenadas..., pero durará mucho tiempo; estará aquí durante generaciones. Las otras personas sin brazos, sin piernas que llegarían después, no se arrodillarían porque les faltaba el equipamiento fisiológico; eso era oficialmente aceptado.

-Muuuuu -mugió la vaca Holstein, mientras Tibor, por medio de su sistema extensor U.S. ICBM, tiraba de las riendas para detenerla en el patio posterior de la iglesia, donde el padre Handy guardaba su «Cadillac» 1976, inmóvil y desprovisto de neumáticos, dentro del cual unos pollitos pequeños y encantadores, con plumajes alegres, dorados, luminosos, porque eran Bantam mexicanos, pasaban las noches, estropeándolo..., y sin embargo, ¿por qué no? El estiércol de hermosos pájaros que vagabundeaban formando una pequeña bandada, conducidos por Herbert G., el gallo que hacía siglos se había lanzado a una confrontación con todos sus rivales, había ganado y había vivido para ser seguido; un conductor de animales, pensó el padre Handy, melancólicamente. Era una cualidad innata de Herbert G., que, ahora, hurgaba en el suculento jardín buscando bichos. Mutantes especiales y gordos.

El sacerdote odiaba los bichos; había demasiadas variedades raras, que habían aparecido de un día para otro después de la lluvia radiactiva... de modo que amaba a los predadores que se alimentaban de rastreros quitinosos, amaba a su rebaño -era gracioso pensarlo- ¡de pájaros! No de hombres.

Pero los hombres llegaban, por los menos en el Día Sagrado, el martes, para diferenciarlo (a propósito) del arcaico Día Sagrado cristiano, el domingo.

En el patio trasero, Tibor separó su carrito de la vaca. Luego, movido por la energía de las baterías, el carrito subió por su rampa especial de tablones de madera y entró en la iglesia. El padre Handy lo oyó dentro del edificio: la llegada del hombre sin miembros que, haciendo arcadas, luchaba por controlar su cuerpo abreviado, para poder retomar el trabajo donde lo había dejado ayer, a la puesta del sol.

El padre Handy preguntó a Ely, su mujer:

-¿Tienes café caliente para él? Por favor.

-Sí -contestó ella, seca, respetuosa, pequeña y marchita, como si careciera de humedad propia; a él le disgustó la falta de atractivo de su cuerpo mientras la miraba disponer una taza de Melmac y un platillo, no con amor, sino con la fría devoción de la mujer de un sacerdote, por tanto, la sirvienta de un sacerdote.

-¡Hola! -llamó alegremente Tibor.

Siempre alegre, como profesionalmente, por encima de sus repetidas náuseas fisiológicas.

-Negro -dijo el padre Handy-. Caliente. Aquí mismo.

Se hizo a un lado, para que el carrito, que resultaba enorme dentro de un edificio, pudiera pasar por el corredor, y entrara en la cocina de la iglesia.

-Buenos días, señora Handy -dijo Tibor.

Ely Handy dijo en tono polvoriento y sin mirar al hombre sin miembros:

-Buen día, Tibor. La pax sea contigo y con tu bendita chispa.

-¿Pax o viruelas? -preguntó Tibor, e hizo un guiño al padre Handy.

No hubo respuesta; la mujer se ocupaba en fruslerías. El odio, pensó el padre Handy, puede adoptar formas maravillosas, excesivamente atenuadas; súbitamente deseó que fuera directo, abierto, maduro y bien dirigido. No esta mera falta de gracia, esta formalidad... La miró sacar la leche de la nevera.

Tibor comenzó la dificultosa tarea de beber café.

Primero tenía que detener su carrito. Colocó el freno. Luego separó el relé, controlado por solenoides, del circuito ambulatorio y envió energía de la batería de helio líquido al circuito manual. Una limpia extensión tubular de aluminio se estiró y, en su extremo, un mecanismo de presa de seis dedos metálicos, cada uno de los cuales estaba conectado por separado a los músculos del hombro del hombre sin miembros, asió la taza vacía. Entonces, cuando Tibor vio que todavía estaba vacía, miro inquisitivamente.

-Está en el fuego -dijo Ely, sonriendo significativamente.

De modo que hubo que quitar el freno del carrito. Tibor fue hasta la cocina, volvió a aplicar el freno del carrito por medio del relé controlado por solenoides y envió su mecanismo de presa a levantar la cafetera. El extensor tubular de aluminio, parecido a un brazo, levantó tediosamente la cafetera, con un movimiento casi parkinsoniano, hasta que, finalmente, Tibor se las arregló, por medio de todos los elaborados componentes de conducción ICBM, para servir café en su taza.

El padre Handy dijo:

-No te acompaño porque tuve espasmos pilóricos anoche y al levantarme esta mañana. -Se sentía irritable, físicamente. Como tú, pensó, tenso (aunque sea Completo), problemas con mi cuerpo esta mañana; con las glándulas y las hormonas. Encendió un cigarrillo, el primero del día, saboreó el tabaco genuino y blando, exhaló y se sintió mucho mejor; un producto químico controlaba el exceso de producción de oro y ahora se sentó a la mesa, mientras Tibor, que aún sonreía alegremente, bebía el café recalentado sin quejarse.

Y sin embargo...

»A veces, el dolor físico es una precognición de cosas malignas que se acercan, pensó el padre Handy, y en tu caso, ¿es eso? ¿Sabes qué es lo que voy a decirte -lo que debo decirte- hoy? No hay elección, y, por tanto, soy yo, sólo un hombre-gusano a quien se le dice y que, los martes, dice, pero eso es sólo un día y sólo una hora de ese día.

-Tibor -dijo-, ¿wie geht es Heute?

-Es geht mir gut -respondió instantáneamente Tibor.

Ambos amaban su recuerdo y su uso del alemán. Significaba Goethe y Heine y Schiller y Kafka y Falada; ambos hombres, juntos, vivían para esto y de esto. Ahora, como el trabajo vendría pronto, era un ritual que rozaba lo sagrado, un recuerdo de las horas posteriores a la puesta del sol, cuando era imposible pintar y sólo podían -tenían que- hablar. En la semioscuridad de los faroles de petróleo y la luz del hogar, que era una mala fuente de luz,

demasiado irregular, por lo que Tibor se había quejado, en su estilo discreto, de fatiga visual. Y eso era un presagio terrible porque en ningún lugar de la zona Wyoming-Utah había un tallador de lentes; ningún trabajo de refracción de cristales había sido posible últimamente, al menos por lo que sabía el padre Handy.

Se requeriría una Pere para que Tibor obtuviera gafas si era necesario, y se resistía a eso, porque con mucha frecuencia el empleado de la iglesia a quien se intimidaba para que emprendiera una Pere, partía y no retornaba nunca. Y ni siquiera se enteraba de las razones; más allá, ¿las cosas eran mejores o peores? Podría ser -lo había decidido a partir de las declaraciones de las noticias radiales de las seis de la tarde- que fueran las dos cosas; dependía del lugar.

Y el mundo, ahora, era muchos lugares. Las conexiones habían sido destruidas. Las conexiones que habían hecho posible la antiguamente castigada «uniformidad».

-«Tú entiendes» -entonó el padre Handy, en un sonsonete, citando Ruddigore. E inmediatamente Tibor dejó de beber su café.

-«Creo que sí» -entonó a su vez, terminando la cita-. «Ese deber, el deber ha de ser cumplido» -dijo entonces. La taza de café fue apoyada, un elaborado rechazo que requirió el uso de muchos cables y conductos que se abrieron y se cerraron.

-La regla -dijo el padre Handy -se aplica a todos.

Como hablando consigo mismo, con verdadera amargura, Tibor dijo:

-Para eludir la tarea. -Volvió la cabeza, lamió rápidamente con su experta lengua y contempló al sacerdote estudiándole profunda y largamente-. ¿Qué pasa?

Pasa, pensó el padre Handy, el hecho de que estoy encadenado; soy parte de una red que fustiga y se estremece con toda la cadena, que es sacudida desde arriba. Y creemos -como tú sabes- que el movimiento definitivo proviene de Ese Otro Sitio, del que recibimos suaves efluvios, datos que nos esforzamos honestamente por entender y cumplir porque creemos -sabemos- que lo que quiere no solamente es fuerte, sino correcto.

-No somos esclavos -dijo en voz alta-. Después de todo, somos servidores. Podemos desistir. Tú puedes. Y hasta yo, si creyera que es lo correcto.

Pero nunca lo haría; lo había decidido hace mucho y había prestado un juramento secreto.

-¿Quién te hace hacer tu trabajo aquí? -preguntó entonces.

-Bueno, usted me paga -dijo Tibor cautelosamente.

-Pero no te obligo.

-Tengo que comer. Eso me obliga.

El padre Handy dijo:

-Puedes hallar muchos trabajos, en cualquier sitio. Podrías estar trabajando en cualquier parte. Pese a tu... hándicap.

-El Amén de Dresde -dijo Tibor.

-¿Eh? ¿Qué? -No comprendía.

-Alguna vez, cuando conecte el generador con el órgano eléctrico, lo tocaré para que lo oiga; lo reconocerá. El Amén de Dresde se levanta muy alto. Señala hacia Arriba. Hacia el lugar donde le dan órdenes a usted.

-Oh, no -protestó el padre Handy.

-Oh, sí -replicó Tibor sarcásticamente, y su cara apretada empalideció a causa de su emoción reprimida, su convicción-. Aunque sea «bueno», un poder benigno. Aun así le obliga a hacer cosas. Dígame sólo esto: ¿tengo que borrar algo que ya haya hecho? ¿O tiene que ver con el conjunto del mural?

-Con la composición definitiva; lo que has hecho es excelente. Las diapositivas en colores de treinta y cinco milímetros que enviamos... quedaron encantados, los que las vieron, los Antanos de la Iglesia, sabes.

Reflexionando, Tibor dijo:

-Es extraño. Puedes obtener película de color y revelarla. Pero no puedes comprar un periódico.

-Bueno, están las noticias de las seis en la radio -señaló el padre Handy-. Desde Salt Lake City.

Aguardó, esperanzado. No hubo respuesta. El hombre sin miembros bebió silenciosamente el café.

-¿Sabes -preguntó el padre Handy- cuál es la palabra más antigua que hay en el idioma inglés?

-No -contestó Tibor.

-Might -dijo el padre Handy- en el sentido de ser poderoso. En alemán es Macht. Pero es más antigua aún que el teutónico; se remonta hasta los hititas.

-Hum.

-La palabra hitita mekkis. «Poder» -Nuevamente, aguardó esperanzado-. «¿No estuviste charlando? ¿No es eso cosa de mujeres?»

Estaba citando La flauta mágica, de Mozart.

-«La acción es cosa de hombres» -terminó.

-Usted es el que está charlando -dijo Tibor.

-Y tú -dijo el padre Handy- debes actuar. Tenía algo que decirte.

Reflexionó.

-Oh, sí, las ovejas. -Tenía, detrás de la iglesia, en una pradera de seis acres, seis ovejas-. Ayer a última hora, recibí un carnero de Theodore Benton. En préstamo, para criar. Benton lo dejó; yo no estaba. Es un carnero viejo; tiene el hocico gris.

-Hum.

-Vino un perro y trató de hacer huir al rebaño; era esa especie de setter irlandés rojo de los Yeats. ¿Sabes?, casi todos los días hace correr a mis ovejas.

Interesado, el hombre sin miembros volvió la cabeza.

-¿Acaso el carnero...?

-Cinco veces, el perro se acercó al rebaño. Cinco veces, moviéndose lentamente, el carnero anduvo hacia el perro, dejando atrás el rebaño. El perro, por supuesto, se detuvo y se quedó quieto cuando vio que el carnero iba hacia él, de modo que el carnero se detuvo y fingió; pacía. -El padre Handy sonrió al recordar-. Qué inteligente era el viejo carnero; lo vi paciendo, pero estaba vigilando al perro. El perro gruñó y ladró y el viejo carnero siguió paciendo. Y luego, nuevamente, el perro se acercó. Pero esta vez el perro corría y brincó más allá del carnero; se colocó entre el carnero y el rebaño.

-Y el rebaño huyó.

-Sí. Y el perro... sabes cómo hacen, cómo aprenden a hacer... separó a una oveja, para darle caza; entonces matan a la oveja, o la inutilizan, la cogen por la barriga. -Guardó silencio-. Y el carnero era demasiado viejo. No podía correr y alcanzarlo. Se volvió y vigiló la escena.

Ambos hombres, juntos, guardaron silencio.

-¿Podrá pensar? -preguntó Tibor-, Quiero decir, el carnero.

-Sé lo que yo pensé -dijo el padre Handy-. Fui a buscar el revólver. Para matar al perro. Tuve que hacerlo.

-Si fuera yo -dijo Tibor-, si yo fuese ese carnero y viera eso, si viera que el perro pasa junto a mí haciendo huir al rebaño y lo único que pudiese hacer fuera vigilar...

Vaciló.

-Desearías estar muerto -concluyó por él el padre Handy.

-Sí.

-De modo que la muerte, como enseñamos a los Siervos de la Ira... enseñamos que es una solución. No un adversario, como enseñaban los cristianos, como decía Pablo. Recordarás su texto: «Muerte, ¿dónde está tu aguijón? Tumba, ¿dónde está tu victoria?» ¿Entiendes lo que quiero decir?

Tibor dijo lentamente:

-Si no puedes hacer tu trabajo, es mejor que mueras. ¿Cuál es el trabajo que tengo que hacer?

En tu mural, pensó el padre Handy, debes crear Su rostro.

-Él -dijo-. Y cómo Él es realmente.

Después de una pausa llena de perplejidad, Tibor dijo:

-¿Quiere decir Su apariencia física exacta?

-Y no una interpretación subjetiva -confirmó el padre Handy.

-¿Tiene fotografías? ¿Datos de vídeo?

-Me han proporcionado algunos. Para que te los enseñe.

Mirándolo con fijeza, Tibor dijo:

-¿Quiere decir que tiene una foto del Deus Irae?

-Tengo una foto en colores con profundidad, lo que antes de la guerra llamaban 3-D. No está animada, pero creo que será suficiente.

-Veámosla. -El tono de Tibor era complejo, una mezcla de asombro y miedo y la hostilidad de un artista turbado, incómodo.

Entrando en su despacho interior, el padre Handy cogió el pliego de papel manita, volvió con él, lo abrió, sacó la foto en colores y 3-D del Dios de la Ira y se la tendió. El extensor manual derecho de Tibor la cogió.

-Ese es el Dios -dijo el padre Handy.

-Sí; se nota -Tibor asintió-. Esas cejas negras, esos cabellos negros enredados, los ojos... Veo dolor, pero está sonriendo.

Abruptamente, su extensor devolvió la foto.

-No puedo pintarlo partiendo de eso.

-¿Por qué no?

Pero el padre Handy sabía por qué no. La foto no había captado la condición divina; era la foto de un hombre. La condición divina... no podía ser registrada por celuloide con una capa de nitrato de plata. Dijo:

-Estaba, en el momento en que se tomó esta foto, en un luau, en Hawai. Comiendo hojas tiernas de taro con pollo y pulpo. Divirtiéndose. ¿Ves la gula, la sensualidad, creando una expresión poco natural? Estaba descansando, un domingo por la tarde, antes de decir un discurso a los profesores de alguna universidad. He olvidado cuál. En los días felices, en los años setenta.

-Si no puedo hacer mi trabajo -dijo Tibor- es por culpa suya.

-Un pobre trabajador siempre culpa a...

-Usted no es una caja de herramientas. -Los dos extensores manuales golpearon el carrito-. Mis herramientas están aquí. No las culpo; las uso. Pero usted... usted es mi patrón y me está diciendo qué debo hacer, pero ¿cómo puedo hacerlo con esa única foto en colores? Dígame...

-Una Pere. Los Antanos de la Iglesia dicen que si la fotografía no es adecuada -y no lo es, lo sabemos todos nosotros-, entonces debes emprender una Pere, hasta que encuentres al Deus Irae, y han enviado documentos que tienen que ver con eso.

Parpadeando a causa de la sorpresa, Tibor contuvo el aliento y luego protestó:

-Pero..., mi metabatería. ¿Y si se estropea?

-De modo que culpas a tus herramientas -dijo el padre Handy.

Su voz estaba cuidadosamente controlada y resonaba sin estridencias.

Desde la cocina, Ely dijo:

-Despídelo.

El padre Handy le respondió:

-No despido a nadie. Un juego de palabras: fuego, el infierno, los cristianos.

-Nosotros no tenemos eso -le recordó.

Y luego dijo a Tibor el Gran Poema de todos los mundos, ese que los hombres simultáneamente entendían y no captaban, que no podían, como Papagano con su red, apresar. Lo recitó en voz alta, como un vínculo que los unía en lo que ellos, los cristianos, llamaban ágape, amor. Pero esto era más elevado que aquello: esto era amor y hombría y belleza, los tres. Una nueva trinidad.

Ich sih die liehte heide
in gruner varwe star.
Dar süln wir alle gehen
die sumerzit enpahen.

Después que dijo eso, Tibor asintió, cogió su taza de café, ese movimiento, ese problema difícil y elaborado; bebió. La habitación quedó en silencio.

Afuera, la vaca que tiraba del carrito de Tibor mugió roncamente y cambió de postura; quizá, pensó el padre Handy, está buscando, deseando comida. Ella necesita comida para su cuerpo, nosotros para nuestra mente. O todos morimos. Nosotros necesitamos el mural; él necesita recorrer casi dos mil kilómetros, y si su vaca muere o su batería se descarga, entonces expiraremos con él: no está sólo en esta muerte.

Se preguntó si Tibor sabría eso. Si saberlo sería útil. Probablemente no. De modo que no lo dijo; en este mundo nada era útil.

2

Ninguno de los dos hombres sabía quién había escrito el antiguo poema, las palabras alemanas medievales que no podían ser halladas en su diccionario de Cassell; juntos, los dos, habían imaginado, convocado, encontrado, el significado de las palabras. Estaban seguros de que era correcto y lo entendían. Pero no exactamente. Y Ely resoplaba.

Pero era: veo la zarza ardiente. Verde... y después, no estaban seguros. De alguna manera tenía que ver con verdor. Y todos iremos allí... ¿pronto? En el verano, a... ¿a qué? ¿A alcanzar? ¿A encontrar? O sería... ¿en el verano, a partir?

Lo sentían, él y Tibor; una verdad definitiva, y, sin embargo, era para ellos, por su ignorancia, su falta de puntos de referencia, tanto el hallazgo como la pérdida del verano, de los bosques golpeados por el sol; era la vida y la partida de la vida unidas, porque no lo podían descifrar racionalmente y eso los asustaba y, sin embargo, volvían una y otra vez a ello porque -y quizá exactamente porque no podían entender- era un bálsamo que los socorría.

Ahora, el padre Handy y Tibor necesitaban poder -mekkis- pensó para sus adentros el padre Handy que viniera desde Arriba y les ayudara: en eso, los Siervos de la Ira estaban de acuerdo con los cristianos. El poder benigno estaba Arriba, Ubrem Sternenzelt, como había dicho una vez Schiller; por encima de la franja de las estrellas. Sí; más allá de las estrellas; eso estaba claro; eso era alemán moderno.

Pero era extraño, depender de un poema cuyo significado uno no entendía realmente; se preguntó mientras desdoblaba y buscaba en los mapas viejos y manchados que se regalaban en las gasolineras antes de la guerra, si no era un estigma de degeneración. Un presagio de maldad... no sólo de que los tiempos eran malos, sino de que ellos mismos se habían vuelto malos; la maldad se había alojado en ellos.

Ahora conferenciaba con el Dóminus McComas, su superior en la jerarquía de los Siervos de la Ira; el Dóminus estaba sentado, grande y tibio, con dientes extrañamente crueles, como si desgarrara cosas, no necesariamente vivas, en realidad mucho más duras... como si trabajara con ellos, como si sus dientes fueran su profesión.

-Carl Lufteufel -dijo el Dóminus McComas- era un hijo de perra. Como hombre. -Añadió eso porque, por supuesto, uno no hablaba de la parte divina del dios-hombre, el Deus Irae, de ese modo.

-Y le apuesto -dijo- diez contra cinco a que hacía los martinis con vermut dulce.

-¿Alguna vez ha bebido vermú dulce solo o con hielo? -preguntó el padre Handy.

-Es pipí dulce -graznó McComas con su horrible voz baja, y, mientras hablaba, hurgó sus encías esponjosas con la punta de un fósforo de madera-. No estoy bromeando; lo que han comprado es pipí de caballo.

-De caballo diabético -puntualizó el padre Handy.

-Sí; que mea azúcar. -McComas gruñó un ja-ja; sus ojos redondos y rojos, rojos como si hubiesen sufrido un cortocircuito y su parte metálica se hubiese calentado de forma peligrosa, chispearon; pero eso era normal, como su bragueta, abrochada a medias.

-¿De modo que su inc -graznó McComas- va a rodar hasta Los Ángeles? ¿Es cuesta abajo? -Y esta vez rió tanto que escupió sobre la mesa. Ely, que estaba sentada en un rincón, tricotando, lo miró con tanto odio que el padre Handy se sintió incómodo y volcó su atención sobre los arrugados mapas de la gasolinera.

-Carleton Lufteufel -dijo el padre Handy- fue el secretario de la Administración de Investigación y Desarrollo de la Energía desde 1982 hasta el comienzo de la guerra. -Hablaba como para sí mismo-. Para controlar el uso de la G-BSO.

La Gran Bomba Sin Objetivo, una bomba que no estallaba en un punto determinado de la superficie de la Tierra, sino que actuaba contaminando una capa de la atmósfera. Por lo tanto (y éstas eran las teorías que habían estado de moda antes de la Tercera Guerra Mundial) no podía ser interceptada como un misil por otro misil o por un bombardero tripulado, por rápido que fuera -y eran muy rápidos en 1982-, o por un biplano, increíblemente. Un biplano lento.

En 1978 el biplano había reaparecido: era el D III. Defensor III, un pelícano aleteante, hecho por el hombre, que llevaba una cantidad ilimitada de combustible; podía volar en círculos a poca altura durante meses mientras, adentro, el piloto vivía de su traje, como Nuestros Abuelos habían vivido de la caza y la pesca. El biplano D III tenía un dispositivo trópico que dirigía sus esfuerzos cuando un bombardero tripulado se acercaba, aunque fuese a una altitud fantástica; el D III empezaba a ascender cuando el bombardero estaba aún a mil kilómetros de distancia, soltando sobre sus alas un peso parecido a una plomada de gran densidad, lo que empujaba al avión hasta la altitud deseada. En realidad, el D III y su piloto brincaban hacia arriba, donde no se podía decir que hubiese atmósfera. Y la plomada llevaba al biplano y al hombre que había dentro hacia el bombardero tripulado y ambos objetos chocaban. Y todos morían. Pero «todos» eran sólo tres hombres en total: dos en el bombardero y uno en el D III. Y allá abajo, una ciudad seguía viviendo, alumbrada, funcionando con circunspección.

Mientras, otros D III trazaban círculos y más círculos, un mes tras otro; como algunas aves rapaces, rondaban durante lo que parecía una eternidad.

Sin embargo, no era una verdadera eternidad. Los antimisiles y los D III habían mantenido a distancia a las avispas fatales durante un tiempo finito y, finalmente, el Deus Irae había llegado, para todos, a causa de la G-BSO, el gran dispositivo sin objetivo que Carleton Lufteufel había hecho estallar en un satélite cuyo apogeo era de ocho mil kilómetros. Había imaginado que los Estados Unidos, de alguna manera misteriosa, sobrevivirían y prosperarían, quizá gracias a un gracioso sombrero tipo víspera de año nuevo, un artefacto que había sido distribuido a millones de patrióticos Usuarios. Se conectaba con las venas cefálicas y reconstituía el torrente sanguíneo que estaba perdiendo rápidamente sus glóbulos rojos. Ese tocado, estilo convención de vendedores de aspiradoras de polvo, también había sido finito; había fallado a mucha gente antes de que la Krankheit -la enfermedad- desapareciera. La enorme y grandiosa corporación que había vendido los graciosos sombreros al Pentágono y a la Casa Blanca, también había desaparecido, alcanzada, no por la lluvia radiactiva que destruía la médula ósea, sino por impactos directos de misiles que esquivaban y viraban más velozmente de lo que los antimisiles saltaban y se abalanzaban. No mires atrás, había dicho una vez Satchel Paige; algo puede estar dándote alcance. Los misiles de la China Popular no habían mirado atrás y las cosas que les daban alcance no lo habían hecho a tiempo; China pudo morir feliz, sabiendo que sus miserables fábricas subterráneas «caseras» habían

desarrollado un arma que hasta el doctor Porsche -si hubiese vivido- hubiese admirado, meneando admirativamente la cabeza.

Pero, doctor, pensó para sus adentros el padre Handy, mientras mezclaba y desplegaba los antiguos mapas de gasolinera, ¿cuál había sido la auténtica arma sucia de la guerra? La G-BSO del Deus Irae había matado a la mayor parte de la gente..., probablemente alrededor de mil millones de personas. No; la G-BSO de Carleton Lufteufel, ahora adorado como el Dios de la Ira, no había sido la peor, a menos que uno no se fijara más que en las cifras.

No; él tenía su propia favorita, y aunque sólo había matado a relativamente pocos millones de personas, le impresionaba; su crueldad era tan evidente, brillaba y apestaba, como había dicho una vez un diputado estadounidense; como una caballa muerta en la oscuridad de la noche. Y, como la G-BSO, era un arma de los Estados Unidos.

Era un gas nervioso.

Hacía que los órganos del cuerpo se comieran unos a otros.

-Bueno -gruñó el Dóminus McComas, hurgándose los fuertes dientes-, si el inc puede hacerlo, estupendo. Si yo fuese un Antano, me importaría un pepino que se pareciera a Lufteufel o no; me limitaría a poner una buena cara de cerdo, gorda, malvada e hinchada allí arriba, una cara de mierda, ¿sabe?

Y su propia cara de mierda brilló y, qué extraño era, pensó el padre Handy, porque McComas tenía el aspecto que uno imaginaba que tenía el Deus Irae... y, sin embargo, la foto en colores mostraba a un hombre de ojos doloridos, un hombre que parecía padecer una enfermedad profunda y horrible, aunque se atragantara de pollo asado, con un leí alrededor del cuello y una chica -no muy bonita- a su derecha... un hombre de cabellos negros brillantes y pesados, echados hacia atrás, y una sombra de barba, aunque sin duda se afeitaba cuidadosamente; estaba debajo de la piel y se transparentaba; no era culpa suya y, sin embargo, era la marca. Pero ¿de qué? La negrura no era el mal; la negrura era lo que Martín Lutero, en su traducción del Génesis, había significado cuando dijo: Und die Erde war ohne Form und leer. Leer, eso era. Eso era la negrura; cuando se pronunciaba sonaba como layer... una película en negativo que, habiendo sido expuesta a la luz, se había vuelto totalmente opaca a causa de una acción química, había adquirido esta cualidad de leer, esa capa de ceguera parecida al glaucoma. Era como Edipo extraviándose; lo que veía, o más bien, lo que no podía ver. Sus ojos no estaban destruidos; en realidad estaban cubiertos: era una membrana. De modo que el padre Handy no odiaba a Carleton Lufteufel, porque los mil millones que habían muerto no lo habían hecho como los que habían sido gaseados por el gas nervioso de los Estados Unidos; su muerte no había sido monstruosa.

Y, sin embargo, eso había terminado con la guerra; cuando la lluvia tóxica acabó, no había suficiente personal para continuar. De mortuis nil nisi bonum, pensó: De los muertos sólo se dicen cosas buenas como... bueno, pensó; quizá esto: Habéis muerto por causa de los idiotas que delegasteis para mandaros y protegeros y cobraros horribles impuestos. Por lo tanto, ¿quién era el cretino definitivo, vosotros o ellos? De todos modos, ambos habían perecido. El Pentágono había desaparecido hacía tiempo y la Casa Blanca y los refugios para Personas Muy Importantes... De mortuis nil nisi malum, pensó, corrigiendo el antiguo dicho para volverlo más sabio: De los muertos sólo se dicen cosas malas. Porque habían sido muy estúpidos; era el cretinismo llevado a la dimensión satánica.

Llevado hasta el punto de leer negligentemente los periódicos y ver la televisión y no hacer nada, cuando Carleton Lufteufel había dicho su discurso en 1983, en Cheyenne, el así llamado Discurso de la Falacia Numérica, en el que había demostrado brillantemente, inspiradamente, provocando muchos gestos de asentimiento, que no era cierto que una nación necesitara un cierto número de sobrevivientes para funcionar: una nación, había explicado Lufteufel, no consiste en su pueblo, nada de eso, sino en su conocimiento técnico. Mientras los depósitos de información estén a salvo, las cápsulas temporales de microbobinas enterradas a muchos kilómetros de profundidad... si se conservaban, entonces (lo había expresado igual, dijeron muchos en Washington, que el discurso «sangre-sudor-lágrimas» de Churchill, muchas

décadas antes) «nuestras pautas étnicas patrióticas características sobrevivirán; porque podrán ser aprendidas por cualquier generación de reemplazo».

La generación de reemplazo, con todo, no había tenido con qué excavar los depósitos de información, porque tenía una tarea más importante, una que Laufteufel había pasado por alto: la de producir alimentos para mantenerse viva. Los mismos problemas que habían acuciado a los peregrinos: limpiar la tierra, plantar, proteger las cosechas y el ganado. Cerdos, vacas y ovejas, maíz y trigo, remolacha y zanahorias: ésas se volvieron las preocupaciones vitales étnicas patrióticas y características, no el texto áurico de alguna gran estupidez épica de la poesía americana, como Snowbound de Whittier.

-Yo digo -rugió McComas- que no envíe a su inc; que no haga el mural; consiga un Completo. Rodará en su carrito unos cien kilómetros y luego llegará a algún sitio donde no hay caminos y se caerá en una zanja y sanseacabó. No le hace un favor, Handy. Matará a un pobre desgraciado sin brazos, que sin duda pinta bien...

-Pinta mejor -dijo el padre Handy- que cualquier otro artista que conozcan los Siervos de la Ira.

Los ojos rojos y cruzados de McComas lo enfocaron con malignidad, mientras buscaba una observación oral cortante, hiriente; mientras lo hacía, Ely dijo súbitamente:

-Aquí viene la señorita Rae.

-Oh -dijo el padre Handy parpadeando. Porque era Lurine Rae la que transformaba en hechos los puntos y comas del dogma de los Siervos de la Ira, por lo menos en lo que a él concernía.

Aquí venía ahora, pelirroja y con unos huesos tan pequeños que siempre imaginaba que podría volar... la idea de las brujas entró en su mente cuando vio inesperadamente a Lurine Rae, a causa de esa ligereza. Montaba a caballo constantemente y ésa era la verdadera razón de su agilidad... pero no eran solamente los movimientos flexibles de una mujer atlética; tampoco era etérea. Huesos huecos, concluyó, como un pájaro. Y eso conectó, una vez más, en su mente, a las mujeres y los pájaros; por tanto, nuevamente, la canción de Papageno, el cazador de pájaros: haría una red para atrapar pájaros y luego haría, algún día, una red para atrapar a una pequeña esposa o una damita que dormiría a su lado, y el padre Handy, viendo a Lurine, sintió que el malvado animal con astas que había en su interior despertaba; la maldad misma de la sustancialidad manifestaba su insidioso ser en el corazón de su naturaleza.

Descorazonador. Pero estaba habituado; en realidad, lo disfrutaba... la disfrutaba, realmente, a ella.

-Buenos días -le saludó Lurine, y luego vio a McComas, que no le gustaba; arrugó la nariz y sus pecas se retorcieron: todo el rojo pálido, su cabello, su piel, sus labios, todo se retorció a causa de la aversión y ella también le enseñó los dientes. Pero sus dientes eran pequeños y regulares y no estaban hechos para moler (las semillas crudas prehistóricas, por ejemplo), sino para cortar limpiamente.

Laurine tenía dientes cortantes. No esos macizos dientes de masticar.

Ella -él lo sabía- mordisqueaba. ¿Lo sabía? Más bien lo suponía. Porque, en realidad nunca había estado cerca de él, mantenía las distancias entre los dos.

La ideología de los Siervos de la Ira tenía que ver con el punto de vista de San Agustín sobre las mujeres; había miedo en ella y luego, por supuesto, el dogma se enredaba con el antiguo culto de Mani, la herejía albigense de la Provenza francesa, los cátaros. Para ellos, la carne y el mundo eran malos; se habían abstenido. Pero sus poetas y sus caballeros habían adorado a las mujeres, las habían endiosado; la domina, tan atractiva, tan vital... hasta las dominae de Carcassonne, que habían llevado los corazones de sus amantes muertos en pequeños estuches enjoyados. Y ellos, ¿eran solamente locos o más bien muy perversos? Caballeros cátaros que llevaban las heces de sus amantes en cofres esmaltados... el culto había sido segado sin piedad por Inocencio III, y quizá con razón. Pero...

A pesar de todos sus excesos, los caballeros-poetas albigenses habían apreciado el valor de las mujeres; no eran las sirvientas de los hombres y ni siquiera su «costilla débil», la parte del

hombre que había sucumbido a la tentación. Eran... bueno, un interrogante; mientras acercaba una silla para Lurine y le servía café, pensó: Algún valor supremo reside en esta ligera, pecosa, pelirroja amazona de veinte años. Supremo como el mekkis del mismo Dios de la Ira. Pero no un mekkis, no un Macht, no poder o energía. Es más bien un... misterio. Por tanto, tiene que ver con la sabiduría gnóstica, un conocimiento oculto tras un muro tan frágil, tan atractivo... pero, indudablemente, un conocimiento fatal. Qué interesante; la verdad puede ser una posesión terminal. La mujer conocía la verdad, vivía con ella, pero la verdad no la mataba. Pero la revelaba... pensó en Casandra y en los oráculos femeninos de Delfos. Y sintió miedo.

Una vez había dicho a Lurine, por la noche, después de beber unas copas:

-Llevas lo que San Pablo llamaba el aguijón.

-El aguijón de la muerte -recordó rápidamente Lurine- es el pecado.

-Sí. -Había asentido. Ella lo llevaba y no la mataba más de lo que su veneno mata la serpiente... o los misiles con cabeza de hidrógeno se amenazaban a sí mismos. Un cuchillo, una espada, tenían dos extremos; de un lado la empuñadura, del otro el filo. El conocimiento de esta mujer estaba, para ella, aferrado por el extremo seguro, por la empuñadura; pero, cuando lo ofrecía, el veía, resplandeciente, el brillo del filo.

Pero ¿en qué consistía, para los Siervos de la Ira, el pecado? Las armas de la guerra; naturalmente uno pensaba en los psicóticos cretinos, en altos cargos de corporaciones muertas y agencias gubernamentales, ahora muertos, individualmente; los hombres de los tableros de dibujo, los hombres de las ideas, los planificadores, los chicos de la política y los niños de las relaciones públicas... su carne, como hierba. Ciertamente había sido pecado lo que habían hecho, pero había sido sin conocimiento. Cristo, el Dios de la Vieja Secta, había dicho eso de Sus asesinos: no saben lo que hacen. No la sabiduría sino la falta de sabiduría los había convertido en lo que habían sido, congelados en la historia mientras echaban a suertes Sus vestiduras o atravesaban Su costado con una lanza. Había sabiduría en la Biblia cristiana, en tres lugares que él conocía... a pesar de la regla de la jerarquía de los Siervos de la Ira, que desaconsejaba leer los textos sagrados cristianos. Una parte estaba en el Libro de Job. Una en el Eclesiastés. La última, la nota final, eran las cartas de San Pablo a los corintios, y allí terminaba; Tertuliano y Orígenes y San Agustín y Santo Tomás de Aquino... y hasta el divino Abelardo... ninguno había añadido ni una coma, en dos mil años.

Y ahora, pensó, sabemos. Los cátaros se habían acercado mucho, habían adivinado una parte: que el mundo yacía bajo el control de un Adversario malvado y no de un dios bondadoso. Lo que no habían adivinado estaba en Job: el «dios bondadoso» era un dios iracundo... era, en realidad, cruel.

-Como Shakespeare hace que Hamlet diga a Ofelia -gruñó McComas a Lurine-: vete a un convento.

Lurine, bebiendo café, replicó con gracia:

-Tu padre.

-¿Ves? -dijo el Dóminus McComas al padre Handy.

-Veo -dijo cuidadosamente- que no puede ordenar a la gente que sea esto o aquello; la gente tiene lo que se solía llamar una naturaleza ontológica.

Frunciendo el ceño, McComas dijo:

-¿El qué?

-Su naturaleza intrínseca -dijo dulcemente Lurine-. Lo que son, maníaco religioso ignorante y rústico.

Dirigiéndose al padre Handy dijo:

-Finalmente me he decidido. Me uniré a la Iglesia Cristiana.

Soltando una ronca risotada, McComas sacudió la tripa, no la tripa de Papá Noel, sino la tripa de un animal duro y aplastante.

-La Iglesia Cristiana, ¿existe aún? ¿En esta zona?

Lurine dijo:

-Son muy buenos y cariñosos.

-Tienen que serlo -dijo McComas-. Tienen que rogar a la gente para que se acerque a ellos. Nosotros no tenemos que rogar, vienen a nosotros pidiendo protección. De Él.

Señaló con el pulgar hacia arriba. Al Dios de la Ira, no en su forma humana, no como había aparecido en la Tierra en forma de Carleton Lufteufel, sino como el espíritu mekkis que estaba en todas partes. Arriba, aquí y, por último, abajo; en la tumba, a la que todos eran arrastrados finalmente.

El enemigo final que San Pablo había reconocido -la muerte- había obtenido la victoria, después de todo: San Pablo había muerto inútilmente.

Y, sin embargo, aquí estaba Lurine Rae, bebiendo café, anunciando con calma que se proponía entrar en una secta desacreditada, antigua, deslucida. La cáscara del mundo anterior que había mostrado su concha quitinosa, su maldad, porque habían sido cristianos quienes habían diseñado las ar-ter, las armas terroríficas.

Los descendientes de quienes habían cantado los píos y torpemente forjados himnos luteranos, habían diseñado, en grandes empresas alemanas, los malignos instrumentos que habían mostrado al «Dios» de la Iglesia Cristiana tal cual era.

La muerte no era un antagonista, el último enemigo, como había pensado San Pablo; la muerte era la liberación de la servidumbre ante el Dios de la Vida, el Deus Irae. Con la muerte uno se liberaba de Él; sólo con la muerte.

Era el Dios de la Vida el dios mato. Y, en los hechos, el único Dios. Y la Tierra, este mundo, era el único reino. Y ellos, todos ellos, eran sus servidores, en tanto y en cuanto llevaban a cabo, siempre lo habían hecho, durante miles de años, sus mandamientos. Y su recompensa había estado de acuerdo tanto con su naturaleza como con sus mandamientos: había sido la Ira. La Cólera.

Y, sin embargo, aquí estaba Lurine. No tenía sentido.

Más tarde, cuando el Dóminus McComas se marchó andando trabajosamente, para ocuparse de sus asuntos, el padre Handy se sentó junto a Lurine.

-¿Por qué? -preguntó.

Encogiéndose de hombros, Lurine contestó:

-Me gusta la gente bondadosa. Me gusta el doctor Abernathy.

Él la miró con fijeza. Jim Abernathy, el sacerdote cristiano local de Charlottesville; detestaba a ese hombre... si Abernathy era realmente un hombre; parecía más bien un castrado, adecuado, como decían en Tom Jones, para correr en una carrera de caballos capados.

-¿Qué es exactamente lo que te aporta? -interrogó-. «Ayúdate a ti misma.» Eso de «piensa cosas agradables y todo irá...»

-No -le cortó Lurine.

Ely dijo secamente:

-Lurine se acuesta con ese acólito, ese Pete Sands. Ya sabes; el muchacho calvo que tiene acné.

-Tiña -corrigió Lurine.

-Por lo menos -dijo Ely, consíguele un ungüento fungicida para que se masajee la cabeza. Para que no te contagie.

-Mercurio -sugirió el padre Handy-. De un buhonero ambulante; puedes comprarlo por unos cinco medios dólares de plata americanos...

-¡De acuerdo! -dijo Lurine, enfadada.

-¿Ves? -dijo Ely a su marido.

Veía. Era cierto y lo sabía.

-No; no es un gesunt -dijo Lurine.

Gesunt, una persona sana, que no había enfermado ni había quedado maltrecha a causa de la guerra, como los incompletos. Pete Sands era un kranker, y estaba enfermo; se veía en su cabeza dañada, sin cabellos, en su cara llena de marcas. Hemos vuelto al campesino

anglosajón, con sus viruelas, pensó, con sorprendente veneno. Se asombraba a sí mismo. ¿Serían celos?

Señalando con la cabeza al padre Handy, Ely dijo a Lurine:

-¿Por qué no te acuestas con él? Es un gesunt.

-Oh, vamos -dijo Lurine con su voz fina y tranquila, pero que hervía de furia mortífera; cuando estaba realmente muy furiosa, toda su cara se sonrojaba y se sentaba con tanta rigidez que parecía calcificada.

-Lo digo de veras -insistió Ely con una especie de chillido alto y agudo.

-Por favor -dijo el padre Handy, tratando de calmar a su mujer.

-¿Por qué vienes aquí? -preguntó Ely a Lurine-. Para anunciar que vas a renegar, ¿verdad? ¿A quién le importa? Reniega. Mejor: acuéstate con Abernathy; que te aproveche.

Sus palabras estaban llenas de significación; subrayaba el sentido de sus palabras con la violencia de su tono. Las mujeres eran muy hábiles en eso; poseían una gama mucho más amplia. Los hombres, por el contrario, gruñían, como McComas; recurrían, como en su caso, a un desagradable cloqueo. Era bastante poco.

Tratando de parecer sensato, el padre Handy dijo a Lurine:

-¿Lo has pensado con cuidado? Eso conlleva un estigma; después de todo tú vives cosiendo, tejiendo e hilando... dependes de la buena voluntad de la comunidad, y si te unes a la Iglesia de Abernathy...

-Libertad de conciencia -dijo Lurine.

-Por Dios -gimió Ely.

-Oye -dijo el padre Handy. Extendiendo el brazo, asió las dos manos de Lurine y las mantuvo dentro de las suyas. Luego explicó, pacientemente-. El hecho de que te acuestes con Sands no te obliga a aceptar las enseñanzas de su religión. «Libertad de conciencia» significa también la libertad de no aceptar un dogma. ¿Lo ves? Ahora escúchame, querida.

Ella tenía veinte años, él cuarenta y dos y se sentía de sesenta; se sentía, asiendo sus manos como un viejo carnero vacilante, una criatura sin colmillos que tartamudeaba y babeaba y retrocedía ante su propia imagen. Pero, de alguna manera, continuó.

-Durante dos mil años, creyeron en un dios bondadoso. Y ahora sabemos que no es cierto. Existe un dios, pero es... lo sabes tan bien como yo; eras una niña durante la guerra, pero recuerdas y puedes ver; has visto los kilómetros de polvo que una vez fueron cuerpos... No comprendo cómo puedes aceptar con honestidad, moral o intelectualmente, una ideología que enseña que el bien tuvo un papel decisivo en lo que sucedió, ¿comprendes?

Ella no retiró las manos. Pero estaba inerte, tan pasiva que él sintió que estaba sosteniendo dos organismos difuntos; la sensación física le repugnó y la soltó voluntariamente. Ella, entonces, levantó nuevamente su taza de café, tranquilamente. Y dijo:

-Muy bien. Sabemos que un tal Carleton Lufteufel, secretario de la AIDE del gobierno de Estados Unidos, existió. Pero era un hombre. No un dios.

-Tenía la forma de un hombre -dijo el padre Handy- hecho por Dios. A su imagen y semejanza, según tus propias sagradas escrituras.

Ella guardó silencio; no podía responder a eso.

-Querida mía -continuó el padre Handy-, creer en la Antigua Iglesia es huir. Tratar de escapar del presente. Nosotros, nuestra Iglesia, tratamos de vivir en este mundo y enfrentarnos con lo que está sucediendo y con nuestra situación. Somos honestos. Nosotros, en cuanto criaturas vivientes, estamos en las manos de una deidad colérica y despiadada, y así estaremos hasta que la muerte nos borre de sus registros. Quizá si uno pudiese creer en un dios de la muerte... pero, desafortunadamente...

-Quizá exista uno -dijo abruptamente Lurine.

-¿Plutón?

Él rió.

-Quizá Dios nos libere de nuestros tormentos respondió ella con firmeza-. Y yo puedo hallarlo en la Iglesia de Abernathy. De todas maneras... -levantó la mirad; sonrojada y

menuda y decidida y encantadora- no adoraré a un ex empleado psicótico de la AIDE de Estados Unidos como si fuera un dios; eso no es ser realista, eso es... eso está mal -dijo, como si se hablara a sí misma, tratando de convencerse.

-Pero -dijo el padre Handy- está vivo.

Ella lo miró fijamente, triste y muy inquieta.

-Como tú sabes -continuó él-, nosotros lo estamos pintando. Y vamos a enviar a nuestro inc, nuestro artista, a buscarlo; tenemos mapas de la Estación de Richfield y de AAA... llámalo pragmatismo, si quieres; Abernathy me dijo eso una vez. ¿Pero qué adora él? Nada. Muéstramelo. Muéstramelo.

Y golpeó su mano plana sobre la mesa, violentamente.

-Bueno -dijo Lurine-. Quizá esto es...

-¿El preludio? ¿A la verdadera vida que vendrá después? ¿En serio crees eso? Oye, querida mía: San Pablo creía que Cristo volvería a la Tierra en el curso de su vida. Que el «Nuevo Reino» empezaría en el primer siglo D. C. ¿Fue así?

-No -dijo ella.

-Y todo lo que Pablo escribió o pensó está basado en esa falacia. Pero nosotros no apoyamos nuestras creencias en ninguna falacia; sabemos que Carleton Lufteufel sirvió para que la Divinidad se manifestara en la Tierra y que mostró su verdadera naturaleza y que era iracunda. Puedes ver eso en cada puñado de suciedad y escombros. Lo has visto durante dieciséis años. Si quedaran psiquiatras vivos te dirían la verdad, lo que estás tratando de hacer. Se llama... una fuga. -Y quedó en silencio.

Ely añadió:

-Y por eso se acuesta con Sands.

Nadie respondió a esto; también era un hecho. Y un hecho era una cosa y las palabras no podían contestar a una cosa: se requería otra cosa, más grande. Y Lurine Rae y la Antigua Iglesia no tenían eso; sólo tenían palabras bonitas como «ágape» y «cáritas», y «piedad» y «salvación».

-Cuando has vivido con las ar-ter -dijo el padre Handy a Lurine- y la G-BSO, ya no puedes vivir sólo con palabras, ¿entiendes?

Lurine asintió, inquieta y confundida y desgraciada.

3

Durante la guerra se habían desarrollado muchas drogas tóxicas y después estas drogas -una gran variedad de tipos- quedaron en medio del caos general y podían ser halladas en cualquier sitio, como todo lo demás. Y Pete Sands se interesaba mucho en esas drogas, porque algunas -bueno, unas pocas-, aunque habían sido desarrolladas originalmente como armas contra el enemigo, para obstruir, desorientar y ofuscar sus facultades, tenían un cierto valor positivo.

Por lo menos, eso creía. Si uno era cuidadoso, podía confeccionar una poción, varias drogas tomadas juntas; uno se desorientaba, pero también lograba una cierta expansión de la lucidez. Las pequeñas metanfetas verdes; las rojas y brillantes zinas; los discos blancos y planos de código, segmentados a veces en mitades y, a veces, cuando eran más fuertes, en cuatro partes; los pequeños elfos amarillos... Había reunido un inventario que guardaba cuidadosamente oculto. Nadie más que él sabía de ese tesoro que guardaba... y mientras coleccionaba y atesoraba, experimentaba.

Creía que las así llamadas alucinaciones, causadas por algunas de esas drogas (subrayando, recordaba continuamente, la palabra «algunas»), no eran alucinaciones, sino percepciones de otras zonas de la realidad. Algunas eran aterradoras; algunas encantadoras.

Extrañamente, exploraba y hurgaba en las primeras; quizá una larga tradición puritana lo había hecho -conjeturaba- masoquista. De todos modos era en el reino del terror donde le

gustaba aventurarse un poco... no deseaba ir muy lejos ni quedarse mucho tiempo, pero deseaba observarlo bien.

Eso le recordaba a su papá, que un día, antes de la guerra, en un parque de diversiones, había probado una máquina de choques; ponías una moneda, cogías dos manijas y, gradualmente, las separabas. Cuanto más se alejaban, más fuerte era la corriente eléctrica; uno averiguaba cuánto podía soportar, a qué distancia podía separar las dos manijas. Mirando a su sudoroso padre, con la cara enrojecida, Pete Sands había sentido admiración y había visto cómo la presa de su padre en las manijas era más fuerte, más vigorosa cuanto más crecía la separación. Y, sin embargo, su padre había luchado contra un antagonista obviamente poderoso, demasiado poderoso; finalmente, con un gruñido de dolor, su padre las había soltado.

Pero qué admirable había sido su padre, que, por supuesto, había estado exhibiéndose ante Pete, quien, a los ocho años, había pensado que su papá era estupendo. Él mismo, por una fracción de segundo, había tocado las manijas y se había alejado de un salto, asustado; no había podido soportar la corriente ni un instante. Desde luego no era como su papá... por lo menos ante sus propios ojos.

De modo que ahora tenía sus pastillas ar-ter, que mezclaba, como un alquimista, en proporciones de una cuidada variedad y cantidad. Y siempre se aseguraba que otra persona estuviese presente para que le pudiese administrar oralmente una fenotiazina corriente, si se iba demasiado adentro, abajo, afuera; en cualquier dirección que lo llevaran las drogas.

-Estoy chiflado -había dicho una vez a Lurine Rae, en una ingenua admisión. Y, sin embargo, seguía; inspeccionaba las ofertas de cada buhonero que pasaba por Charlottesville... inspeccionaba y, con frecuencia, compraba. Poseía una vasta farmacoteca, y podía decir, con sólo dar un vistazo, en qué consistía una píldora, una tableta, una espánsula, por arcana que fuera; reconocía la marca de cada firma ética de la preguerra: en eso, su sabiduría era completa.

-Entonces -había dicho Lurine-, deténte.

Pero él no quería, porque estaba buscando algo. No sólo perdiendo el tiempo, sino investigando; la meta estaba allí, pero oscurecida por una membrana, y él se esforzaba, por medio de la medicación, por levantar la membrana, el telón: así lo describía ante sí mismo, una racionalización, quizá, pero ¿qué otra razón había para hacerlo? Porque, con frecuencia, sufría temores y desorientación, a veces depresión y hasta -aunque raramente- una polimorfa rabia asesina.

¿Un autocastigo? No; con frecuencia había pensado y rechazado la idea. No trataba de herirse ni de dañar sus facultades, ni de padecer toxemias hepáticas o renales... Leía los folletos y vigilaba cuidadosamente los efectos secundarios... Y desde luego, no quería perder el control y lastimar a otro; a la pálida y bonita Lurine, por ejemplo. Pero...

-Podemos ver a Carleton Lufteufel con nuestros sentidos -explicó a Lurine-. Pero creo que...

Había otro orden de realidades y los ojos, sin ayuda, no podían penetrarlo; si considerabas, por ejemplo, los rayos ultravioleta e infrarrojos...

Lurine se enroscó en un sillón frente a él, fumando una pipa argelina de palo de rosa, rellena de reseco tabaco holandés de la preguerra y dijo:

-En vez de tomar píldoras, construye instrumentos que registren su presencia. Lo que sea que estás buscando. Puedes leerlo en un dial; es menos peligroso.

Siempre sentía miedo de que se introdujera en una alucinación y no retornara; después de todo, los medicamentos no eran medicamentos; eran enzimas neurológicas y metabólicas, poco conocidas incluso por sus fabricantes... sus efectos variaban de una a otra persona.

-No quiero leer algo en un dial -replicó él-. No quiero una anotación, quiero un... -gesticuló-. Una experiencia.

Lurine suspiró.

-Entonces deja que venga a ti. Siéntate y aguarda.

-No puedo esperar -dijo él-. Porque no llegará de este lado de la tumba.

Ese enemigo que la Nueva Iglesia, los SDI, deseaban: su solución. Aunque al mismo tiempo, a los SDI les gustaba pensar en sí mismos, los sobrevivientes de la guerra, como en los Elegidos, la elite que el Dios de la Ira había perdonado.

Veía en su lógica la falla básica. Si el Dios de la Ira era cruel, como sostenían los SDI, no perdonaría a los mejores, sino a los peores. Por tanto, y según su propia lógica, eran los malvados del mundo; como el mismo Carleton Lufteufel, estaban vivos porque eran demasiado malvados para merecer el bálsamo curativo de la muerte.

Una lógica tan lunática lo aburría. De modo que se volvió a la exhibición de píldoras que había en una mesa ante él, en su pequeño salón.

-De acuerdo -dijo Lurine-. ¿Qué es lo que estás buscando? Debes de tener alguna idea, por lo menos de su valor... o no estarías siempre comprando esas cápsulas y pagando todo el dinero que cobran los buhoneros. Me siento muy desgraciada; quizá esta noche me reúna contigo.

Hoy había dicho al padre Handy que se proponía ingresar en la Iglesia Cristiana, pero no se lo había dicho ni a Pete Sands ni al doctor Abernathy. Como de costumbre, no acababa de decidirse..., su instinto no le permitía tirarse al agua.

Pete, frunciendo el ceño, dijo lentamente:

-Una vez vi lo que llaman Todesstachel. Por lo menos, así es cómo tu amiguete el padre Handy y ese inc, Tibor, lo llamarían; les gustan esos términos teológicos alemanes.

-¿Qué es ein Todesstachel? -preguntó ella. Nunca había oído la palabra, pero sabía que Tod significaba muerte.

Pete, sombrío, contestó:

-El aguijón de la muerte. Pero significa «aguijonear», como cuando un insecto o una ortiga te pinchan... ése es el sentido moderno. Ahora significa ser tocado por un aguijón envenenado, como el de una abeja. Pero no siempre significó eso. Antiguamente, cuando los eruditos del rey James escribieron la frase: «Muerte, ¿dónde está tu aguijón?», estaban usando el sentido antiguo. Que es... -dudó- como ser punzado por una observación, ¿comprendes? Estimulado, enojado, herido por una observación. Significaba ser atravesado por algo agudo, como un dardo. En los duelos, por ejemplo, se aguijoneaban; ahora diríamos «pinchar». San Pablo no quería decir que la muerte pica, como un escorpión, con la cola y una bolsa de veneno, un urticante, quería decir que atravesaba.

Pablo había querido decir lo que él mismo, Pete Sands, había experimentado una vez, bajo la influencia de las drogas.

Había estado luchando; las drogas habían desencadenado una destructividad polimorfa y circular, y él se había desplazado, destrozando cosas, y como estaba en el pequeño apartamento de Lurine, había destrozado sus posesiones y luego, increíblemente, cuando ella había intentado detenerle, la había pateado y golpeado. Y cuando lo hizo, sintió el aguijón, el aguijón en un sentido más antiguo; su cuerpo fue atravesado profundamente por un agudo garfio de metal, un arpón bardado como los que usan los pescadores para sujetar a los peces grandes en la red.

En toda su vida no había sentido nada tan real. Cuando el garfio penetró en su costado se había doblado de dolor y Lurine, que había estado esquivándole y agachándose, se había detenido inmediatamente, preocupada por él.

El garfio -el arpón metálico bardado- estaba en el extremo inferior de una larga vara, una lanza, que ascendía desde la tierra hasta el cielo, y en aquel horrible instante, mientras rodaba, doblado por el dolor, había vislumbrado a las personas que estaban en el extremo superior de la lanza, las que sostenían la vara que comunicaba los dos mundos. Tres figuras de ojos cálidos pero impasibles. No habían removido el garfo dentro de él; simplemente lo habían mantenido allí hasta que, en medio del dolor, había empezado, lenta y gradualmente, a despertarse. Ese era el propósito de ese aguijonazo: despertarlo de su sueño, el sueño de toda la humanidad, del que algún día todos despertarían en un abrir y cerrar de ojos, como había

dicho Pablo. «Escuchad -había dicho Pablo-, os diré un misterio. No dormiremos todos, sino que seremos cambiados en un abrir y cerrar de ojos.» Pero, oh, el dolor.

¿Hacía falta tanto para despertarle? ¿Todos tendrían que sufrir así? El garfio, ¿volvería a atravesarlo? Lo temía, y, sin embargo, reconocía que las tres figuras, la Trinidad, tenían razón; eso debía ser hecho; él debía ser despertado. Y, sin embargo...

Sacó un libro, lo abrió y leyó en voz alta a Lurine, a quien le gustaba que le leyeran si el texto no era demasiado largo o declamatorio. Leyó un poema breve y simple, sin decirle quién era el autor.

Madre, no puedo cuidar mi rueca.
Me duelen los dedos, mis labios están secos;
oh, ¡si sintieras el dolor que yo siento!
Pero, ay, ¿quién se sintió alguna vez como yo?

Cerrando el libro, preguntó:

-¿Qué te parece eso?

-Está bien.

El dijo:

-Safo. Traducido, probablemente, de un «fragmento». Pero te recuerda a Gretchen am Spinnrade, en la primera parte del Fausto de Goethe.

Y pensó, Meine Ruh ist hin. Mein Herz ist Schwer. Mi paz se ha ido, mi corazón está pesado. Asombroso, tan parecido. Goethe, ¿lo conocería? El poema de Salo era mejor, por ser más breve. Y, además, lo podía leer en inglés, y él, a diferencia del padre Handy, no disfrutaba de las lenguas extranjeras; en realidad las temía. Demasiadas ar-ter habían venido, por ejemplo, de Alemania; no podía olvidar eso.

-¿Quién era Safo? -preguntó Lurine.

Inmediatamente, respondió:

-El mejor poeta que conoció el mundo. Aun en fragmentos. Te regalo a Píndaro; es de tercera.

Nuevamente inspeccionó el despliegue de píldoras; ¿qué tomar, qué combinación? Para intentar, por medio de ellas, alcanzar esa otra tierra cuya existencia conocía, quizá más allá de las puertas de la muerte.

-Dime -dijo Lurine, fumando en su pipa barata de palo de rosa argelino (era todo lo que había podido comprar a un buhonero; las pipas inglesas de palo de rosa eran demasiado caras) y estudiándolo atentamente-. ¿Cómo fue esa vez que tomaste las metanfetaminas y viste al diablo?

El rió.

-¿De qué te ríes?

-Suena como si lo supieras -dijo-. La punta de la cola dividida, patihendido, con cuernos.

Pero ella hablaba en serio.

-No era así. Dímelo de nuevo.

No le gustaba recordar su visión del Antagonista; lo que Martín Lutero había llamado «nuestro antiguo enemigo en la Tierra». De modo que cogió un vaso de agua, eligió cuidadosamente algunas píldoras variadas y las tragó.

-Ojos horizontales -dijo Lurine-. Me dijiste eso. Y sin pupilas. Sólo ranuras.

-Sí -asintió él.

-Y estaba por encima del horizonte. E inmóvil. Siempre había estado allí, dijiste. ¿Estaba ciego?

-No. Me percibía a mí, por ejemplo. En realidad, a todos nosotros, a toda la vida. Aguarda.

Se equivocan los Siervos de la Ira, pensó Pete; al llegar la muerte podemos ser entregados al Antagonista; será -puede ser- no una liberación, sino un comienzo.

-¿Sabes? -continuó-, estaba colocado de modo que veía toda la superficie del mundo, como si el mundo fuera plano y su mirada, como un rayo láser, viajaba eternamente. No tenía un punto focal, como el que crea una lente.

-¿Qué fue lo que tomaste ahora?

-Narcozine.

-Narco tiene que ver con el sueño. Pero zine es un estimulante. ¿Te estimula a dormir?

-Tranquiliza el lóbulo frontal y permite que el tálamo se active libremente. De modo que... -tragó rápidamente dos pequeñas cápsulas grises- tomo éstas para inhibir el tálamo.

El metabolismo del cerebro, la vasodilatación y constricción eran su hobby; conocía el mapa del cerebro humano y lo que un poco menos de irrigación sanguínea en esta o aquella porción podía hacer; podía transformar para siempre a un hombre bondadoso, cálido y sensible en un estrecho, rígido y suspicaz cuasiparanoico. De modo que era cuidadoso; quería, en principio, afectar las secreciones hormonales de sus glándulas de tipo adrenal, sin demasiada vasoconstricción. Y las anfetaminas eran vasoconstrictoras y, por tanto, peligrosas; podían dañar permanentemente la personalidad por causas fisiológicas.

Todo esto, las grandes firmas éticas lo habían descubierto y lo habían puesto a disposición del Pentágono, con objetivos ar-ter en los años sesenta y setenta, y habían contemplado su uso en los ochenta.

Pero, por otro lado, las metanfetaminas inhibían la secreción de adrenalina, y esto, para algunas personalidades, era vital; la esquizofrenia había sido, finalmente, desenmascarada, como el cáncer; el cáncer consistía en un virus y la esquizofrenia había resultado ser un exceso de producción de serotonina que el cerebro no podía controlar. De ahí las alucinaciones -alucinaciones reales-, aunque la línea divisoria entre alucinaciones y visiones auténticas se había vuelto muy delgada.

-No te entiendo -dijo Lurine-. Tomas esas malditas píldoras y luego ves una cosa espantosa... al mismo Satanás. O ese gancho de que hablas, el arpón que penetró en tu costado. Y, sin embargo, vuelves a hacerlo. Y no es que estés simplemente aburrido; no es eso.

Le miró, intrigada.

-Tengo que saber -dijo Pete-. Eso es todo. Experimentar, saber es ser. Quiero ser.

-Eres -señaló ella, con sentido práctico.

-Oye -dijo Pete-, Dios, el auténtico Dios, El de la Biblia, a Quien adoramos, no ese Carleton Lufteufel... nos está buscando; la Biblia es una crónica de la búsqueda del hombre por parte de Dios. No de la búsqueda de Dios por parte del hombre. ¿Lo entiendes? Y quiero ir tan lejos hacía El, para encontrarle, como pueda.

-¿Cómo fue que el hombre y Dios se separaron? Como un niño, escuchaba con atención, aguardando la verdadera historia.

Pete contestó crípticamente:

-Es una disputa tan antigua que la historia está mutilada. De algún modo, Dios puso al hombre donde podía alcanzarle diaria, regularmente; estaban en contacto directo, como tú y yo ahora. Pero algo sucedió y de alguna manera terminaron como las mónadas ciegas de Leibniz, cercanos pero incapaces de percibir nada externo; capaces solamente de escudriñar sus propios seres. Evidentemente sobrevino alguna suerte de esquizofrenia, en uno de ellos o en los dos: autismo... separación. Y luego, el hombre...

-El hombre fue expulsado, alejado físicamente.

Pete dijo:

-Evidentemente el hombre hizo algo o, en cualquier caso, Dios pensó que lo había hecho. No sabemos exactamente qué fue. Fue corrompido, de todos modos, a través de la naturaleza o de alguna sustancia natural; algo hecho por Dios, una parte de la Creación. De modo que el hombre se alejó del contacto directo y pasó al nivel de mera creación. Y nosotros tenemos que volver.

-Y tú lo haces a través de esas píldoras.

El dijo con sencillez:

-Es lo único que conozco. Yo no tengo visiones naturales. Quiero emprender el viaje de vuelta hasta quedar cara a cara con El, tal como estuvo alguna vez el hombre... que luego eligió dejar de estarlo. No hay duda de que alguna cosa, o alguien, lo tentó, alejándolo, y haciéndole hacer otra cosa. El hombre abandonó voluntariamente la relación, porque pensó que había encontrado algo mejor. -Como para sí mismo, añadió-: Y así terminamos enredados con Carleton Lufteufel y la G-BSO y las ar-ter.

-Me gusta la idea de ser tentada -dijo Lurine; volvió a encender su pipa, que se había apagado-. A todo el mundo le gusta. Esas píldoras te tientan; sigue tomándolas. Los hombres, la gente como tú, tienen sangre de perro de las praderas; son absurdamente curiosos. Hay un ruido raro y saltas desde tu madriguera para observar lo que sea que está sucediendo. Por si acaso. -Meditó-. Una cosa maravillosa. Eso es lo que deseas y lo que él, el primero de nosotros, en el Jardín, deseaba. Lo que antes de la guerra llamaban «gran espectáculo». Es el síndrome de la gran carpa.

Sonrió.

-Y te diré otra cosa. ¿Sabes por qué quieres estar en primera fila? Para poder estar con ellos.

-¿Con quiénes?

-Los importantes. Hubris. Vanagloria. El hombre vio a Dios y se dijo, vaya, vaya, ¿cómo puede ser que él sea Dios y yo esté aquí, empantanado...?

-Y yo estoy haciendo eso ahora.

Lurine dijo:

-Aprende a ser lo que Cristo llamaba «manso». Apuesto a que no sabes qué quiere decir eso. ¿Recuerdas los supermercados antes de la guerra? Cuando alguien ponía un carrito delante del tuyo en la cola y tú lo aceptabas... ésa es tu idea equivocada de la mansedumbre. En realidad, «manso» significa «amansado», como cuando hablas de un animal manso.

Sorprendido, él dijo:

-¿De veras?

-Luego significó humilde y agradecido o paciente, y hasta cosas malas como débil o blando. Pero, originalmente, significaba perder la videncia. En la Biblia significa específicamente estar libre de rencor por las injurias que te hayan hecho. -Rió, deleitada, y luego añadió-: Estúpido; hablas y hablas, pero no sabes nada, realmente.

El dijo, muy tieso:

-Yendo detrás de ese pedante padre Handy no te has vuelto nada mansa. En ninguno de los sentidos de la palabra.

Ante eso, Lurine rió hasta que le faltó la respiración.

-Oh, Dios. -Respiró-. Ahora podríamos mantener una discusión feroz: ¿cuál de nosotros es el más manso? Diablos, ¡soy mucho más mansa que tú!

Se columpió, divertida.

El la ignoró, a causa del guisado de píldoras que había tomado; habían comenzado a surtir efecto.

Vio una figura, súbitamente, con ojos reidores; supuso que era Jesús. Tenía que serlo. El hombre, de cabellos blancos, llevaba una toga y grebas griegas. Era joven, de hombros musculosos, y sonreía de forma feliz y suave, mientras estrechaba contra su pecho un enorme libro con una sólida encuadernación. Dejando aparte las grebas clásicas, podría haber sido -por el extraño corte de sus cabellos- sajón.

¡Jesucristo!, pensó Pete.

El joven musculoso de cabellos canos -Dios mío, ¡tenía el físico de un herrero!- quitó el cierre del libro y lo abrió, exhibiendo dos anchas páginas. Pete vio una escritura en una lengua extranjera, mostrada para que él la leyera:

KAI THEOS EIN HO LOGOS

Pete no consiguió comprender eso, ni la mezcla de otras palabras que, aunque claramente escritas, nadaban delante de él en esta visión, trozos sin sentido para él, como koimeitheisometha... keoiesis... titheimi... Ni siquiera podía decir si era un lenguaje genuino o no; comunicación o los fantasmas sin sentido de un sueño.

El joven de los cabellos de lino cerró el gran libro que sostenía y luego, bruscamente, desapareció. Su llegada y su partida eran como un viejo holograma activado por láser del tiempo de la guerra, pero sin sonido.

-No debes prestar atención a esas cosas, de todos modos -dijo una voz dentro de la cabeza de Pete, como si sus propios procesos mentales hubiesen escapado a su control- Todo eso era para impresionarte. ¿Te dijo su nombre ese tipo? No, no lo hizo.

Volviéndose, Pete distinguió la imagen que se meneaba y flotaba de un pequeño pote de cerámica, un objeto modesto, horneado pero sin barniz; sólo endurecido. Un objeto utilitario, hecho con el barro del suelo. Le estaba aconsejando que no se impresionara -y lo había estado- y se lo agradecía.

-Te diré mi nombre -dijo el pote-. Soy Oh Ho.

Para su coleto, Pete pensó: chino.

-Soy de la Tierra y no soy superior a los mortales continuó el pote Oh Ho, en tono de conversación-. Y no tengo inconveniente en identificarme. Desconfía siempre de las apariciones demasiado altivas para identificarse. Tú eres Pete Sands; yo soy Oh Ho. Lo que viste, esa figura con el libro antiguo, era una de esas entidades de la noosfera, de los Mares de la Sabiduría, que llegan hasta aquí desde los tiempos de Sumeria. Como Terapeutas, asistían al médico griego Esculapio; como espíritus o formas plasmáticas de sabiduría, se designaban a sí mismos como «Thoth» ante los egipcios, y cuando construían -son excelentes artífices- eran «Ptath» para los egipcios y «Hefestos» para los griegos. En realidad no tienen nombre, ya que son mentes compuestas. Pero yo tengo nombre, lo mismo que tú. Oh Ho. ¿Podrás recordarlo? Es un nombre sencillo.

-Claro -dijo Pete-. Oh Ho, un nombre chino.

El pote se tambaleó; rielaba y se alejaba.

-Oh Ho -repitió-. Ho. Oh. Oh. Oh. Oh. Ho On. Piensa en Ho On, Pete Sands, algún día, cuando estés hablando con el doctor Abernathy. El pequeño pote de arcilla que salió de la tierra y puede, como tú, romperse en mil pedazos y volver a la tierra, el que vive sólo tanto como los de tu raza.

-Ho On -repitió Pete, dócilmente.

-Lo que es benigno se identifica con un nombre -dijo Ho On, invisible ahora; era sólo una voz, una entidad pensante, mental, que había poseído la mente de Pete-. Lo que no lo es, no. Somos parecidos, tú y yo, iguales de alguna forma real, hechos del mismo material. Pete Sands. Te he dicho quién soy y te conozco de antiguo.

Qué nombre tonto, pensó él: Ho On. Un nombre tonto para un pote transitorio y frágil. Bueno, de todos modos, le gustaba; lo había tratado, como había dicho, de igual a igual. Y de alguna manera eso parecía más importante que cualquier vasta y trascendente significación que pudiesen contener las pesadas palabras extranjeras del enorme libro. No podía desentrañar palabras, de cualquier modo; estaban por encima de él. Él, como el pote de arcilla Ho On, era demasiado limitado. Pero fue a Jesucristo a quien vi, comprendió. Sé que era El; tenía Su aspecto.

-¿Deseas saber algo más antes de que me marche?

Los pensamientos de Ho On llegaban a él dentro de su cabeza.

Pete Sands dijo:

-Dime la cosa más importante que pudiese ser dicha en cualquier circunstancia. Pero que sea cierta.

Ho On pensó.

-Santa Sofía va a renacer. No era aceptable antes.

Pete parpadeó. ¿Quién era Santa Sofía? Era como decir que San Vito iba a volver a bailar... era una broma. Sintió una aguda desilusión. Simplemente había salido con una tontería, como su nombre. Y ahora lo sintió alejarse... después de haber dado esa nota vacía y sin sentido.

Y entonces las drogas se disiparon. Y él dejó de ver y oír; nuevamente, contempló su salón, el proyector y las microcintas familiares, las cintas bobinadas, el escritorio de plástico lleno de cosas; vio a Lurine fumando su pipa, olió el tabaco holandés..., sentía la cabeza hinchada y se puso de pie, vacilando, sabiendo que sólo había transcurrido un instante en el tiempo real y que para Lurine no había sucedido nada. Nada había cambiado. Y que tenía razón.

Esto no era un acontecimiento; Cristo no Se había manifestado. Lo que había ocurrido era lo que Pete Sands había esperado: un aumento de sus facultades de percepción.

-Jesús -dijo, en voz alta.

-¿Qué pasa? -preguntó Lurine.

-Le vi -informó él-. Existe. Para salvarnos. Está siempre ahí, siempre estará ahí, siempre ha estado ahí.

Fue hacia la cocina y se sirvió una pequeña cantidad, quizá media copa de whisky, de la valiosa botella de antes de la guerra.

Cuando volvió al salón, Lurine estaba leyendo una revista mal impresa, una gacetilla hecha en ciclostil que circulaba de ciudad en ciudad, en la zona de los Estados Montañosos.

-¿Te quedas ahí sentada? -dijo él, incrédulo.

-¿Qué tengo que hacer? ¿Aplaudir?

-Es importante.

-Tú lo viste; yo no.

Siguió leyendo la gacetilla; venía de Provo, Utah.

-Pero El está ahí también para ti -dijo Pete.

-Bueno -asintió con aire ausente.

El se sentó, sintiéndose débil y con náuseas; eran efectos secundarios de las píldoras. Hubo un silencio y después Lurine habló nuevamente, siempre con aire ausente.

-Los SDI van a enviar al inc, Tibor McMasters, a hacer una Pere. Para que encuentre al Dios de la Ira y capte su esencia para su pingle.

-En nombre de Dios, ¿qué es un pingle?

La jerga de los SDI; no la entendía.

-Pintura de la iglesia -ella le lanzó una mirada-. Suponen que tendrá que viajar unos dos mil kilómetros; va a Los Ángeles, creo.

-¿Crees que eso me interesa? -dijo él, furioso.

-Creo -dijo ella, dejando la gacetilla, entonces, y frunciendo el ceño pensativa- que tendrías que ir en esa Pere, y luego, cuando estuvieran a unos cien kilómetros de aquí, cortar una pata a esa vaca que tira del carrito de Tibor. O desconectar su metabatería.

Sonaba total, serenamente seria.

-¿Por qué?

-Para que no pueda traer la esencia. Para el mural.

-Me importa un rábano que...

Se interrumpió. Porque alguien había llegado hasta la puerta de su humilde vivienda; oyó pasos y luego a su perro Tom Swift Y Su Alfombra Mágica Eléctrica, ladrando. Sonó la campanilla. Se levantó y fue hacia la puerta.

El doctor Abernathy, su superior, el sacerdote de la Iglesia Cristiana Combinada de Charlottesville estaba allí, con su sotana negra.

-¿Es demasiado tarde para visitarte? -preguntó el doctor Abernathy.

Su cara de conejito resultaba graciosa a causa de su formal preocupación por no ser molesto.

-Entre -Pete abrió la puerta de par en par-. Usted conoce a la señorita Rae, doctor.

-Que el Señor sea contigo -dijo el doctor Abernathy, asintiendo.

Inmediata, correctamente, ella respondió:

-Y con su espíritu. -Se levantó-. Buenas tardes, doctor.

-He oído -dijo el doctor Abernathy -que estás considerando afiliarte a nuestra Iglesia, confirmarte y luego tomar los sacramentos mayores.

-Bueno -dijo Lurine-. Me sentía... usted sabe. Insatisfecha. Quiero decir..., ¿quién puede querer adorar al ex secretario de la AIDE?

El doctor Abernathy entró en la pequeña cocina y puso al fuego la caldera del té, para hervir agua para el café.

-Serías bien venida -dijo a Lurine.

-Gracias, doctor -contestó ella.

-Pero para ser confirmada necesitarías medio año de instrucción religiosa intensiva. Sobre muchos temas: los sacramentos, los ritos, los principios básicos de la Iglesia. Lo que creemos, y también por qué. Yo doy clases de instrucción para adultos dos veces a la semana. -Añadió, un poco incomodado-: Actualmente hay un adulto que recibe instrucción. Tú podrías alcanzarlo rápidamente; tienes una mente brillante y fértil. Mientras tanto, puedes acudir a los servicios, pero no podrás acercarte a la barandilla, no podrás recibir la Santa Comunión; te darás cuenta.

-Sí -asintió ella.

-¿Fuiste bautizada?

-Yo... -ella dudó-. Francamente, no lo sé.

-Te bautizaríamos con la ceremonia especial para los que pudieran haber sido bautizados antes. Con agua. Cualquier otra cosa, como pétalos de rosa, como solían hacer antes de la guerra en Los Angeles... no cuenta. Por cierto... he oído que Tibor está a punto de partir en una Pere. No es un secreto, claro; el hecho de que yo esté al tanto lo confirma. Los Antanos de los Siervos de la Ira, según dicen los rumores, lo han equipado con mapas y fotos y datos, para que pueda hallar a Lufteufel. Lo único que deseo es que su vaca aguante.

Volviendo al saloncito, dijo a Pete Sands:

-¿Qué tal una partida de póquer? Tres no es suficiente, pero podemos jugar con monedas de un céntimo auténticas. Y sin cosas raras; simplemente un póquer de siete cartas, clásico.

-De acuerdo -dijo Pete, asintiendo-. Pero podríamos permitir una carta a voluntad, elegida por el que da, ya que sólo somos tres.

-Estupendo -dijo el doctor Abernathy, mientras Pete buscaba las cartas y la caja de fichas. Acercó una cómoda silla a la mesa para Lurine Rae, luego otra para él y, finalmente, una tercera para Pete.

-Y nada de charlar durante la partida -dijo Pete a Lurine.

Estaban dando una mano de cinco cartas, se abría con par de jotas o más, cuando el carrito tirado por la vaca de Tibor McMasters, con una luz de batería balanceándose delante, se detuvo en la puerta e hizo sonar la campanilla.

Estudiando su mano, el doctor Abernathy dijo pensativo, de una forma preocupada y abstracta:

-Um... yo... um... paso. Iré yo...

Se levantó y fue hacia la puerta, respondiendo a la presencia del conocido artista inc de los SDI.

Desde su carrito, Tibor McMasters supervisaba la partida de póquer y la conversación tenía esa calidad igualitaria única: cada uno decía tanto como los demás, aunque cada jugador tenía su forma personal de mascullar; y nada de lo que decían, comprendió Tibor, quería decir nada... era meramente un ruido, un zumbido mientras su atención colectiva se mantenía fija en el juego.

De modo que sólo más tarde, cuando hubo una pausa, pudo hablar con el doctor Abernathy.

-Doctor -su voz sonó chillona en sus oídos.

-¿Sí? -dijo Abernathy, contando sus fichas.

-Habrá oído hablar de la Pere que tengo que hacer.

-Sí.

Tibor dijo, consciente de sus palabras, pensando en ellas, conociendo intensamente su significación:

-Señor, si me convirtiera al cristianismo, no tendría que ir.

Inmediatamente, el doctor Abernathy levantó la vista y, escudriñándolo, dijo:

-¿Realmente tienes tanto miedo?

Los demás, Pete Sands y la chica, Lurine Rae, también miraron a Tibor; sintió sus ojos fijos en él.

-Sí -dijo Tibor.

-Con frecuencia -dijo el doctor Abernathy, tomando un mazo nuevo y barajando vigorosamente las cartas -el miedo y el temor están basados en un sentimiento de culpa que no se sufre directamente.

Tibor no dijo nada. Aguardó, con la intención de aguantar hasta el fin, por desagradable y lento que fuera. Después de todo, los sacerdotes eran generalmente gente rara e intensa, especialmente los cristianos.

-Vosotros -afirmó el doctor Abernathy- en vuestra Iglesia de los Siervos de la Ira no tenéis confesión pública ni privada.

-No, doctor. Pero...

-No voy a tratar de discutir ni de competir -dijo el doctor Abernathy en un tono áspero y totalmente firme-. Eres el empleado del padre Handy y si él quiere enviarte, es asunto suyo.

-Y tuyo -añadió Lurine-, si quieres ir o abandonar. ¿Por qué no abandonas?

-Quedaría -dijo Tibor- en un vacío.

-Siempre -continuó el doctor Abernathy- la Iglesia Cristiana está pronta para aceptar a cualquiera. Sin tomar en cuenta sus condiciones espirituales; no pide nada más que la buena disposición. Pero, sin embargo, sospecho que lo que puedo ofrecerte -hablo como portavoz de Dios, no como hombre- es la oportunidad de que desatiendas tu deber espiritual... o, con más precisión, la oportunidad de reconocer ante ti mismo y de confesarme tu profundo deseo de desatender tus deberes espirituales.

-¿Sus deberes con una Iglesia falsa? -protestó Lurine Rae, con sus cejas rojo oscuro alzadas a causa del asombro. Dijo a Tibor-: Tienen un club; todos son socios. Es lo que se llama «ética profesional».

-¿Por qué no nos citamos? -preguntó el doctor Abernathy a Tibor-. Puedo aceptar tu confesión aunque no te unas a la Iglesia Cristiana. Sin compromiso de tu parte, como decían los antiguos.

Con suma precaución, su mente trabajando muy, muy velozmente, Tibor respondió:

-No... no se me ocurre nada que confesar.

-Se te ocurrirá -le aseguró Lurine-. El te ayudará. Más que eso.

Ni el doctor Abernathy ni Pete Sands dijeron nada, y, sin embargo, parecían reconocer, en algún misterioso sentido, quizá por su mera pasividad, que la mujer había dicho la verdad. El padre confesor conocía su oficio; como un buen abogado o un médico, reflexionó Tibor, podía sonsacar a su cliente. Guiarle, informarle. Descubrir lo que había en lo más hondo, oculto... no plantar nada, sino más bien cosechar.

-Déjame pensarlo un poco -dijo Tibor.

Se sentía totalmente vacilante ahora. Sus intenciones, su decisión de hacer esto como una solución a su horror por la Pere, cada vez más próxima, parecían zozobrar en las interpretaciones, con dudas severas y fundamentales. Lo que había parecido una buena idea, había sido devuelta, ante su incredulidad, como inaceptable por el hombre que más se beneficiaría de ella... bueno, el que más se beneficiaría después de Tibor McMasters, que estaba a la cabeza por razones obvias; razones palpables para cualquiera de los que estaban en la habitación.

¿Confesión? No sentía el peso de la culpa, el aguijón de la muerte; se sentía, en cambio, perplejo y atemorizado; eso era todo. Reconocía que temía hasta un nivel morboso y obsesivo la propuesta -en realidad, impuesta- Pere. Pero ¿por qué tenían que hablar de culpa? Las connotaciones góticas de esto, la Antigua Iglesia... Y, sin embargo, tenía que admitir que, de algún modo, parecía apropiada la interpretación del doctor Abernathy. Quizá había sido tan inesperada que lo había abrumado; posiblemente, ésa era la interpretación.

Como no tenía nada que decir, la amiga de Pete Sands habló, naturalmente:

-La confesión -dijo Lurine, en tono meditabundo- es extraña. De ninguna manera te sientes libre en el sentido de que puedes pecar nuevamente, con licencia. En realidad, sientes que... -Hizo un gesto, como si, en realidad, todos la entendieran, cosa que no sucedió a Tibor. Sin embargo, asintió solemnemente, como si hubiese entendido. Y aprovechó la oportunidad (¿acaso no estaban discutiendo temas vertiginosos e interesantes, como el pecado?) para escudriñar por millonésima vez sus amplios y contorneados pechos; Lurine llevaba una camisa de algodón blanco, encogida por muchos lavados, sin sostén, y a la luz matizada del salón sus pezones arrojaban una gran sombra lejana en la lejana pared; cada uno de ellos quedaba ampliado al tamaño de una batería de linterna.

-Sientes -declaró Pete Sands- que tus malos pensamientos y acciones quedan articulados. Toman forma, asumen un aspecto. Y causan menos temor porque se transforman... en palabras, súbitamente. En el logos. Y el logos es bueno -añadió.

Sonrió, entonces, a Tibor, y ahora; de golpe, el poderío, el empuje de las creencias cristianas hizo impacto en la mente de Tibor. En compensación, se sintió consolado; sintió la calidad curativa más bien que filosófica de la Antigua Iglesia; su doctrina no tenía mucho sentido, lo admitía, pero tampoco lo tenían la mayor parte de las cosas del mundo. Especialmente desde la guerra.

Una vez más, las tres personas que estaban alrededor de la mesa, como una trinidad mundana y bixesual, reanudaron su partida. La discusión del tema vital para la que había venido -vital, al menos, para él había concluido.

Pero entonces, el doctor Abernathy dijo abruptamente:

-Quizá de golpe tenga tres adultos en mi clase de instrucción religiosa. Tú, la señorita Rae y ese tipo un poco raro que ya asiste, a quien todos vosotros habéis visto en alguna oportunidad: Walter Blassingame. Es prácticamente un renacimiento de la fe primordial.

Su expresión y su tono no daban ninguna pista acerca de sus sentimientos... quizá como resultado directo de las cartas que había sobre la mesa.

En voz alta, Tibor dijo:

-Erbarme mich, mein Gott.

Al hablar en alemán hablaba consigo mismo, hasta donde sabía hacerlo, de todos modos. Pero, ante su asombro, el doctor Abernathy asintió, entendiendo, obviamente.

-El lenguaje -dijo ácidamente Lurine Rae- de Krupp und Sohnen. De I. G. Farben y A. G. Chemie. De la familia Lufteufel, remontándose hasta Adán Lufteufel o, más exactamente, Caín Lufteufel.

El doctor Abernathy dijo a Lurine:

-Erbarme mich, mein Gott no es el lenguaje del establishment militar alemán, ni el de los consorcios industriales. Es el Klagengeschrei del ser humano, el grito humano pidiendo ayuda. -Explicó a Lurine y a Pete Sands-: Significa, «Sálvame, Dios mío».

-O «Ten piedad de mí, Dios» -añadió Tibor.

-Erbarme -dijo el doctor Abernathy- significa «tener piedad» excepto en esa frase; es un modismo. El sufrimiento no viene de Dios; por tanto, a Dios no se le pide que sea misericordioso; se le pide que te rescate.

Súbitamente, tiró sus cartas.

-Mañana por la mañana, a las diez, en mi despacho, Tibor. Te veré en privado, te explicaré un poco el acto de la confesión y luego iremos a la capilla donde está el Sacramento; por

supuesto, tú no podrás arrodillarte, pero Él no te culpará. Un hombre sin piernas no puede arrodillarse.

-Muy bien, doctor -asintió Tibor.

Y se sintió mejor, extrañamente, aun en este punto. Como si algo hubiese sido quitado del puño combado de sus extensores manuales combinados, un peso que sobrecargaba la metabatería y hacía surgir un humo ominoso del transformador, la caja de velocidades y el banco de solenoides de su carrito.

Y hasta ahora ni siquiera había sabido de su existencia.

-Mis tres reinas -informó el doctor Abernathy a Pete Sands- ganan a tus dobles parejas. Lo siento.

Recogió el magro pote; Tibor vio que el montoncito de fichas del ministro estaba creciendo; ganaba continuamente.

-¿Puedo jugar? -inquirió Tibor.

Los jugadores se miraron levemente, como si apenas fueran conscientes de su presencia, por no hablar de su petición.

-Hace falta un dólar, en monedas de plata, para comprar la entrada -dijo Pete. Arrojó una ficha a un lugar vacío de la mesa-. Eso representa el dólar que debes a la banca. ¿Tienes un dólar? Y no quiero decir un billete.

El sacerdote dijo con suavidad:

-Muestra a Tibor cómo respaldas tus palabras, Pete. Muéstrale tu arsenal.

-Gracias a esto, la gente sabe que no estoy fanfarroneando -dijo Pete.

Escarbó en lo más profundo de su bolsillo y sacó un paquete de monedas de diez centavos, rotulado.

-¡Vaya! -exclamó Tibor.

-Nunca he perdido a las veintiuna -dijo Pete-. Siempre doblo las apuestas.

Rompió uno de los extremos del paquete de monedas para mostrar a Tibor que dentro del papel marrón había verdaderas monedas de plata; dinero genuino, de los viejos, viejos tiempos.

-¿Estás seguro de que quieres jugar? -preguntó Lurine Rae, levantando una ceja y mirando a Tibor-. ¿Sabiendo eso?

Tenía, en el bolsillo, el adelanto de un tercio que le habían dado los SDI por el pingle. No había gastado nada, por temor de que, en alguna siniestra hora futura de ajuste de cuentas, tuviera que devolverlo. Pero ahora, sin embargo, sacó seis monedas de plata de veinticinco centavos, las exhibió, cogidas por la garra de su extensor manual derecho. Y así, mientras movía su carrito más cerca de la mesa, Pete Sands contó las fichas rojas y azules que su dólar y medio había comprado. Ahora era una partida de cuatro y, por tanto, una partida mejor.

4

Más tarde, esa noche, después de que la bonita pelirroja Lurine Rae y Tibor McMasters en su carrito tirado por la vaca se marcharan, andando y rodando, respectivamente, Pete Sands decidió discutir su visión con el doctor Abernathy.

El doctor Abernathy no la aprobó.

-Si sigues teniendo visiones, te advierto que te será prohibido acercarte a la barandilla.

-¿Me cerraría el acceso al mayor de los sacramentos?

Pete no podía creerlo. Seguramente el sacerdote bajito, gordo, carirrojo y parecido a un gallo, estaba de mal humor temporalmente; en él era bastante normal.

-Bueno; si tienes visiones, no necesitas la intercesión del sacerdote ni la gracia de los sacramentos.

Pete dijo:

-¿Quiere saber lo que Él me...?

-Su aspecto -dijo el doctor Abernathy- no es algo que me interese discutir, como si hubieses visto una mariposa rara.

Zambulléndose, Pete dijo:

-Entonces, confiéseme. Ahora.

Se puso de rodillas, con las manos juntas y aguardó.

-No estoy vestido como corresponde.

-Pamplinas.

El doctor Abernathy suspiró, se marchó y finalmente volvió con las necesarias vestiduras blancas; colocando una silla adecuadamente, se sentó dando la espalda a Pete. Luego, haciendo la señal de la cruz y después de haber rezado de forma inaudible, dijo: -Que Tus oídos reciban la humilde confesión de este humilde servidor Tuyo que ha pecado y desea ser recibido nuevamente en Tu generosa gracia.

-Su aspecto era así -empezó Pete.

Interrumpido, el doctor Abernathy, en voz algo más fuerte, rezó:

-Porque este tu servidor, ahora hinchado de vanagloria, imaginando en su abyecta ignorancia que tiene acceso directo a Tu Santa Presencia, a través de un proceso químico y mágico, carente de santificación...

-Siempre está ahí -dijo Pete.

-En la confesión -dijo el doctor Abernathy- no cuentes las acciones de otros, ni siquiera las Suyas.

Pete declaró:

-Confieso humildemente que ingerí deliberadamente drogas de naturaleza compleja, con el propósito de trascender la realidad corriente y obtener un atisbo de lo absoluto, y que procedí mal. Además, confieso que, de forma totalmente sincera, creí y sigo creyendo en la veracidad de mi visión, que le vi realmente, y que, si estoy equivocado, le ruego me perdone, pero si era Él, entonces seguramente deseará que...

-Del polvo vienes -interrumpió el doctor Abernathy-. Oh, hombre, qué pequeño eres. Señor Dios, abre el corazón de este estúpido a Tu sabiduría, que afirma que ningún hombre puede Verte y proclamar adjetivos en cuanto a Tu apariencia y Tu ser.

-Confieso, además -dijo Pete- que sentía y sigo sintiendo resentimiento cuando se me dice que debo desistir de mi búsqueda personal de Dios y que creo que un hombre, aun trabajando solo, puede hallarlo. Sin la mediación del sacerdote, de los sacramentos y de la Iglesia. Confieso muy humildemente que eso es lo que creo y, aunque sé que está mal, sigo creyéndolo a pesar dé todo.

Quedaron en silencio durante un rato, y luego Pete Sands dijo:

-Es gracioso que haya dicho eso del «polvo». Me recuerda lo que dijo Ho On acerca de estar hecho con la arcilla de la tierra.

El doctor Abernathy le miró fijamente.

-¿Qué pasa? -preguntó Pete, incómodo.

-¿«Ho On»?

-Sí; en mi visión... el pote de cerámica dijo que ése era su nombre. Un pote tonto, un nombre tonto. Debe de haber sido un alucinógeno tonto. Probablemente contenía alguna sustancia química de desorientación, de los tiempos de la guerra...

El doctor Abernathy dijo, con voz sorprendentemente grave:

-Eso es griego.

-¿Griego?

-No estoy completamente seguro, pero es un nombre que Dios se da a sí mismo en la Biblia, en la parte griega. Jehová, un verbo hebreo, significa algo en la parte más antigua, cuando habla con Moisés... Es una forma del verbo «ser»; describe su naturaleza. «Soy el que causa el ser», es lo que «Jehová» significa literalmente. De modo que Moisés pudo comunicar a su pueblo la naturaleza, o sea, la ontología, de su Dios. Pero Ho On... -El sacerdote meditó-. La Esencia de la Esencia. ¿El Más Sagrado? ¿El Elevado On? ¿El Poder último?

Riendo, Pete dijo:

-Sólo era un potecito de cerámica. Y de todos modos, como usted dice, yo estaba drogado. Al principio dijo «Oh Ho» y siguió diciendo «Oh, Oh, Oh», y finalmente, Ho On.

-Pero habló en griego.

Pete preguntó:

-¿Quién era Santa Sofia?

-Nunca existió una Santa Sofia.

Ante eso, Pete se echó a reír en el estilo de un hombre que recuerda un buen «viaje».

-¿No existe Santa Sofia? Un pote que se llama Dios a sí mismo y una revelación sobre una santa inexistente; debo de haber tomado una buena mezcla. Sólo una vez en la vida. Tiene razón; es una misa negra. Una santa va a renacer...

-Lo consultaré -dijo el doctor Abernathy-. Pero estoy seguro de que esa santa no existió...

Desapareció por un rato y luego volvió, abruptamente, llevando un enorme libro viejo, un libro de consulta.

-Santa Sofia -declaró en voz alta- era un edificio.

-¡Un edificio!

-Un edificio muy famoso que, por supuesto, fue destruido en el desastre. El emperador Justiniano se ocupó personalmente de su construcción. El nombre que le dio, Haggia Sofia, es griego. También es griego, como Ho On. Significa «la sabiduría de Dios». Ella... eso... ¿va a renacer?

-Fue lo que Ho On me dijo.

Sentándose, el doctor Abernathy preguntó cuidadosamente:

-¿Qué más te dijo ese Ho On, ese pote de cerámica?

-Nada importante. Se quejaba mucho. Ah, sí; dijo que Santa Sofia no era aceptable antes.

-¿Y tú no dedujiste nada?

-Bueno; nada que...

-Haggia Sofia -dijo el sacerdote- puede también referirse a la Palabra de Dios y, por tanto, es por extensión, una clave del nombre de Cristo. Es una clave dentro de otra: Haggia Sofia; Santa Sofia; la Sabiduría de Dios; el Logos; Cristo, y por lo tanto, de acuerdo con nuestras creencias trinitarias, Dios. Lee... ejem... Libro de los Proverbios 8: 22-31. Muy fascinante.

-Una santa que nunca existió -dijo Pete-. El pote se burló de mí; era una comedia. Me estaba tomando el pelo.

-¿Sigues acostándote con Lurine Rae?

La voz del sacerdote tenía un filo súbito e inesperado. Pete parpadeó.

-Este... sí -farfulló Pete.

-De modo que ése es el camino que recorren nuestros conversos para llegar hasta nosotros.

Pete dijo:

-Cuando las cosas van mal, van mal. Quiero decir que tiene que tomar las cosas como vienen.

-Te ordeno -dijo el doctor Abernathy- que dejes de acostarte con esa chica; no estáis casados.

-Si lo hago, no ingresará en la Iglesia Cristiana. Hubo un silencio. Cada hombre miraba al otro, respirando fuerte; sonrojados, los dos se miraban con odio, desaprobación y autoridad masculina, con resonancia de un mandato más profundo y elevado, oscuramente articulado, pero que estaba presente.

-Y las visiones -dijo el doctor Abernathy-. Es hora de que las dejes, también. Confesaste que usabas drogas que inducían visiones. Te ordeno que me entregues todas esas drogas.

-¿O... queeé?

El sacerdote asintió.

-Inmediatamente. -Y extendió la mano.

-Nunca tendría que haberme confesado. -Su voz temblaba, y aunque le fuese la vida en ello, no hubiese podido contener el temblor-. Oiga, ¿por qué no hacemos un trato? No me acostaré más con Lurine, pero usted me deja conservar las...

El doctor Abernathy declaró:

-Estoy más preocupado por las drogas. Contienen un elemento satánico, una viciada, pero real, misa negra.

-¡Usted -Pete gesticuló- está loco!

La mano permanecía aguardando.

-«Misa negra». -Fastidiado, dijo-: Qué negocio. No puedo ganar. O entrego...

Es demasiado, pensó, deprimido. Había sido un error deslizarse en la relación formal con Abernathy; el sacerdote había dejado de ser un hombre y había asumido el poder trascendente.

-Penitencia -dijo en voz alta-. Me ha cogido. De acuerdo; tengo que entregarle todas mis malditas provisiones de medicinas. Qué victoria para usted, la de esta noche. Qué razón para integrarse en la Iglesia Cristiana; ¡tienes que abandonar todo lo que te gusta, hasta la búsqueda de Dios! Usted no debe tener mucho interés en hacer nuevos conversos. En realidad, me parece misteriosa la forma en que desanimó a McMasters; por Dios, casi le dijo en la cara que tenía que volver a Handy y hacer su trabajo y que no tenía que convertirse. ¿Es eso lo que quiere? ¿Que se quede allí con los SDI, y tenga que hacer su Pere, de la que está intentando liberarse con todas sus fuerzas? Qué manera de dirigir una Iglesia; no es asombroso que las cosas vayan mal, como le dije.

El doctor Abernathy seguía extendiendo la mano abierta y aguardando.

Sólo eso, reflexionó Pete Sands. No haber aceptado cuando el inc quiso unirse a nosotros para no hacerla Pere, ¿por qué no lo aceptó? No era una decisión tan difícil. Normalmente, el doctor Abernathy hubiese enrolado a Tibor en la Iglesia instantáneamente. Pete Sands había sido testigo, muchas veces, de esas conversiones abruptas y totales.

-Le diré algo -dijo Pete en voz alta-. Le entregaré mis provisiones de medicamentos si me dice por qué frenó a McMasters cuando trató de meterse aquí. ¿De acuerdo?

-Tibor debería tener valor. Debería estar a la altura de los deberes que se le han impuesto. Aunque sean impuestos por una Iglesia falsa y profana.

-Oh, está bromeando. -Seguía pareciendo raro; en realidad ahora parecía más raro aún. Cuando se le preguntaba directamente sus razones, el doctor Abernathy revelaba que no tenía razones. O, más bien, comprendió Pete, que no iba a decirlas.

-Las drogas -dijo el doctor Abernathy-. Te dije por qué resistí a la tentación de apoderarme de uno de los mejores pintores de pingles del área de las montañas Rocallosas y afiliarlo a la Iglesia Cristiana; ahora dame...

-Cualquier cosa -dijo Pete Sands en voz baja.

-¿Perdón? -Parpadeando, el doctor Abernathy se llevó una mano a la oreja-. Oh... ya veo. Cualquier cosa en vez de... las medicinas.

-Lurine y cualquier otra cosa -dijo Pete con una voz que apenas se dejaba oír. En realidad no estaba seguro de que el sacerdote hubiera entendido las palabras, o solamente el tono. En toda su vida, aun durante la guerra, no había hablado así. Por lo menos, eso esperaba.

-Hum -dijo el doctor Abernathy-. Lurine y cualquier otra cosa. Una oferta más bien grandiosa. Debes estar habituado a una o varias de tus drogas; ¿es así? -Miró atentamente a Pete.

-No a las drogas -dijo Pete-. Más bien a lo que las drogas me demuestran.

-Déjame pensar -rumió el doctor Abernathy-. Bueno; esta noche no se me ocurre nada... quizá sea mejor archivarlo, por ahora; podré, quizá, ofrecer alguna alternativa mañana o pasado.

Y no sólo esto, pensó Pete; además, me ganó toda la plata que tenía encima cuando empezamos la partida. Vaya por Dios.

-Y ya que estamos en ello -dijo el doctor Abernathy-. ¿Cómo es Lurine en la cama? Sus pechos, por ejemplo, ¿son tan firmes como parecen?

-Es como las mareas del mar -dijo tristemente Pete-. O los vientos que barren la llanura. Sus pechos son como montes de grasa de pollo. Su cintura...

Sonriendo, el doctor Abernathy dijo:

-En cualquier caso, para ti ha sido un placer conocerla. En el sentido bíblico.

-¿Realmente quiere saber cómo es? Término medio. Después de todo, he tenido muchas mujeres. Y muchas de ellas eran mejores en la cama; y muchas de ellas peores -dijo Pete-. Eso es todo.

El doctor Abernathy seguía sonriendo.

-¿Cuál es el chiste? -interrogó Pete.

-Quizá la forma en que los hombres hambrientos hablan de los banquetes -contestó el doctor Abernathy.

Pete se sonrojó, sabiendo que el color le llegaría hasta la coronilla, que era visible.

Se encogió de hombros y se volvió.

-¿Y a usted qué le importa?

-Curiosidad -dijo el doctor Abernathy rascándose la barbilla y enderezando su sonrisa-. Soy un hombre curioso y aun el conocimiento carnal de segunda mano es conocimiento.

-Y quizá muchos años de confesionario promueven un cierto voyeurismo -observó Pete.

-Si es así, eso no corrompe el sacramento -dijo el doctor Abernathy.

-Sé algo de los valdenses -dijo Pete-. Lo que dije era que...

-...Que soy un fisgón. -El doctor Abernathy suspiró y se puso de pie, arreglando su sotana-. Bueno, ahora me marcho.

Pete lo acompañó hasta la puerta, dejando salir al mismo tiempo a Tom Swift Y Su Alfombra Mágica Eléctrica, para que se ocupara de sus habituales asuntos nocturnos.

El polvo luchó con el rocío y aquél se instaló en el suelo, salvo el que levantaba la vaca, enviándolo a su cara.

-Me interesa. Sí... Como le dije anoche...

-Sí, sí, lo sé -dijo el doctor Abernathy-. No necesito decir que me alegro de que nuestro ejemplo te haya impresionado tanto.

Se volvió entonces y miró por la ventana y dijo:

¿Crees en Dios Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra, y en su único Hijo, Jesucristo, nuestro Señor, nacido de santa María Virgen, que padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado y al tercer día resucitó?

-Creo que sí -contestó Tibor.

-¿Crees que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos?

-Puedo creerlo, si lo intento -respondió Tibor.

-De todos modos, eres un hombre honesto -dijo el doctor Abernathy-. Mira, pese a que dicen que estamos buscando clientes, no es cierto. Me encantaría darte la bienvenida al redil, pero sólo si estás seguro de que sabes lo que haces. Además, somos más pobres que los Siervos de la Ira. De modo que si estás buscando trabajo, olvídalo. No podemos permitirnos el lujo de pagar murales, ni manuscritos iluminados.

-Ni había pensado en eso, padre -dijo Tibor.

-Muy bien -dijo el doctor Abernathy-. Sólo quería asegurarme que nos encontrábamos en el mismo terreno.

-Estoy seguro de que así es -dijo Tibor.

-Tú eres un empleado de los SDI -dijo el doctor Abernathy, pronunciando cada letra.

-He aceptado su dinero -dijo Tibor-. Tengo que hacer un trabajo para ellos.

-¿Qué piensas de Lufteufel, realmente? -preguntó el doctor Abernathy.

-Es un tema difícil -contestó Tibor-, porque nunca le he visto. Necesito pintar del natural. Una fotografía, como la que me proporcionaron, sería útil sólo si pudiera mirar al hombre, aunque fuera por un instante.

-¿Qué piensas de él en cuanto dios? -preguntó el doctor Abernathy.

-No lo sé -dijo Tibor.

-¿Y como hombre...? -preguntó el doctor Abernathy.

-No lo sé.

-Si sientes dudas, ¿por qué quieres cambiarte a esta altura del partido? -preguntó el doctor Abernathy-. Quizá sería mejor resolverlas en el contexto en que surgieron.

-Su religión tiene más cosas que ofrecer -arguyó Tibor.

-¿Cómo por ejemplo? -preguntó el doctor Abernathy.

-Amor, fe, esperanza -contestó Tibor.

-Pero has aceptado su dinero -señaló el doctor Abernathy.

-Sí -dijo Tibor-. Ya he hecho un arreglo con ellos.

-¿Un arreglo que requiere una Pere? -preguntó el doctor Abernathy.

-Sí -contestó Tibor.

-Si te conviertes hoy, ¿qué harás con ese encargo? -prosiguió el doctor Abernathy.

-Renunciaré -respondió Tibor.

-¿Por qué? -inquirió el doctor Abernathy.

-Porque no quiero hacer la Pere -reconoció Tibor.

Ambos bebieron café.

-Tú crees que estás siendo honesto -dijo por fin el doctor Abernathy-, un hombre que afronta todos sus compromisos. Pero quieres venir a nosotros y traicionar su confianza.

Tibor desvió la mirada.

-Puedo devolverles su dinero -dijo.

-Es cierto -convino el doctor Abernathy-, como está mandado; no robar. Eso se aplica a los SDI como a cualquier otro, de modo que sería justicia que les devolvieras su dinero o pintaras el mural, manteniendo tu promesa. Por otro lado, ¿qué es lo que, en realidad, te han pedido que hagas?

-Un mural, donde figure el Dios de la Ira -contestó Tibor.

-Entiendo -dijo el doctor Abernathy-. Y ¿dónde vive Dios?

-No entiendo -dijo Tibor, bebiendo su café.

-¿No es cierto que está en todas partes y en todo tiempo, porque la eternidad es Su hogar? -preguntó el doctor Abernathy-. Creo que los SDI y los cristianos estamos de acuerdo en ese punto.

-Creo que sí -dijo Tibor-. Pero, como Dios de Este Mundo...

-Bueno; puede ser hallado en cualquier parte -dijo el doctor Abernathy.

-Padre, no le sigo -dijo Tibor.

-¿Y si no consigues localizarlo? -preguntó el doctor Abernathy.

-Entonces no podré completar el mural -arguyó Tibor.

-¿Y qué harías entonces? -insistió el doctor Abernathy.

-Continuar con lo que he estado haciendo -contestó Tibor-, pintando carteles, pintando casas. Devolvería el dinero, por supuesto...

-¿Y por qué tienes que llegar a esos extremos? Ya que Dios, si él es Dios, puede ser encontrado en todas partes, porque éste es su mundo, parece que podrías muy bien buscarle aquí -dijo el doctor Abernathy.

Con cierto desasosiego y, al mismo tiempo, algo de fascinación, Tibor dijo:

-Creo que todavía no entiendo lo que quiere decir, señor.

-¿Y si vieras un rostro en una nube? -sugirió el doctor Abernathy-. O en los reflejos del Gran Lago Salado, por la noche bajo las estrellas. O en la bruma que desciende cuando desaparece el calor del día.

-Entonces se trataría de una suposición -arguyó Tibor-. Una... falsificación.

-¿Por qué? -preguntó el doctor Abernathy.

-Porque sólo soy un mortal -dijo Tibor- y, por lo tanto, puedo equivocarme. Si hago una suposición, puedo errar.

-Pero, si es Su voluntad que se haga ese mural, ¿permitiría un error? -preguntó el doctor Abernathy con voz fuerte y mesurada-. ¿Permitiría que pintases una cara equivocada?

-No lo sé -contestó Tibor-. Creo que no. Pero...

-Entonces, ¿por qué no te ahorras mucho tiempo, esfuerzo y penalidades -preguntó el doctor Abernathy -y procedes como te he dicho?

Después de una pausa, Tibor murmuró:

-Siento que no estaría bien.

-¿Por qué no? -preguntó el doctor Abernathy-. En realidad, podría ser cualquiera ¿sabes? Lo más probable es que nunca encuentres al verdadero Carl Lufteufel.

-¿Por qué no? -repitió Tibor-. Porque no estaría bien, ésa es la razón. Me han encargado que pinte al Dios de la Ira en el centro del mural, con los colores más vívidos y apropiados, de modo que es muy importante saber cómo es realmente.

-¿Es tan importante? -preguntó el doctor Abernathy-. ¿Cuánta gente le conoció en los viejos tiempos? Y, aunque estén vivos, ¿cuántos le reconocerían hoy...?, si es que él vive aún, por supuesto.

-No es eso -dijo Tibor-. Sé que podría falsificarlo, que podría fabricar una cara... gracias a la repro que vi. Pero la cosa es que, pese a todo, no sería verdadera.

-¿Verdadera? -repitió el doctor Abernathy-. ¿Verdadera? ¿Qué es la verdad? ¿Acaso se desvirtuaría la devoción de un solo SDI, aunque mirara una cara inauténtica, si sus sentimientos fueran los adecuados, en términos de la fe? Claro que no. No estoy tratando de denigrar a los que tú consideras mis competidores. Todo lo contrario. Es a ti a quien valoro. En el mejor de los casos, una Pere es un riesgo. ¿Qué ganaríamos si te perdiéramos? Un alma y un buen pintor, quizá. Sentiría muchísimo perderte por un asunto tan poco importante.

-No es un asunto poco importante, padre -replicó Tibor-. Es un asunto de honradez. Me han pagado para que haga algo y, ¡por Dios! (el suyo o el de ellos) tengo que hacerlo bien. Yo trabajo así.

-Paz -dijo el doctor Abernathy, levantando la mano. Bebió otro sorbo de café y luego dijo-: El orgullo también es un pecado. Por él Lucifer cayó del cielo. De los pecados capitales, el orgullo es el peor. La ira, la avaricia, la envidia, la lujuria, la pereza y la gula... representan las relaciones del hombre con sus semejantes y con el mundo. El orgullo, en cambio, es absoluto. Representa la relación subjetiva de un hombre consigo mismo. Por lo tanto es el más mortal de todos. El orgullo no requiere nada de que estar orgulloso; es el colmo del narcisismo. Siento que, quizá, eres víctima de ese sentimiento.

Tibor rió. Después bebió café.

-Me parece que se equivocó de persona -dijo-. Tengo muy poco de qué sentirme orgulloso. -Colocó la taza ante sí y levantó su mano metálica-. ¿Usted diría que me siento orgulloso de algo? Diablos, ¡soy mitad máquina! De todos los pecados que nombró, es probablemente el menos aplicable a mí.

-Yo no apostaría a eso -dijo el doctor Abernathy.

-Vine a discutir sobre religión con usted -dijo Tibor.

-Es cierto -admitió el doctor Abernathy-, es cierto. Creo que estamos discutiendo sobre eso. Estoy tratando de que veas tu tarea con una perspectiva adecuada. ¿Más café?

-Sí, por favor -dijo Tibor.

El doctor Abernathy sirvió el café y Tibor miró por la ventana. Las once de la mañana, ese momento de la verdad estaba pasando sobre el mundo, lo sabía. Porque algo había salido de él. Qué era... no lo sabría nunca.

Bebió y volvió a pensar en la noche anterior.

-Padre -dijo finalmente-, no sé quién tiene razón y quién se equivoca, usted o ellos, y quizá no lo sepa nunca. Pero no puedo engañara alguien cuando le digo que voy a hacer algo. Si fuera al revés, hubiese hecho lo mismo con usted.

El doctor Abernathy se movió y bebió.

-Y quizá en realidad no nos hubiese importado, si no hubieras podido hallara Cristo para nuestra Ultima Cena -dijo-, si hubieses hecho un buen trabajo. No estoy tratando de disuadirte

de que hagas lo que te parece correcto. Es sólo que creo que te equívocas y que podrías facilitarte mucho las cosas.

-No pido facilidades, padre.

-Me haces sonar como algo que no estoy tratando de ser -dijo el doctor Abernathy-. Es solamente, repito, que creo que hay una manera de que te facilites las cosas.

-En otras palabras, sugiere que me vaya por un tiempo, finja haber visto la cara que tendría que ver, la pinte, y liquide el asunto -dijo Tibor.

-Para ser franco -dijo el doctor Abernathy-, sí. No engañarías a nadie...

-¿Ni siquiera a mí mismo? -preguntó Tibor.

-Orgullo -dijo el doctor Abernathy-. Orgullo.

-Lo siento, señor -dijo Tibor, apoyando su taza de café-. Lo siento, pero no puedo hacerlo.

-¿Por qué no? -preguntó el doctor Abernathy.

-Porque no estaría bien -contestó Tibor-. No soy esa clase de persona. En realidad, sus sugerencias me han hecho reconsiderar su religión. Creo que me gustaría posponer mi decisión respecto a convertirme.

-Como quieras -dijo el doctor Abernathy-. Por supuesto, según nuestras creencias, tu alma inmortal estará en peligro permanente.

-Pero -dijo Tibor- usted no puede considerar condenado a ningún ser humano, ¿no es esto cierto?

-Así es -admitió el doctor Abernathy-. ¿Quién te comunicó ese dato tan jesuítico?

-Fay Blaine -contestó Tibor.

-Oh -dijo el doctor Abernathy.

-Gracias por el café, señor -dijo Tibor-. Creo que será mejor que me vaya...

-¿Puedo darte un catecismo? ¿Para que lo leas por el camino?

-Sí; gracias.

-No te gusto y no me respetas, ¿eh, Tibor?

-Permita que me reserve mí opinión, padre.

-Resérvala, pero toma esto -dijo el doctor Abernathy.

-Gracias -dijo Tibor, aceptando el panfleto.

El doctor Abernathy dijo:

-Te revelaré otra cosa que deberías saber. La encontré en un libro de texto acerca de las religiones de los antiguos griegos. Su dios Apolo era un dios constante y, cuando se le sometía a prueba, siempre era el mismo. Esa era una importante cualidad suya; era lo que era... siempre. En efecto, se podría definir a Apolo por esto y asimismo la personalidad apolínea en los seres humanos. -Tosió y continuó rápidamente-. Pero Dionisos, el dios de la sinrazón, era el dios de la metamorfosis.

-¿Qué es «metamorfosis»? -preguntó Tibor.

-Cambio. De una forma a otra. Por eso, como verás, como el Dios de la Ira es también un dios de la sinrazón, como Dionisos, podemos suponer que se oculta, que se disfraza, se esconde, que es lo que no es; ¿puedes imaginarte adorando a un dios que, más bien que ser, es lo que no es?

Tibor lo miró, perplejo. La perplejidad y los esfuerzos de dos hombres corrientes llenaron la habitación: la perplejidad, no la comprensión.

-Estos temas son difíciles -dijo finalmente el doctor Abernathy. Se puso de pie-. ¿Te veré nuevamente a tu vuelta?

-Quizá -contestó Tibor, activando su carrito.

-El Dios cristiano... -el doctor Abernathy dudó, viendo que Tibor parecía agotado, agotado por la perplejidad es el Dios del no cambio. «Soy el que soy», como dijo Dios a Moisés en la Biblia. Ese es nuestro Dios.

Afuera, toda la magia había desaparecido del mundo del mediodía, el sol había escondido su cara detrás de una nubecilla y Darlin Corey se había comido un abejorro y se encontraba mal.

5

Volvió a las excavaciones a la tarde siguiente. La puerta gruñó cuando insertó su dedo, pero reconoció las curvas y las espirales y se corrió parcialmente hacia la derecha. Él se deslizó hacia dentro y le dio una patada y la puerta se cerró detrás de él.

Ajustando su mochila, que contenía una nueva provisión de herbicidas, se detuvo un momento para tocar el bulto que había crecido entre su sien izquierda y su frente. Latía y enviaba saetas de dolor a través de su cabeza, como sabía que sucedería. Pero no podía mantener sus manos alejadas de él. La reacción tipo dolor de muelas, decidió.

Tragó otra tableta de su nueva provisión, sabiendo que su efecto sería menor que lo deseable.

Volviéndose, bajó por el túnel perpetuamente iluminado, perpetuamente mal iluminado, que llevaba a los búnkers. Antes de llegar al que usaba actualmente para dormir, su pie se posó sobre un pequeño camión rojo y se precipitó hacia delante, aterrizando sobre su hombro. Mientras caía, protegió su dolorida cabeza levantando un brazo. Activado por el empuje de su pie, el camión hizo sonar el claxon y se alejó corriendo por el túnel.

Después de un momento, una figura baja y fornida pasó corriendo a su lado, haciendo ruidos que parecían sollozos.

-¡Camón! ¡Camón! -gritaba, persiguiendo el sonido del claxon.

Se puso de rodillas y después, de pie. Mientras atravesaba, tambaleándose, la puerta, notó que, tal como había sospechado, la habitación era un caos. Mañana me mudaré a la siguiente, decidió. Es más fácil que limpiar estas malditas cosas.

Dejó caer su mochila en la mesa más cercana y se derrumbó en la cama, apretándose la frente con la parte superior de su muñeca derecha.

Una sombra que atravesó sus párpados le dijo que ya no estaba solo. Sin abrir los ojos ni cambiar de postura gruñó:

-Alice, ¡te dije que no dejaras tus juguetes en el vestíbulo! ¡Te di una bonita caja para que los guardaras! Si no los guardas allí, te los quitaré.

-No -dijo la voz chillona-. Camón...

Luego oyó el golpeteo de sus pies desnudos sobre el suelo y la cerradura de la caja de los juguetes crujió. Era demasiado tarde para gritar y, sabiendo lo que sucedería, apretó los dientes mientras ella cerraba la caja dejando caer la tapa con un estrépito que retumbó en todas las paredes de su parca celda y convergió sobre su cabeza.

El hecho de que no sepa hacerlo mejor no modifica la dificultad, decidió. Tres semanas antes había traído a Alice a vivir en las excavaciones... una idiota a quien los habitantes de Stuttgart habían expulsado. Si era porque su condición le inspiró lástima o por el deseo de tener compañía... no podía decirlo. Probablemente, un poco de las dos cosas había inspirado su decisión. Ahora comprendía por qué los otros habían hecho lo que habían hecho. Vivir con ella era imposible... enloquecedor. En cuanto se sintiera mejor la llevaría de vuelta al sitio donde la había encontrado, llorando junto al río, con el vestido enredado en unas zarzas.

-Perdón -le oyó decir-. Perdón, papaíto.

-No soy tu papaíto -dijo él-. Come un poco de chocolate y vete a dormir, por favor...

Se sentía como un vaso de agua helada. ¡Qué idea tan disparatada! El sudor parecía una condensación, ahora, mientras por dentro estaba ¡frío, frío, frío! Cruzó los brazos y comenzó a temblar. Finalmente sus dedos rozaron la manta, la cogieron y la extendieron encima de él.

Oyó a Alice, cantándose a sí misma en el otro lado del cuarto y, por alguna razón, eso lo calmó un poco.

Entonces -y lo peor era que sabía que todavía no estaba totalmente delirante- estaba de vuelta en su despacho y su secretaria acababa de entrar corriendo, con un montón de papeles que parecían una flor en su mano de uñas color rosa, y hablaba y hablaba y hablaba, excitada,

y él respondía y asentía, meneando la cabeza y gesticulando, apretando los botones de espera en sus teléfonos, rascándose la nariz, tirando del lóbulo de su oreja, y hablando y no oyendo ni entendiendo una palabra de las que nadie decía, no oyendo siquiera los timbres de los teléfonos, bajo cuyos botones guiñaban sin parar las lucecitas, y había una sensación de urgencia y una extraña sensación de separación, de alejamiento, de futilidad, mientras Dolly Reiber -así se llamaba- hablaba, hasta que súbitamente notó, desde un punto de vista académico, que tenía cabeza de perro y había empezado a aullar (eso lo oyó, aunque muy débilmente), y él sonrió y extendió el brazo para acariciar el hocico y se transformó en Alice junto-a-su-lecho.

-¡Te he dicho que te vayas a dormir!

-Lo siento, papaíto.

-¡No importa! Vete a dormir, como te dije.

La figura se retiró y él encontró fuerzas para desabrochar sus cinturones de municiones y arrancarse la ropa, porque ya no se sentía como un vaso de agua helada, y empujó esas cosas por el borde de la cama.

Quedó tirado allí, jadeando, y su cabeza latía con cada latido de su corazón.

¡Las ratas! Las ratas... Estaban a su alrededor, acercándose... Quiso coger el napalm. Pero, Líbranos, líbranos de tu Ira, dijeron las ratas, y él soltó una risita y comió sus ofrendas. «Por un tiempo», les dijo, y entonces el cielo estalló y había siluetas informes que nadaban lentamente rodeándolo, casi siempre rojas, aunque algunas eran incoloras y él existía con indiferencia mientras flotaban a su lado, y entonces -o antes o después, no estaba seguro y sabía que no importaba- oyó y sintió, más bien que vio, una luz dentro de su cabeza, pulsando, y era una cosa agradable y dejó que lo empapara durante un tiempo, un tiempo que pudieron ser horas o segundos (no importaba) y, aunque sintió, súbitamente, que sus labios se habían estado moviendo, no oyó palabras, allí donde estaba, hasta que una voz dijo:

-¿Qué es un D III, papaíto?

-Duerme, ¡maldita seas! ¡Duerme! -su boca, finalmente se comunicó con sus oídos y llegó el sonido de pasos que huían. Ratas... Líbranos... D III... Luz... Luz... ¡Luz!

Brillaba como un tubo de neón y latía como un tubo, también. Más y más brillante. Rojo, naranja, amarillo. ¡Blanco! ¡Blanco y deslumbrante! Se tambaleó en la luz pura y blanca. Disfrutó de ella por un momento. Sólo por un momento.

Bajó lentamente y lo vió llegar. Se agachó, se encogió, se rebajó ante él, pero comenzó igualmente su eternamente lento descendimiento. «¡Dios!», el grito estrangulado surgió de todo su ser, pero estaba más cerca, más cerca, estaba sobre él.

Una corona de hierro bajó y se posó en su frente, se ajustó, se colocó en él. Se apretaba y sintió como un anillo de hielo seco alrededor de la cabeza. ¿Brazos? ¿Tenía brazos? Si era así, los usó para arrancarla, pero fue inútil. Se quedó allí y latió y volvió a su búnker en las excavaciones, sintiéndola.

-¡Alice! -gritó-. ¡Alice! ¡Por favor!

-¿Qué, papaíto? Qué? -preguntó mientras se acercaba a él nuevamente.

-¡Un espejo! ¡Necesito un espejo! Coge el pequeño que hay encima del water y tráemelo. ¡Date prisa!

-¿Espejo?

-¡Luna! ¡Spiegel! ¡Lo que refleja! ¡Esa cosa en la que te ves!

-¡De acuerdo! -Y se marchó corriendo.

Después de un tiempo doloroso, volvió.

-Tengo el espejo -dijo.

Se lo arrebató y lo alzó. Torció la cabeza y se miró con el ojo izquierdo.

Estaba allí. Una línea negra había aparecido en el centro del bulto.

-Oye, Alice -dijo y se detuvo, para respirar hondo-. Oye..., en la cocina... ¿Sabes dónde está el cajón donde guardamos los cuchillos y las cucharas y los tenedores?

-Creo..., me parece...

-Ve a buscarlo. Saca todo el cajón... con mucho cuidado. No lo dejes caer. Y me lo traes aquí. ¿Entiendes?

-Cotina. Cosas cajón. Cotina. Cosas cajón. Cosas cajón...

-Sí. Date prisa. Pero ten cuidado; que no se te caiga.

Ella se marchó corriendo y un instante después oyó el golpe y los ruidos metálicos. Luego oyó los sollozos.

Apoyó los pies en el suelo y se derrumbó. Lentamente, comenzó a arrastrarse.

Llegó a la cocina y dejó marcas húmedas con las manos en las baldosas. Alice estaba acurrucada en el rincón, repitiendo:

-No pegues, papaíto. Perdón, papaíto. No pegues, papaíto...

-Está bien -dijo él-. Puedes comer otra chocolatina. -Y eligió dos cuchillos afilados de diferentes tamaños, se volvió y se arrastró de vuelta.

Diez minutos, quizá, y sus manos estuvieron firmes, como para levantar el espejo con la izquierda y el cuchillo pequeño con la derecha. Se mordió el labio. El primer corte tendría que ser rápido, decidió, y colocó el cuchillo debajo de la línea negra.

Cortó y gritó casi simultáneamente.

Ella corrió a su lado, sollozando, pero él también sollozaba y no podía responder.

-¡Papaíto, papaíto, papaíto!

-Dame mi camisa -gritó él.

Ella la sacó del montón de ropas y se la tiró.

Cuidadosamente, la aplicó contra la sien y secó sus lágrimas con la manga. Volvió a morderse el labio y por la humedad que chorreaba comprendió que también tendría que secarlo.

-Oye, Alice -dijo-. Te has portado muy bien, y no estoy enfadado contigo.

-¿No enfadado? -preguntó ella.

-No estoy enfadado -dijo él-. Has sido muy buena, muy buena. Pero esta noche tendrás que ir a dormir a otro cuarto. Es porque voy a estar dolorido, y haré ruidos y habrá mucha sangre... y no quiero que veas todo eso, y no creo que a ti te guste.

-¿No enfadado?

-No. Pero, por favor, vete al otro cuarto. Sólo por esta noche.

-Allá no me gusta.

-Sólo por esta noche.

-De acuerdo, papaíto -dijo ella-. ¿Das beso?

-Claro.

Y se inclinó y él se las arregló para girar la cabeza de manera que ella no le hiciera daño. Luego se retiró sin hacer -¡gracias a Dios!- demasiado ruido.

Debía tener, según sus cálculos, unos veinticuatro años y pese a sus anchos hombros y a su cintura cubierta de grasa, tenía una cara no muy diferente de la de los querubines de Rubens.

Cuando se marchó, él descansó un poco y luego volvió a levantar el espejo. Seguía sangrando, de modo que se secó varias veces, mientras estudiaba la herida. ¡Muy bien!, se dijo. El primer corte había sido profundo. Ahora, si tenía cojones...

Tomó el cuchillo y lo colocó sobre la línea negra. Algo en su interior -allá abajo, en el nivel animal donde nace la mayor parte de los temores -gritó, pero se las arregló para ignorarlo durante el tiempo necesario para hacer el segundo corte.

Entonces, tanto el espejo como el cuchillo cayeron sobre la cama y apretó la camisa contra su cara. Entonces, se desvaneció. No había luces. No había corona. Nada.

Cuánto tiempo le llevó recuperar el conocimiento, no lo sabía. Pero se quitó la camisa de la cara, dio un respingo y humedeció sus labios.

Finalmente, levantó el espejo y se miró.

Sí; había logrado poner la cosa entre paréntesis. El primer paso había sido completado. Ahora tendría que excavar un poco.

Y lo hizo. Cada vez que el filo chocaba contra la pieza de metal que sobresalía, su cabeza era como el interior de la campana de una catedral y pasaban minutos antes de que pudiese continuar. Seguía secando la sangre, las lágrimas y el sudor de su cara.

Luego, apareció.

Finalmente, había dejado al descubierto un filo que sus uñas podían asir. Mordiéndose la lengua ahora, como se había atravesado antes el labio inferior, lo cogió con suavidad, apretó cuidadosamente y tiró con todas sus fuerzas.

Cuando despertó y pudo volver a levantar el espejo, sobresalía medio centímetro de su cabeza.

Mojó la camisa con saliva, para poder limpiarse la cara.

Nuevamente se acercó con cautela y tiró espasmódicamente. Nuevamente la negrura.

Después de la quinta vez, yacía allí con una esquirla de metal de cinco centímetros que había caído desde su mano derecha sobre la cama, y su cara era una máscara sudorosa, sangrante, llorosa, con un agujero en la sien izquierda, y durmió un sueño sin sueños... De hecho, bajo esa superficie rubicunda apareció una cierta capa de paz, aunque pudo haber sido un efecto de las luces a través del desorden.

Ella entró de puntillas, con el cuidado exagerado de una criatura, y se llevó las manos a la boca y se mordió los nudillos, porque sabía que no debía molestarle y sentía que, si gritaba, lo haría.

Pero era como en la víspera de Todos los Santos... era como si llevara una máscara. Vio la camisa caída en el suelo... Estaba tan mojado...

-Papaíto... -susurró y la puso contra su cara, apretando suave, muy suavemente, con dedos como patas de araña, hasta que absorbió todo, todo, todo eso que lo cubría como barro o insectos que se amontonaban.

Luego la retiró porque se había cortado, muchas veces, y sabía que esas cosas secaban y se pegaban y hacían daño cuando se quitaban.

Parecía más limpio, ahora, aunque todavía estaba un poco alterado, y aferró la camisa y la llevó consigo, de vuelta a la habitación de antes, porque era de él, porque él le había dado juguetes y chocolate, y porque quería algo que fuera de él que él no quisiera ya... estando tan sucia.

Tarde, mucho más tarde, cuando la miró, extendida sobre su cama, quedó encantada, viendo que llevaba impresa una imagen de su cara, trazada con los jugos de su propio cuerpo, que ahora yacía allí plano y oscuro, ajustándose a cada detalle de su rostro...

Excepto los ojos -que, extrañamente, parecían horizontales..., dos ranuras-, como si pudieran ver toda la superficie del mundo, como si el mundo fuera plano y su mirada viajara siempre, sin detenerse nunca.

A ella no le gustó la forma en que aparecían los ojos, de modo que la dobló y se la llevó y la ocultó en el fondo de su caja de juguetes, olvidándola para siempre.

Esta vez, por alguna razón, recordó que no debía dejar caer la tapa, y la cerró cuidadosamente.

6

El hombre se arrastra como un escarabajo, a cuatro patas, por la zanja de desagüe. Ojos oscuros buscando una abertura. Una X de cinturones de tela sobre su espalda. Sobre él, los relámpagos; sobre él, la lluvia. Y alrededor de la próxima curva de su camino él vigila/ellos vigilan/ eso vigila, porque él/ ellos/ eso sabe que llega con un dolor en la cabeza. Y eso mira hacia el sitio donde la tormenta golpea a la tierra y nace el barro, limpia las salpicaduras de su piel, olfatea el aire, ve la cabeza y los hombros del hombre pasando la curva y se retira.

El hombre encuentra la alcantarilla abierta y se arrastra dentro.

Después de unos seis metros encendió su linterna e iluminó el techo. Entonces se detuvo en el pasaje, junto a las aguas fecales, y apoyó la espalda contra la pared. Secándose la frente con la manga de la camisa caqui, sacudió las gotitas que había en sus cabellos y se secó las manos en los pantalones.

Hizo una mueca. Luego, metiendo la mano en la mochila, retiró un tubo de tabletas y tragó una. Los truenos retumbaban a su alrededor en ese lugar, y maldijo, apretándose las sienes. Pero volvieron, una y otra vez, y él cayó de rodillas, sollozando.

El nivel de las aguas en el centro de la zanja comenzó a subir. Observándolo, a la luz de la linterna, se puso en pie y avanzó tambaleándose más adentro, hasta que llegó a algo que parecía una plataforma. El olor de los residuos era más fuerte aquí, pero había lugar para sentarse con la espalda contra la pared, de modo que lo hizo. Apagó la linterna.

Después de un rato, la tableta comenzó a surtir efecto y suspiró.

Ved cuán débil es lo que ha venido a mí.

Desabrochó la pistolera y quitó el seguro a su revólver.

Me ha oído y conoce el miedo.

Entonces, entre los rugidos del trueno, no hubo más que silencio. Se quedó sentado allí, quizá durante una hora; luego se sumió en un sueño liviano.

Lo que le despertó pudo haber sido un ruido. Si era así, había sido demasiado suave para que su conciencia lo registrara.

Está despierto. ¿Cómo es que puede oírme? Decidme. ¿Cómo es que eso puede oírme?

-Puedo oírte. Y estoy armado -dijo él mientras su mente bajaba automáticamente al arma que había en su costado y su dedo encontraba el gatillo.

(Imagen de una pistola y sentimiento de escarnio, mientras ocho hombres caen antes de que el percutor resuene sobre el tambor vacío.)

Con la mano izquierda volvió a encender la linterna. Cuando la movió, algunas chispas opalinas sucedieron en un rincón.

¡Comida!, pensó. ¡Necesitaré algo antes de volver al búnker! Irán bien.

Tú no me comerás.

-¿Quién eres? -preguntó él.

Tú piensas en mí como ratas. Piensas en una cosa conocida cómo Manual de Supervivencia de las Fuerzas Aéreas, donde se aplica que si cartas una de mis cabezas -que es donde está el veneno- entonces debes abrir el vientre y continuar el corte por las patas. Subsiguientemente a esto, la piel puede ser arrancada, el estómago abierto y vaciado, la columna vertebral partida y ambas mitades asadas en un palillo afilado.

-Eso es esencialmente correcto -dijo él-. ¿Dices que eres «ratas»? No entiendo. El plural, eso es lo que no entiendo.

Soy todos nosotros.

Continuó mirando fijamente los ojos situados a unos ocho metros de distancia.

Ahora sé cómo me oyes. Hay un dolor, dolor en ti. Eso, de algún modo, te permite oír.

-Hay trozos de metal en mi cabeza -dijo él- de cuando mi despacho estalló. Yo tampoco entiendo esto, pero imagino cuál puede ser la vinculación.

Sí. En realidad, veo que uno de los trozos que está cerca de la superficie saldrá pronto. Entonces debes romper la piel con tus garras y retirarlo.

-No tengo garras..., oh, las uñas. Entonces eso debe ser la causa de los dolores de cabeza. Hay otro trozo que se está moviendo. Afortunadamente, puedo usar mi cuchillo. La vez que tuve que quitarme uno con las garras fue muy duro.

¿Qué es un cuchillo?

(Acero, afilado, brillante, con un mango.)

¿Dónde se obtiene un cuchillo?

-Se tiene uno, se encuentra uno, se compra uno, se roba uno o se fabrica uno.

Yo no tengo uno, pero he encontrado el tuyo. No sé cómo comprar, o robar, o hacer uno. De modo que cogeré el tuyo.

Y hubo más chispas opalinas, y más, y más, y lentamente se adelantaron y supo que su revólver era inútil.

Un terrible dolor llegó a su cabeza y unos resplandores blancos destruyeron su visión. Cuando se aclaró, había miles de ratas a su alrededor y se movió sin pensar.

Sacó la ampolla de su cinturón de municiones, le quitó la espoleta y arrojó la ampolla en medio de las ratas.

Durante tres latidos no sucedió nada, excepto que continuaron su avance.

Entonces apareció un cegador brillo de corona solar que no disminuyó, sino que persistió durante muchos minutos. Fósforo blanco. Lo continuó con napalm. Rió mientras ardían y gritaban y se desgarraban mutuamente. Por lo menos, algo dentro de él reía, una parte de él. Las ratas retrocedieron y llegó otro dolor a su cabeza. Había un latido especialmente violento en las cercanías de su sien izquierda.

No hagas eso de nuevo, por favor. No había comprendido que Tú fueras una cosa como la que eres.

-Si que lo haré, si lo intentáis de nuevo.

No lo haré. Traeré ratas para que Tú comas. De las jóvenes y más gordas. Sólo líbranos de Tu ira.

-Muy bien.

¿Cuántas ratas deseas?

-Con seis estará bien.

Serán de las mejores y más gordas.

Fueron traídas a su presencia y les cortó la cabeza, las limpió y las asó en el hornillo de campaña que llevaba en la mochila.

¿Deseas más ratas? Puedo darte todas las que Tú desees.

-No; no necesito más.

¿Estás seguro? ¿Seis más, quizá?

-Éstas serán suficientes, por ahora.

-¿Te quedarás aquí hasta que cese la tormenta?

-Sí.

Vuelve a mí un día, por favor. Siempre tendré más ratas que Tú comas. Deseo tenerte a ti de vuelta.

Y líbranos de tu ira, oh cosa que Tú nombras en Tu dolor como Carl Lufteufel.

-Quizá -dijo él sonriendo.

7

Sobre su carrito, Tibor McMasters conducía con pericia y elegancia; tirado por la fiel vaca, el carrito rechinaba y rebotaba y kilómetros de hierbas inservibles pasaban a su lado, tierras bajas en las que se levantaban cañas fuertes y secas: aquello se había transformado en tierra árida, que ya no servia para sembrar. A medida que avanzaba, Tibor se regocijaba; finalmente había emprendido su Pere y sería un éxito; lo sabía.

No sentía demasiado temor de los carteristas y los bandoleros, en parte porque nadie se molestaba por las carreteras... podía desechar racionalmente ese temor diciéndose que como no había tránsito por allí, mal podía haber bandoleros.

-«Oh, amigos» -declamó en voz alta, traduciendo al inglés las primeras palabras de An die Freude de Schiller-. «¡Estos tonos, no! Por el contrario, cantemos a...»

Se detuvo, porque había olvidado el resto. Maldita sea, se dijo ferozmente, abrumado por los trucos de su propia mente.

El sol resplandecía, caliente como los pececillos que se deslizan por la superficie del oleaje metálico, la marea del nacimiento y la caída de la realidad. Tosió, escupió y continuó.

Por encima de todo, la cercanía sensual de la decadencia. Hasta las malas hierbas poseían ese abandono. A nadie le importaba, nadie hacia nada. O Freunde, pensó. Nich diese Töne. Sondern.

¿Y si hubiera bandoleros invisibles, ahora, a causa de las mutaciones? No; imposible. Se aferró a eso. Anotó, preservó y mantuvo eso. No tenía por qué temer a los hombres; sólo la soledad le amenazaba. En particular, temía la posibilidad real de una interrupción en el camino. Unos pocos hoyos grandes y... su carrito no podría continuar. Podría morir entre unas rocas. No era la mejor muerte, reflexionó. Y, sin embargo, no era de las peores.

Los troncos rotos de unos árboles bloqueaban el camino, más adelante. Disminuyó la marcha y bizqueó a la luz del sol, tratando de descubrir qué era.

Árboles derrumbados al comienzo de la guerra, pensó. Nadie los había retirado.

Se acercó al primer árbol. Una senda de guijarros y tierra nacía hacia un lado, esquivando a los árboles caídos; la senda, en el otro extremo, volvía a unirse al camino. Si hubiese ido a pie, o en bicicleta... pero en cambio, descansaba en un carro demasiado grande e incómodo para pasar por la senda.

Quizá pueda hacerlo, se dijo.

Pero ¿y si su carro se atascaba?

Aferrando el timón del carro, se movió lentamente hacia delante, desplazándose de la carretera rota por las malezas a la senda. Sus ruedas giraron ansiosas, hubo un chirrido agudo y nubes de polvo marrón formaron un géyser seco en el cielo.

El carro se había atascado.

No había ido muy lejos, comprendió. Pero, en seguida, sintió un miedo salvaje que casi le provocó náuseas. Un gesto amargo subió en su interior y su pecho ardía a causa de la humillación. Atascado tan pronto: eso lo humillaba. Si alguien lo viera allí, metido en la porquería, junto a la carretera que se derrumbaba... Se burlarían, pensó. De mí. Y seguirían de largo. Pero... es más probable que me ayudaran, pensó. No sería razonable que se burlaran. Después de todo, ¿me habré vuelto cínico en lo que a la humanidad se refiere? Claro que me ayudarían. Y, sin embargo, sus orejas ardían a causa de la vergüenza. Para distraerse de su problema, sacó un mapa Richfield muy arrugado y manchado de grasa, y lo consultó con la idea de que podría encontrar algo útil.

Se situó en el mapa. Descubrió que no había avanzado mucho; unos cincuenta o sesenta kilómetros.

Y, pese a eso, estaba en un mundo diferente del que había conocido en Charlottesville. Otro mundo a sólo cincuenta kilómetros de distancia, quizá uno entre mil universos diferentes que giraban por el tiempo y el espacio sideral. Aquí y allá en el mapa: nombres que alguna vez hablan significado algo. Ahora era un mapa lunar, con cráteres: vastas hoyas vaciadas en la tierra, hasta el lecho de rocas. Casi por debajo del nivel de la tierra, donde florecía el basalto.

Tocó ligeramente a la vaca con el látigo, puso el selector en marcha atrás y, apretando los dientes, se columpió hacia atrás y hacia delante en primera y marcha atrás; el carrito se agitó como en una tormenta en mar abierto.

El olor a aceite quemado, las nubes de polvo, se levantaron... eso fue todo. Gruñó y soltó el acelerador. Y aquí voy a morir, declaró una parte de su cerebro, e instantáneamente se burló, se burló de sí mismo y su patética situación. No necesitaba a nadie más; podía sentirse ridículo por su cuenta.

Conectó su altavoz de emergencia. Accionado por la enorme batería húmeda del carrito, el altavoz zumbó; su aliento aumentó. Y ahora su voz.

-¡Eh, oooíd esto! -declaró, y a su alrededor su voz creció-. Soy Tibor McMasters, en una Pere oficial para los Siervos de la Ira. Estoy atascado. ¿Podéis echarme una mano?

Cerró el altavoz y escuchó. Sólo el roce del viento en las altas malezas que había a su derecha. Y, en todas partes, la luminosidad plana y anaranjada del sol.

Una voz. La oyó. Claramente.

-¡Socorro! -gritó por el altavoz-. Os pagaré en metal. ¿De acuerdo? ¿Estáis de acuerdo?

Nuevamente escuchó. Y oyó, esta vez, muchas voces que huían precipitadamente, muy agudas, como gritos. El ruido hizo ecos y se mezcló con el asordinado temblor de las malas hierbas.

Sacó sus binoculares y miró a su alrededor. No había más que un paisaje árido que se extendía, feo y triste. Grandes manchas rojas que aún no se habían rellenado y superficies cubiertas de chatarra eran visibles aún... pero actualmente la mayoría de las ruinas habían quedado cubiertas por tierra y hierba. Vio, a lo lejos, un robot trabajando los campos. Araba con un gancho de metal soldado a su pecho, un trozo arrancado de alguna máquina inútil. No levantó la vista; no le prestó atención, porque nunca había estado vivo y sólo un ser vivo podía tomarlo en cuenta. El granjero robot siguió arrastrando el gancho oxidado por la tierra endurecida; su cuerpo lleno de marcas se doblaba a causa del esfuerzo. Trabajaba lenta, silenciosamente, sin quejarse.

Y entonces los vio. La fuente de los ruidos. Veinte de ellos se escabulleron por la ruinosa tierra hacia él; niñitos negros que saltaban y corrían, gritándose órdenes unos a otros, como si estuvieran en una única jaula sin techo.

-¿Adónde vas, Hijo de la Ira? -cantó con voz aguda el niño más cercano, mientras se abría camino a través de la basura y el lodo. Era un pequeño bantú, vestido con harapos rojos cosidos y remendados. Corrió hasta el carrito, como un cachorro, saltando y sonriendo con dientes muy blancos. Rompía trocitos de maleza que crecían aquí y allá.

-Al oeste -respondió Tibor-. Siempre hacia el oeste. Pero estoy atascado aquí.

Los otros chicos corrieron, ahora; formaron un círculo alrededor del carrito desamparado. Eran un grupo inusualmente salvaje, totalmente indisciplinado. Rodaban y caían y se perseguían unos a otros como locos.

-¿Cuántos de vosotros -preguntó Tibor- habéis recibido la primera instrucción?

Hubo un súbito e incómodo silencio. Los niños se miraron entre sí con expresión culpable; ninguno respondió.

-¿Ninguno? -dijo Tibor, atónito. Y a sólo cincuenta kilómetros de Charlottesville. Dios, pensó, nos hemos venido abajo como una máquina oxidada.

»¿Cómo esperáis estar en concordancia con la voluntad cósmica? ¿Cómo podréis conocer el plan divino? -Hizo resonar sus extensores cerca de uno de los niños, el más próximo a su carro-. ¿Estáis preparándoos constantemente para la próxima vida? ¿Estáis purgándoos y purificándoos constantemente? ¿Os priváis de carne, sexo, diversiones, ganancias financieras, educación, tiempo libre?

Pero era obvio. Su risa incontenible y sus juegos lo probaban.

-Mariposas -dijo severamente, resoplando a causa del disgusto-. De todos modos -continuó ásperamente-, sacadme de aquí, así podré seguir. ¡Os lo ordeno!

Los niños se reunieron en la parte trasera del carrito y comenzaron a empujar. El carro golpeó contra el primer árbol caído y no fue más lejos.

-Poneos delante -dijo Tibor- y levantadlo. Todos vosotros, ¡tirad al mismo tiempo! -Lo hicieron, obedientes, pero jubilosos. El volvió a poner la primera marcha adelante... el carro se estremeció y luego pasó sobre el primer árbol, para detenerse sobre el segundo. Un segundo después se encontró rebotando sobre el segundo árbol y chocando contra un tercero. El carrito, levantado, alzó su nariz hacia el cielo, lloró y gruñó y una nubecilla de humo escapó del motor.

Ahora veía mejor. Labriegos, algunos robots, otros humanos, trabajaban los campos en todas partes. Una fina capa de suelo vegetal sobre la escoria; unas pocas espigas de trigo se mecían, finas y escuálidas. El terreno era terrible; el peor que había visto. Sentía el metal debajo del carrito, casi en la superficie. Hombres y mujeres agobiados regaban sus cosechas enfermizas con latas, viejos recipientes de metal recogidos en las ruinas. Un buey tiraba de un rústico carro.

En otro campo, unas mujeres sembraban a mano; todas se movían con lentitud, estúpidamente; padecían anquilostomiasis por culpa de la tierra. Todas estaban descalzas. Los niños no se habían contagiado aún, pero les sucedería pronto. Levantó la mirada al cielo nublado y dio gracias al Dios de la Ira por ahorrarle esto; pruebas muy duras aparecían por todas partes. Estos hombres y mujeres estaban siendo templados en un crisol ardiente; sus almas eran, probablemente, de una asombrosa pureza. Había un bebé en las sombras, acostado junto a una madre semidormida. Las moscas andaban por sus ojos; la madre respiraba pesada, roncamente, con la boca abierta; un eczema enfermizo decoloraba su piel apergaminada. Su vientre abultaba; ya estaba embarazada de nuevo. Otra alma inmortal que debería ser levantada de un nivel más bajo. Sus grandes pechos se movían en el sueño, saliéndose de su sucio vestido.

Los niños que lo habían empujado a él -y a la vaca Holstein- por encima de los troncos y los restos de árboles, se alejaron.

-Esperad -dijo Tibor-. Volved. Yo os preguntaré y vosotros responderéis. ¿Sabéis los catecismos básicos?

Miró severamente a su alrededor.

Los chicos volvieron, con los ojos fijos en el suelo y formaron un corro silencioso a su alrededor. Una mano se levantó; luego otra.

-Primero -dijo Tibor-: ¿Quiénes sois? Sois un diminuto fragmento del plan cósmico. Segundo: ¿Qué sois? Apenas una mota de polvo en un sistema tan vasto que está más allá de la comprensión. ¡Tercero!: ¿Cuál es el propósito de la vida? Proporcionar lo que requieren las fuerzas cósmicas. ¡Cuarto!: ¿Qué...?

-Quinto -tartamudeó uno de los niños-: ¿Dónde habéis estado?

Y respondió a su propia pregunta.

-Recorriendo interminables pasos; cada vuelta de la rueda te hace avanzar o retroceder.

-¡Sexto! -gritó Tibor-: ¿Qué determina tu dirección en la próxima vuelta? Tu conducta en esta manifestación.

-¡Séptimo!: ¿Qué conducta es buena? Someterse a las fuerzas eternas del Deus Irae, el que prepara los planes divinos.

-¡Octavo!: ¿Cuál es el significado del sufrimiento? La purificación del alma.

-¡Noveno!: ¿Cuál es el significado de la muerte? Liberar a la persona de esta manifestación, de modo que pueda subir un nuevo peldaño en la escalera.

-Décimo... -Pero, en ese momento, Tibor se interrumpió. Una forma humana adulta se acercaba a su carrito. Instintivamente, su Holstein bajó la cabeza y fingió (o trató de) comer las hierbas amargas que crecían a su alrededor.

-Tenemos que marcharnos -dijeron los niños con sus vocecillas agudas-. Adiós.

Se alejaron corriendo; uno se detuvo, miró a Tibor y gritó:

-¡No hables con ella! Mi mamá dice que no hay que haber con ella porque te sorbe. Ten cuidado, ¿oyes?

-Oigo -dijo Tibor y se estremeció. El aire se había vuelto frío y oscuro, como si esperara el azote furioso de una tormenta. Sabía qué era esto; la reconocía.

Bajaría por las calles arruinadas, hacia la enorme masa de piedras y columnas que era su casa. Se la habían descrito muchas veces. Cada piedra estaba cuidadosamente anotada en el mapa grande de Charlottesville. Sabía de memoria cuál era la calle que llevaba allí, a la entrada. Sabía cómo yacían las grandes puertas, rotas y partidas. Sabía qué aspecto tenían los oscuros corredores internos. Entraría en la vasta cámara, la habitación oscura de murciélagos y arañas y sonidos que retumbaban. Y allí estaría. La Gran C. Aguardando en silencio, aguardando las preguntas. Los interrogantes que la alimentaban.

-¿Quién está ahí? -preguntó la forma, la forma femenina de la extensión peripatética de la Gran C. La voz resonó nuevamente, una voz metálica, dura y penetrante, desprovista de calidez. Una voz enorme que no podía ser detenida; no callaría nunca.

Sentía miedo, más miedo del que había tenido nunca. Su cuerpo comenzó a temblar terriblemente. Torpemente, se agitó en su asiento, bizqueando en la oscuridad para observar sus rasgos. No pudo. Tenía una cara chata, con rasgos casi vestigiales, casi desprovista por completo de la cortesía de los rasgos. Eso también le heló la sangre.

-He... -Tragó ruidosamente, revelando su temor-. He venido a cumplimentarte, Gran C.

-¿Has preparado preguntas para mí?

-Sí -dijo él, mintiendo. Había esperado poder deslizarse alrededor de la Gran C sin molestarla, y sin que tampoco lo molestara a él.

-Me preguntarás dentro de la estructura -dijo ella, poniendo la mano en la barandilla del carro-. No aquí fuera.

Tibor dijo:

-No es necesario que entre en la estructura. Puedes responder a las preguntas aquí.

Roncamente, se aclaró la garganta, tragó saliva y consideró su primera pregunta; las había llevado consigo, por escrito, por si acaso. Gracias a Dios que lo había hecho; gracias a Dios que el padre Handy lo había preparado. Eventualmente, lo arrastraría adentro, pero él se proponía resistir lo más posible.

-¿Cómo empezaste a existir? -preguntó.

-¿Esa es la primera pregunta?

-No -dijo él rápidamente. Desde luego que no lo era.

-No te reconozco -dijo la extensión móvil de la computadora gigante, con su voz aguda y metálica-. ¿Eres de otra zona?

-Charlottesville -contestó Tibor.

-¿Y viniste aquí para interrogarme?

-Sí -mintió él. Llegó hasta el bolsillo de su chaqueta; uno de sus extensores manuales comprobó que la pistola «Derringer», calibre 22, de un solo tiro, que le había dado el padre Handy seguía en su lugar-. Tengo un arma -dijo.

-¿Sí? -Su tono era mordaz, de una manera abstracta.

-Nunca he disparado una pistola -dijo Tibor-. Tenemos balas, pero no sé si todavía sirven.

-¿Cómo te llamas?

-Tibor McMasters. Soy un incompleto. No tengo brazos ni piernas.

-Un focomélico -dijo la Gran C.

-¿Cómo dices? -preguntó él, tartamudeando un poco.

-Eres un hombre joven -dijo ella-. Puedo verte bastante bien. Parte de mi equipo fue destruido en la Catástrofe, pero todavía veo un poco. Originalmente, estudiaba visualmente las preguntas matemáticas. Ahorraba tiempo. Veo que llevas ropas militares. ¿Dónde las conseguiste? Tu tribu no fabrica esas cosas, ¿verdad?

-No; éste es un uniforme militar. De las Naciones Unidas, por el color, supongo. -Tembloroso, graznó-: ¿Es verdad que en tu origen surgiste de la mano del Dios de la Ira? ¿Que te fabricó para incendiar el mundo? Vuelto súbitamente terrible... por los átomos. ¿Y que tú inventaste los átomos y los entregaste al mundo, corrompiendo el plan original de Dios? Sabemos que lo hiciste -terminó-. Pero no sabemos de qué manera.

-¿Esa es tu primera pregunta? Nunca te lo diré. Es demasiado terrible para que lo sepas. Lufteufel estaba loco y me hizo hacer cosas locas.

-Además del Deus Irae, otros hombres venían a visitarte -dijo Tibor-. Venían y escuchaban.

-¿Sabes? -dijo la Gran C-. He existido durante mucho tiempo. Recuerdo la vida antes de la Catástrofe. Podría decirte mucho acerca de eso. La vida era muy diferente, entonces. Tú llevas barba y cazas animales en los bosques. Antes de la catástrofe no había bosques. Sólo ciudades y granjas. Y los hombres se afeitaban. Muchos de ellos llevaban ropa blanca, entonces. Eran científicos. Eran estupendos. Yo fui construida por ingenieros; eran una clase de científicos.

Hizo una pausa.

-¿Reconoces el nombre de Einstein? ¿Albert Einstein?

-No.

-Era el más grande de todos los científicos, pero nunca me consultó, porque ya estaba muerto cuando me hicieron. Y había preguntas que yo podía responder que ni siquiera él se planteó. Había otras computadoras, pero ninguna tan grande como yo. Todos los que están vivos actualmente han oído hablar de mí, ¿no?

-Sí -respondió Tibor, y se preguntó cómo y cuándo iba a poder escapar; ella lo había atrapado. Y le hacía perder el tiempo con su charla.

-¿Cuál es tu primera pregunta? -le preguntó la Gran C.

Sintió que el miedo resurgía.

-Déjame ver -dijo-. Tengo que usar las palabras exactas.

-Ya lo creo -dijo la Gran C con su voz desprovista de emoción.

Roncamente, con la garganta seca, Tibor arguyó:

-Te haré la más fácil primero. -Con su extensor manual derecho asió el papel en su bolsillo derecho, lo sacó y lo colocó frente a sus ojos. Respirando honda e inseguramente, preguntó-: ¿De dónde viene la lluvia?

Hubo un silencio.

-¿Lo sabes? -preguntó, aguardando ansiosamente.

-La lluvia viene originalmente de la Tierra, sobre todo de los océanos. Se eleva en el aire por un proceso que se llama «evaporación». El agente de ese proceso es el calor del sol. La humedad de los océanos asciende en forma de diminutas partículas. Esas partículas, cuando han subido lo bastante, entran en una zona de aire frío. En ese momento tiene lugar la condensación y la humedad se concentra en lo que se denominan grandes nubes. Cuando se reúne una cantidad suficiente, el agua desciende nuevamente, en gotas. A esto se llama lluvia, a esas gotas.

Tibor se rascó la barbilla con el extensor manual izquierdo y dijo:

-Hum. Ya veo. ¿Estás segura? -Sonaba familiar; posiblemente, en una época mejor, lo había aprendido hacía tiempo.

-Próxima pregunta -dijo la Gran C.

-Esta es más difícil -dijo Tibor roncamente. La Gran C había respondido acerca de la lluvia, pero, seguramente, no podía conocer la respuesta a esta pregunta-. Dime, si puedes: ¿qué es lo que hace que el Sol siga moviéndose en el cielo? ¿Por qué no cae sobre la Tierra?

La extensión móvil de la computadora hizo un extraño chirrido que casi parecía una risa.

-Quedarás atónito ante la respuesta. El Sol no se mueve. Por lo menos, lo que ves como movimiento, no es un movimiento. Lo que ves es el movimiento de la Tierra, que gira alrededor del Sol. Como tú estás quieto, te parece que el Sol se mueve, pero no es así; los nueve planetas, incluyendo la propia Tierra, giran asimismo alrededor del Sol en órbitas elípticas regulares. Y lo han estado haciendo durante miles de millones de años. ¿Contesta eso a tu pregunta?

El corazón de Tibor se contrajo. Finalmente logró controlarse, pero no pudo sacudirse las púas de calorfrío que se habían reunido en su cuerpo.

-Por Cristo -gruñó, un poco para sí mismo, un poco a la figura femenina casi sin rasgos que estaba de pie junto a su carro-. Bueno, por si vale la pena, te haré la última de mis tres preguntas.

Pero conocería la respuesta, como en las dos iniciales.

-Es imposible que respondas a ésta. Ninguna criatura viva puede saberlo. ¿Cómo empezó el mundo? ¿Lo sabes? Tú no existías antes del mundo. Y, por lo tanto, es imposible que lo sepas.

-Existen varias teorías -dijo la Gran C con calma-. La más satisfactoria es la hipótesis de la nebulosa. Según esta...

-Nada de hipótesis -dijo Tibor.

-Pero...

-Quiero hechos -dijo Tibor.

Pasó un tiempo. Ninguno de los dos habló. Luego, por fin, aquella borrosa figura femenina palpitó, en su imitación de la vida.

-Considera los fragmentos lunares obtenidos en 1969. Muestran una edad de...

-Inferencias -dijo Tibor.

-El universo tiene, por lo menos, cinco mil millones...

-No -dijo Tibor-. No lo sabes. No lo recuerdas. La parte de ti que contenía la respuesta fue destruida en la Catástrofe.

Rió, con lo que esperaba fuese un sonido lleno de confianza... pero, cuando salió, estaba teñido de inseguridad. Su voz se vació hasta quedar casi en silencio.

-Estás senil -dijo en forma casi inaudible-. Como un viejo dañado por la radiación. No eres más que una concha quitinosa hueca.

No sabía qué quería decir «quitinosa», pero era un término favorito del padre Handy, y por eso lo usaba ahora.

En ese momento crucial, la Gran C vaciló. No está segura, se dijo, si respondió a la pregunta. La duda asomaba en su voz, cuando graznó:

-Ven conmigo debajo de la superficie y muéstrame la cinta dañada o perdida.

-¿Cómo podría mostrarte una cinta perdida? -dijo Tibor, y rió muy fuerte, un ladrido fluctuante que se derramó, agostado.

-Supongo que tienes razón en eso -murmuró la Gran C; la figura femenina vaciló y se alejó de su carro y su vaca-. Quiero alimentarme de ti. Ven abajo, así te disolveré, como hice con los otros, los que vinieron aquí antes que tú.

-No -dijo Tibor. Envió sus agarraderas manuales al bolsillo interior de su chaqueta, sacó la pistola, la apuntó a la unidad de control, el cerebro de la unidad móvil.

-Bang -dijo y rió nuevamente-. Estás muerta ahora.

-Nada de eso -dijo la Gran C. Su voz parecía más dura ahora-. ¿Te gustaría ser mi cuidador? Si vamos abajo, verás...

Tibor disparó la bala única; el proyectil rebotó en la unidad metálica de la cabeza de la extensión móvil y desapareció. La figura cerró los ojos, los abrió y estudió largamente a Tibor. Después, miró a su alrededor, llena de dudas, como si no estuviera segura de lo que debía hacer; parpadeó y se derrumbó, gradualmente, hasta que quedó tirada entre las malas hierbas.

Tibor reunió sus cuatro extensores sobre ella, la cogió y la levantó o -más bien- trató de levantarla. El objeto, doblado como una silla, no se movió. Que se vaya al diablo; de todos modos no tiene ningún valor, aunque pudiera levantarla, decidió. Y la maldita vaca no podría tirar de una carga tan pesada e inerte.

Golpeó ligeramente con el látigo el anca de la vaca, haciéndole una señal; la vaca avanzó lentamente, tirando del carrito.

Me salvé, se dijo. La horda de niños negros se retiró, abriéndole camino; habían contemplado todo el episodio entre Tibor y la Gran C. ¿Por qué no los disuelve?, se preguntó Tibor. Es extraño.

La vaca llegó al camino, detrás de los árboles derribados, y continuó se marcha lentamente. Las moscas zumbaban a su alrededor, pero la vaca las ignoró, como si ella también comprendiera la dignidad del triunfo.

8

Más y más alto subía la vaca; pasaba por una profunda grieta entre dos bordes rocosos. Grandes raíces de viejos tocones surgían por todas partes. La vaca seguía el lecho de un arroyo seco, que daba vueltas y más vueltas.

Después de un tiempo, la bruma empezó a arremolinarse alrededor de Tibor. La vaca se detuvo en lo alto del risco, respirando profundamente y mirando hacia el camino que había recorrido.

Unas pocas gotas de lluvia envenenada agitaron las hojas que había a su alrededor. De nuevo, el viento se movió entre los grandes árboles muertos que poblaban el risco. Tibor tocó con el látigo el anca de la vaca y ésta, una vez más, se puso en movimiento, temblorosa.

Súbitamente se halló en un campo rocoso lleno de plátanos y dientes de león, infestado por los tallos secos de las siembras de ayer. Llegaron a un cerco derruido, roto y podrido. ¿Iba por el buen camino? Tibor sacó uno de sus mapas Richfield y lo estudió extendiéndolo ante sus ojos, como si fuera un rollo oriental. Sí; éste era el buen camino; encontraría las tribus del sur y, desde allí...

La vaca arrastró el carrito a través del cerco y llegó finalmente a un pozo semiderruido, medio lleno de piedras y tierra. El corazón de Tibor latía con rapidez, temblando a causa de la excitación. ¿Qué habría más allá? Los restos de un edificio, maderas vencidas y vidrios rotos, unos pocos muebles tirados. Un viejo neumático de automóvil, roto y reseco. Unos trapos húmedos amontonados sobre los resortes de la cama, oxidados y doblados. A lo largo del límite del campo había un seto de árboles viejos. Árboles sin vida, secos e inertes, con las secas y ennegrecidas ramas alzándose sin hojas. Más ramas secas estaban clavadas en la tierra endurecida. Hilera tras hilera de árboles muertos, algunos doblados e inclinados, arrancados del suelo rocoso por el interminable viento.

Tibor hizo que la vaca atravesara el campo, dirigiéndose al huerto de los árboles muertos. El viento soplaba contra él sin darle tregua, azotando su cara con las nieblas malolientes. Su piel estaba húmeda y brillante por la bruma. Tosió y apuró a la vaca; ésta siguió, tropezando con las rocas y los terrones, temblando.

-¡Quieta! -dijo Tibor, tirando de las riendas.

Durante un largo rato, contempló el viejo manzano seco. No podía quitarle los ojos de encima. La visión del viejo árbol, el único vivo del huerto, lo fascinaba y lo repelía. El único vivo, pensó. Los otros habían perdido en la lucha..., pero este árbol se aferraba a una vida precaria.

El árbol parecía fuerte y estéril. Sólo unas pocas hojas oscuras colgaban de él... y algunas manzanas resecas, arrugadas y envejecidas por el viento y las nieblas. Habían quedado allí en las ramas, olvidadas y abandonadas. La tierra alrededor de los árboles parecía un páramo lleno de rajaduras. Había piedras y hojas secas podridas en montones desordenados.

Alargando su extensor frontal derecho, Tibor arrancó una hoja del árbol y la examinó.

¿Qué es esto?, se preguntó.

El árbol se balanceó de forma siniestra. Sus ramas retorcidas se frotaron entre sí. Algo en su sonido hizo que Tibor retrocediera.

Se acercaba la noche. El cielo se había oscurecido radicalmente. Una ráfaga de viento helado le golpeó, haciéndole girar en su asiento. Tibor se estremeció, sentándose más firmemente y cubriéndose mejor con su abrigo. Abajo, el valle estaba desapareciendo en las sombras, en el vasto sueño de la noche.

En medio de las brumas oscuras, el árbol aparecía severo y amenazador. Unas pocas hojas cayeron de él y giraron en el viento. Una pasó volando junto a la cabeza de Tibor; trató de cogerla, pero escapó y desapareció. De golpe, se sintió horriblemente cansado y asustado. Me marcho de aquí, se dijo, y puso en movimiento a la vaca.

Y entonces vio la manzana y todo fue diferente.

Tibor activó la radio de baterías que estaba instalada detrás de él, en el carrito.

-Padre -dijo-. No puedo seguir.

Aguardó, pero el receptor de la radio sólo produjo el confuso ruido de la estática. Ninguna voz. Durante un momento hizo girar el dial del receptor, confiando en oír a alguien, en algún lado. Tibor el desafortunado, pensó. Un mundo, todo un mundo de dolor... tengo que llevar lo que no puede ser llevado. Y en mi interior, mi corazón se rompe.

Querías que fuera así, pensó. Querías ser feliz, feliz para siempre... o desgraciado para siempre. Y así has logrado la desgracia eterna. Perdido aquí, a la caída del sol, a cincuenta kilómetros, por lo menos, de casa.

¿Dónde irás ahora?, se preguntó.

Apretando el botón del micrófono, dijo roncamente:

-Padre Handy, no puedo soportarlo; no hay nada aquí, nada más que cosas muertas. ¿Me oye?

Escuchó la radio, sintonizándola en la frecuencia del padre Handy. Estática. Ninguna voz.

En la oscuridad, la manzana del árbol tenía un brillo húmedo. Ahora parecía negra, pero, por supuesto era roja. Probablemente está podrida, pensó. No vale la pena comerla. Y, sin embargo, quiere que la coma.

Quizá sea un árbol mágico, se dijo. Yo nunca he visto uno, pero el padre Handy habla de ellos. Y si como la manzana, sucederá algo bueno. Los cristianos -el padre Abernathy- dirían que la manzana es mala, un fruto del Demonio, y que si le das un mordisco, pecas.

Pero nosotros no creemos eso, se dijo. De todas maneras, eso fue hace mucho tiempo y en otro país. Y él no había comido en todo el día; estaba famélico.

La cogeré, decidió. Pero no la comeré.

Envió un extensor manual hacia la manzana y un momento después la sostenía ante sus ojos, iluminada por la luz de su sombrero de minero.

Y, de algún modo, parecía importante. Pero...

Algo se agitó en la periferia de su campo visual; levantó los ojos rápidamente.

-Buenas tardes -dijo la más delgada de las dos sombras-. No eres de aquí, ¿verdad?

Las dos sombras se acercaron al carro y quedaron bañadas en luz. Dos varones jóvenes, delgados y altos y callosos, de color azul gris, como la ceniza. El que había hablado levantó la mano, en un saludo. Seis o siete dedos... y articulaciones extra.

-Hola -dijo Tibor.

Uno llevaba un hacha, un hacha para follaje. El otro no tenía más que los pantalones y los restos de una camisa de tela. Medían más de dos metros de estatura. Nada de carne; huesos y ángulos marcados y unos ojos grandes y extraños, de párpados muy pesados. Indudablemente, allí había cambios internos, metabolismo y estructura celular radicalmente diferentes, la posibilidad de asimilar sales radiactivas, un sistema digestivo modificado. Los dos miraron a Tibor con mucho interés.

-Oye -dijo uno-, eres un ser humano.

-Así es -dijo Tibor.

-Me llamo Jackson. -El joven tendió su mano callosa y azulada y Tibor la estrechó torpemente con su extensor frontal derecho-. Mi amigo se llama Earl Poner.

Tibor estrechó la mano de Potter.

-Salud -dijo Potter. Sus labios escamosos se contrajeron-. ¿Podríamos echarle una mirada a tus aparejos, a ese carrito al que estás atado? Nunca hemos visto nada semejante.

Mutantes, se dijo Tibor. Tipo lagarto. Se las arregló para suprimir un estremecimiento de aversión; hizo que su cara sonriera.

-Os dejaré mirar lo que tengo con mucho gusto -dijo-. Pero no puedo salir del carrito; no tengo brazos ni piernas, sólo estos ganchos.

-Sí -dijo Jackson asintiendo-. Ya lo vemos.

Dio una palmada a la vaca, en el lomo; la vaca mugió y levantó la cabeza. Su cola, en la oscuridad de la noche osciló de un lado a otro.

-¿A qué velocidad te arrastra? -preguntó Potter a Tibor.

-A la suficiente. -En su extensor frontal izquierdo sostenía la pistola de un solo tiro; si trataban de matarlo alcanzaría a uno, pero no a los dos-. Mi base está a unos cincuenta kilómetros de aquí, en lo que llamamos Charlottesville. ¿Habíais oído hablar de nosotros?

-Claro -dijo Jackson-. ¿Cuántos sois?

Tibor contestó cautelosamente:

-Ciento cinco.

Exageraba, deliberadamente. Cuanto más grande fuera el campamento, mayores serían las posibilidades de que no lo mataran. Después de todo, algunos de los ciento cinco podrían venir buscando venganza.

-¿Cómo habéis sobrevivido? -preguntó Potter-. Toda esa zona fue muy castigada, ¿no?

-Nos escondimos en las minas -respondió Tibor-.

-Bueno, nuestros antepasados. Se enterraron muy abajo cuando empezó la Catástrofe. Estamos bastante bien instalados. Cultivamos nuestros alimentos en tanques; hay unas pocas máquinas, bombas, compresores y generadores eléctricos. Algunos telares manuales. Y devanaderas.

No mencionó que los generadores, ahora, se hacían girar a mano y que sólo la mitad de los tanques servían aún. Después de noventa años el metal y el plástico no iban muy bien, a pesar de los interminables remiendos y reparaciones. Todo se gastaba y se rompía.

-Oye -dijo Potter-, esto demuestra que Dave Hunter es un tonto.

-¿Dave? ¿El gordo Dave? -dijo Jackson.

-Dave dice que no hay verdaderos seres humanos fuera de esta zona -explicó Potter.

Tocó con curiosidad el casco de Tibor.

-Nuestro campamento está a una hora de distancia en tractor... nuestro tractor de caza. Earl y yo estábamos cazando conejos orejudos. Tienen buena carne.

-¿Qué usáis? -preguntó Tibor-. Con seguridad, no esta hacha.

Potter y Jackson rieron.

-Mira esto.

Potter sacó del bolsillo una varilla de bronce muy larga. La guardaba dentro de su pantalón, junto a su pierna larga y tubular.

Tibor examinó la varilla. Estaba hecha a mano. Era de bronce blando, cuidadosamente perforado y pulido. Una punta tenía forma de boquilla. Atisbó por allí. Una menuda punta metálica estaba alojada en un bloque de material transparente.

-¿Cómo funciona? -pregunto.

-Se arroja con la mano. Como una cerbatana -dijo Potter-. Pero cuando el dardo -b está en el aire, sigue a su blanco hasta el fin. Hay que darle el impulso inicial. Yo se lo proporciono. Un buen soplido.

-Interesante -dijo Tibor con tono afectadamente casual. Estudiando las dos caras gris azulado, preguntó-: ¿Muchos humanos por aquí?

-Casi ninguno -murmuraron juntos Potter y Jackson-. ¿Qué te parece si te quedas un tiempo con nosotros? El Viejo estará complacido de recibirte; eres el primer humano que hemos visto en mucho tiempo. ¿Qué dices? Te cuidaremos, te daremos de comer, te traeremos plantas y animales fríos. ¿Una semana, quizá?

-Lo siento -dijo Tibor-. Tengo otras cosas que hacer. Pero si paso por aquí a la vuelta...

Hurgó en el saco de artefactos y herramientas que había a su lado.

-¿Veis esta foto? -dijo, sosteniendo el trozo de papel desteñido en que aparecía la foto, una especie de foto, de Carleton Lufteufel-. ¿Reconocéis a este hombre?

Potter y Jackson estudiaron la fotografía.

-Un ser humano -dijo Potter-. Francamente, todos vosotros nos parecéis iguales.

Devolvieron la fotografía a Tibor.

-Pero el Viejo podría reconocerle -dijo Jackson-. Ven con nosotros; trae suerte invitar a un humano. ¿Qué dices?

-No -respondió Tibor meneando la cabeza-. Tengo que seguir y encontrar a este hombre.

La cara de Jackson se alargó a causa de la desilusión.

-¿Ni un ratito? ¿Por esta noche? Te daríamos mucha comida fría. Tenemos una nevera de plomo sellada que arregló el Viejo.

-¿Estáis seguros de que no hay humanos en esta región? -preguntó Tibor, mientras se preparaba para reemprender viaje; dio un ágil latigazo al anca de la vaca.

-Durante un tiempo pensamos que no quedaba ninguno en ningún lado. De vez en cuando, un rumor. Pero tú eres el primero que hemos visto en un par de años. Potter señaló hacia el oeste-. Por allá hay una tribu de rodadores. Y por allá también hay un par de tribus de sabandijas -añadió señalando vagamente hacia el sur.

-Y algunos corredores -añadió Jackson-. Más al norte hay unos que son subterráneos, de los que son ciegos y excavan.

Potter y Jackson pusieron cara de asco.

-No puedo ni verlos, con sus taladros y sus palas; pero, ¡qué diablos! Cada uno es como es -y sonrió.

-Supongo que nosotros los lagartos os pareceremos un poco... -hizo un gesto- raros.

-¿Cuál es la historia de este manzano? -preguntó Tibor-. ¿Es de este árbol que nació la idea judeocristiana de la serpiente en el Jardín del Edén?

-Nosotros suponemos que el Jardín del Edén se encuentra a unos cien kilómetros, hacia el este -dijo Jackson-. ¿Eres cristiano?

Tibor asintió.

-¿Y la foto que nos mostraste es de una deidad cristiana? -preguntó Jackson.

-No.

Tibor meneó la cabeza firmemente. Es asombroso, pensó; no parecen saber nada acerca de los SDI, ni acerca de nosotros. Bueno, pensó, nosotros no sabíamos mucho acerca de ellos.

Un tercer lagarto se acercó.

-Salud, natural -dijo, levantando la mano y manteniéndola en el aire con la palma hacia arriba-. Sólo quería echar una mirada a un ser humano.

Estudió a Tibor.

-No eres tan diferente. ¿Puedes vivir en la superficie?

-Bastante bien -dijo Tibor-. Pero no soy exactamente un ser humano; soy lo que llamamos un inc... incompleto. Como puedes ver.

Mostró al tercer lagarto la foto de Carleton Lufteufel.

-¿Has visto a este hombre? Es importante para mí.

-¿Estás tratando de hallarlo? -preguntó el tercer lagarto-. Sí; es obvio que estás en una Pere. No hay otra razón para que estés viajando, especialmente de noche, sobre todo siendo disminuido, porque no tienes piernas ni pies ni brazos. Te has hecho un coche muy elegante. Pero ¿cómo lo hiciste si no tienes manos? ¿Alguien te lo hizo? ¿Y por qué? ¿Eres valioso?

-Soy pintor -dijo Tibor con sencillez.

-Entonces eres valioso -dijo el lagarto-. Oye, inc, ¿sabes que hay alguien que te está siguiendo?

-¿Qué? -dijo Tibor, instantáneamente alerta-. ¿Quién?

-Otro humano -dijo el lagarto-. Pero en una máquina que tiene dos ruedas grandes que se mueven por medio de una cadena impulsada por un sistema de pedales. Creo que se llama biki.

-Bicicleta -dijo Tibor.

-Sí; eso.

-¿Podéis esconderme? -preguntó Tibor, y después pensó: lo están inventando; sólo quieren llevarme a su campamento para absorber un poco de mi suerte.

-Claro que podemos esconderte -dijeron los tres lagartos simultáneamente.

-Por otra parte -dijo Tibor-, un humano no mataría a otro humano.

Pero sabía que no era cierto; muchos humanos mataban y herían a otros humanos; después de todo, la gran Catástrofe había sido provocada por humanos.

Los tres lagartos se agruparon, conferenciando. Luego, bruscamente, se volvieron hacia Tibor.

-¿Tienes dinero metálico? -preguntó Jackson en un tono deliberadamente casual.

-Nada -dijo Tibor con prudencia. Esto tampoco era cierto; tenía una moneda de cincuenta centavos en una hendidura secreta del carrito.

-Lo pregunto -dijo Jackson- porque tenemos un perro que estaríamos dispuestos a venderte.

-¿Un qué? -preguntó Tibor.

-Un perro.

Potter y Jackson se alejaron, desapareciendo en la oscuridad. Evidentemente su visión había mejorado muchísimo si se la comparaba con la humana.

-¿Nunca has visto un perro? -preguntó el lagarto que quedaba.

-Sí, pero hace muchísimo tiempo. -respondió Tibor, mintiendo nuevamente.

El lagarto dijo:

-Un perro, tu perro, podría alejar al otro humano, siempre que tú le dieras la orden. Tienen que ser adiestrados, por supuesto; están más abajo que los humanos y nosotros en la escala de la evolución. No son como esos perros con dos gibas que criaba la gente antes de la Catástrofe.

-Un perro ¿podría hallar al hombre que estoy buscando? -preguntó Tibor.

-¿Qué hombre?

Tibor le mostró la fotografía manchada de Carleton Lufteufel.

-¿Le necesitas? -preguntó el lagarto, estudiando su cara-. ¿Es un buen tipo?

-No podría decírtelo -contestó Tibor oblicuamente.

El lagarto le devolvió la fotografía.

-¿Hay recompensa?

Tibor lo consideró.

-Una moneda de cincuenta centavos.

-¿De veras? -El lagarto mulló sus escamas, excitado-. ¿Vivo o muerto?

-No puede morir -dijo Tibor.

-Todo el mundo muere.

-El no morirá.

-Es... ¿sobrenatural?

-Sí -contestó Tibor asintiendo.

-Nunca he visto a un sobrenatural -declaró el lagarto, meneando firmemente la cabeza-. En toda mi vida.

-Tenéis una religión, ¿verdad?

-Sí. Adoramos al alba.

-Curioso -dijo Tibor.

-Cuando sale el Sol -dijo el lagarto-, el mal desaparece del mundo. ¿Crees que hay vida en el Sol?

-Es demasiado caliente -dijo Tibor.

-Pero podrían ser como diamantes.

-En el Sol no puede vivir nada -aseguró Tibor.

-El Sol, ¿se mueve muy rápido?

-A un millón de kilómetros por hora, más o menos.

-Es más grande de lo que parece, ¿no?

El lagarto lo miró fijamente.

-Mucho más grande. Tiene como un millón de kilómetros de circunferencia.

-¿Has estado allí? -preguntó el lagarto.

-Te dije que no puede haber vida en el Sol. Y, de todos modos, la superficie está derretida; no podrías andar por ella. Quién estará siguiéndome, -se preguntó.

-¿Será un bandolero? -preguntó en voz alta-. El humano que viene siguiéndome, ¿qué aspecto tiene?

-Es joven -contestó el lagarto.

-Pete Sands -dijo Tibor, rotundamente.

Los otros dos lagartos surgieron de las sombras; Potter sujetaba a un gran animal gris que gimió apasionadamente cuando vio a Tibor: era un gemido amoroso. Tibor lo estudió; el perro lo estudió también.

-Le gustas a Toby -dijo Jackson.

-Me gustaría mucho tener un perro -dijo Tibor, anhelante. Sería su amigo, como Tom Swift Y su Alfombre Mágica Eléctrica era el amigo de Pete. Un sentimiento profundo y extraño surgió en él, una esperanza.

-Vaya -dijo. Envió sus extensores frontales a acariciarla piel marrón suave y temblorosa, el rabo que se agitaba feliz-. Pero, ¿estáis dispuestos a cederme un estupendo...?

Jackson dijo, en tono brusco:

-Los humanos deben ser protegidos. Es la ley. Sabemos eso desde que nacemos.

-Así podrán volver a poblar el mundo -dijo Potter-. Con sus genes intactos.

-¿Qué es un gene? -preguntó Tibor.

Potter gesticuló.

-Ya sabes. Un ingrediente del esperma masculino.

-¿Qué es el esperma? -preguntó Tibor.

Todos rieron, pero no respondieron, avergonzados.

-¿Qué come el perro? -preguntó Tibor, entonces.

-Cualquier cosa -contestó Jackson-. El se provee. Es autónomo.

-¿Cuánto tiempo vivirá?

-Oh, probablemente doscientos o trescientos años.

-Entonces vivirá más que yo -dijo Tibor. Por alguna razón, eso lo deprimía; súbitamente sintió frío y debilidad. No tendría que sentirme así, razonó. Ya estoy deprimido al pensar en la separación. Después de todo, soy un ser humano. Por lo menos, estos lagartos piensan que lo soy; me consideran satisfactorio. Tendría que sentirme fuerte y orgulloso, en vez de considerar ya el terrible fin de las amistades para todos nosotros.

Súbitamente, los tres lagartos se volvieron velozmente, observando la oscuridad; sus cuerpos se tendieron contra o hacia algo invisible.

-¿Qué sucede? -preguntó Tibor.

Y nuevamente aferró la pistola que llevaba oculta.

-Sabandijas -contestó Poner lacónicamente.

-Esos abortos estúpidos -dijo Jackson.

Sabandijas, pensó Tibor. Qué horrible. Había oído hablar muchas veces de ellas, de sus ojos facetados, de sus caparazones brillantes... de esos fantásticos conglomerados de rasgos humanos. Y pensar que descienden de los mamíferos, pensó, y en tan poco tiempo. Su evolución había sido acelerada frenéticamente por la radiación. Son parientes nuestros, pero apestan. Ofenden al mundo. Y, con seguridad, ofenden a Dios.

-¿Qué estáis haciendo aquí? -zumbó una voz metálica.

Tibor vio que se desplazaban erguidos; se balanceaban en dirección a la luz.

-Lagartijas -dijo la sabandija con tono despectivo-. Y ¡qué Frebis nos perdone...! ¡un inc!

Ahora había cinco sabandijas junto a la luz, calentando sus... Dios mío, pensó Tibor. Calentando sus cuerpos quebradizos. Si se golpeaba a una sabandija en la panza, se partía en dos. Así eran; dependían de sus ágiles lenguas para obtener lo que deseaban. Las sabandijas conversaban hasta zafarse de muchas situaciones comprometidas; eran las grandes mentirosas de la Tierra.

Estas estaban desarmadas. Por lo que él veía. Y los tres lagartos, que estaban junto a su carrito, se relajaron; sus grandes temores se habían disipado.

-Hola, sabandija -dijo Jackson, saludando con la cabeza a una de las criaturas con caparazón-. ¿Cómo puede ser que tengas pulmones? ¿Dónde los conseguiste? Los insectos no deben tener pulmones; es contra la naturaleza.

Potter dijo:

-Tendríamos que hacer una sopa de sabandijas.

Incrédulo, Tibor dijo:

-¿Quieres decir que las coméis?

-Seguro -dijo el tercer lagarto, cruzado de brazos y apoyado en el carrito de Tibor-. Cuando los tiempos son malos... tienen un sabor asqueroso.

-Monstruo odioso y podrido -dijo una de las sabandijas.

No parecían atemorizadas. Tampoco intentaban huir.

-Tu cola, ¿se sale? -dijo otra de las sabandijas a los tres lagartos.

-¿Qué cola? -dijo otra sabandija-. Eso es su picha, que les cuelga por detrás. Las pichas de los lagartos asoman por detrás, no delante.

Las sabandijas rieron roncamente.

-Una vez vi a un lagarto -declaró una sabandija que tenía una erección... y se asustó, supongo que el marido de ella volvió y se marchó corriendo y lo único que tuvo que hacer el marido fue pisar con el pie la gran picha dura que le colgaba por detrás.

Las sabandijas rieron a coro: parecían divertirse mucho.

-¿Y qué pasó después del pisotón? -preguntó una sabandija-. ¿Se desprendió?

-Se desprendió -continuó la otra- y quedó allí retorciéndose y saltando hasta la puesta del sol.

Potter dijo:

-Estos insectos tendrían que bajar un par de escalones. Se han puesto demasiado altivos.

Miró a su alrededor, buscando, aparentemente, algo que sirviera de arma. Se tomó su tiempo y las sabandijas no se movieron. Parecían tranquilas y confiadas.

Y ahora, Tibor vio porqué. Las sabandijas no se habían aventurado solas. Un grupo de corredores las acompañaba.

9

Este no era su primer encuentro con los corredores. Allá en Charlottesville, los corredores iban y venían sin ser molestados. Dondequiera que hubiese corredores prevalecía una especie de paz, una tranquilidad idiomática, engendrada por sus benignos hábitos.

Las caritas simpáticas observaron a Tibor. Las criaturas no medían más de un metro veinte. Eran gordas y redondas, estaban cubiertas por un tupido pelaje... ojos como canicas, narices trémulas... y grandes patas de canguro.

Eran asombrosas estas rápidas entelequias de la evolución, producidas por cosas que eran esencialmente venenos. Tantas y tan rápidamente; tantas clases. Era la naturaleza tratando de superar la suciedad de la guerra: las toxinas.

-Que la claridad sea contigo -dijeron los corredores, casi al unísono. Sus bigotes subían y bajaban-. ¿Cómo puede ser que no tengas brazos ni piernas? Eres una forma de vida muy extraña.

-La guerra -dijo Tibor, vagamente, herido por la impertinencia de los corredores.

-¿Sabes que tu carrito está estropeado? -preguntaron los corredores.

-No -dijo él, tomado por sorpresa-. ¿No va bien? Me trajo hasta aquí; quiero decir...

Sintió pánico.

-Hay una autofac cerca de aquí que todavía funciona un poco -dijo el mayor de los corredores-. No puede hacer gran cosa; no es como en los viejos tiempos. Pero posiblemente, podría reemplazar los cojinetes de las ruedas de tu carro, que están resecos. Y el precio no es muy alto.

-Ah, sí -dijo Tibor-. Los cojinetes. Es probable que estén resecos.

Levantó una rueda del suelo y la hizo girar ruidosamente.

-Tienes razón -admitió-. ¿Dónde está la autofac?

-A unos pocos kilómetros al norte de aquí -dijo el más pequeño de los corredores-. Sígueme.

Los otros corredores se agruparon.

-O, más bien -enmendó el corredor-, síguenos. Eh, muchachos, ¿vosotros también vendréis?

-Claro -dijeron los demás, agitando sus bigotes. Obviamente, no querían perderse nada de los acontecimientos.

A Potter y Jackson, Tibor dijo:

-¿Puedo confiar en ellos? -Había un miedo nebuloso en su mente en ese momento: ¿y si los corredores lo conducían a alguna región desolada, lo mataban y robaban su carrito? Le parecía muy probable, considerando los tiempos que corrían.

Potter dijo:

-Puedes confiar en ellos; son inofensivos. Que es más de lo que se puede decir de esas malditas sabandijas.

Lanzó una patada a un grupo de sabandijas que huyeron apresuradas, evitando su pie escamoso.

-Una autofac, una autofac -entonaron alegremente los corredores mientras se alejaban corriendo. Tibor los siguió cuidadosamente-. Vamos a la autofac, a que le hagan una reparación barata al hombre sin miembros. La reparación está garantizada por un millón de kilómetros o mil años, lo que suceda primero.

Entre risitas, los corredores desaparecieron un instante y luego reaparecieron, haciendo eufóricas señas a Tibor para que continuara.

-Te veremos a la vuelta -gritó Jackson a Tibor, que se alejaba-. Asegúrate de que te den una garantía por escrito para que no haya pegas.

-Quieres decir -preguntó Tibor- ¿qué una autofac puede hacer trampas?

Debe ser rusa, pensó. Las autofacs rusas eran bizantinas en sus meandros intelectuales. Sin embargo, la mayoría de ellas estaban muy bien construidas. Si ésta seguía funcionando, podría reparar, indudablemente, sus cojinetes resecos.

Se preguntó cuánto le cobraría.

Llegaron a la autofac al amanecer. Unas nubes brillantes y coloreadas, como las pinturas manuales de un niño, se extendían por el cielo. Pájaros -o casi pájaros- gorjeaban en los matorrales que crecían a ambos lados de la senda de los corredores.

-Está por aquí -dijo Earl, el jefe de los corredores, cuando se detuvo; su nombre, bordado en rojo en el peto de su mono, se había autoproclamado-. Espera; déjame pensar.

Meditó largamente.

-¿Qué tal si comemos algo? -preguntó uno de los corredores a Earl.

-Podremos obtener algo en la autofac -dijo Earl, meneando sabiamente su hirsuta cabeza-. Vamos, inc.

Hizo una brusca seña a Tibor con el brazo. Durante la noche, el traqueteo de los cojinetes resecos se había vuelto horriblemente sonoro; la junta no funcionaría mucho más tiempo.

-Aquí hemos de girar a la derecha -dijo Earl, avanzando hacia una mata de enredaderas- y luego doblaremos a la izquierda.

Sólo su cola era visible mientras luchaba con las fuertes ramas de la mata.

-¡Aquí está la entrada! -llamó, finalmente, haciendo señas a Tibor de que lo siguiera.

-¿Costará muy caro? -preguntó Tibor, aprensivo.

-No costará nada -dijo Earl abriéndose paso a golpes por los matorrales y precediendo a Tibor-. Ya nadie viene por aquí; está muriéndose. Se alegrará de vernos. Estas cosas también tienen unas especies de emociones.

Una abertura apareció frente a Tibor, que iba dando tumbos en su pesado carrito. Un lugar desprovisto de malas hierbas, tan libre de vegetación como si lo hubiesen afeitado. En el centro de la planicie pudo distinguir un disco amplio y chato, evidentemente de metal; cerrado con mordazas, lo recibió silenciosamente, confrontándolo con su significativa presencia. Sí, pensó; es una autofac rusa que aterrizó aquí, en forma de semilla, enviada por un satélite en órbita. Probablemente en los últimos días de la guerra, cuando el enemigo lo intentó todo.

-Hola -dijo a la autofac.

Un estremecimiento recorrió al grupo de corredores.

-No le hables así -dijo Earl, nervioso-. Sé más respetuoso; esta cosa podría matarnos a todos.

-Salutaciones -dijo Tibor.

-Si eres pomposo o aburrido -dijo Earl en voz baja- nos matará.

Su tono era paciente. Como si, pensó Tibor, se dirigiera a un niño. Y quizá eso es lo que soy con relación a este artefacto: un niño que no sabe cómo comportarse. Esta cosa, después de todo, no es un mutante natural. Fue hecha.

-Amiga -dijo Tibor a la autofac-. ¿Puedes ayudarme?

Earl gruñó.

-Entonces háblale tú -le dijo Tibor, irritado. ¿Cuántos rituales verbales tenían que preceder a la convocatoria de la inteligencia de este artefacto bélico humano? Evidentemente, un gran número-. Mira -dijo a Earl y también a la autofac-, necesito su ayuda, pero no pienso arrastrarme y rogarle que me instale cojinetes nuevos. No vale la pena.

Que se vaya al diablo, pensó. Estas son las entidades que vencieron a nuestra raza; estas cosas nos liquidaron.

-Poderosa autofac -dijo Earl con voz sonora-. Te rogamos nos prestes asistencia; este desgraciado hombre sin brazos ni piernas no podrá completar su viaje sin tu benéfica asistencia. ¿Podrías tomarte un momento para examinar su vehículo? Los cojinetes de la rueda delantera derecha han fallado en la hora de la necesidad.

Calló, escuchando atentamente, con su cabeza de perro inclinada hacia un lado.

-Aquí viene -dijo el más pequeño de los corredores, en un tono apreciativo y maravillado; parecía deslumbrado.

La tapa de la autofac se deslizó a un lado. Un ascensor que había detrás de la entrada envió hacia arriba un grueso poste de metal en cuyo extremo superior se veía un altavoz. El altavoz se balanceó y luego se colocó de manera que enfrentó directamente a Tibor.

-Estás preñado, ¿verdad? -rebuznó el altavoz-. Puedo proporcionarte remedios antiguos: arsénico, óxido de hierro, agua en que se han sumergido muertos, riñones de mula, espuma de la boca de un camello... ¿qué prefieres?

-No -dijo Earl-. No esta preñado. Tiene un cojinete de una rueda al que le falta grasa. Trata de prestar atención, señora.

-No toleraré que me hablen así -dijo la autofac.

Ahora surgió un segundo vástago. Parecía tener una espita de gas montada al nivel del suelo.

-Debéis morir -dijo la autofac, y emitió unas magras bocanadas de humo gris. Los corredores retrocedieron-. Necesito grandes cantidades de freezzzible...

Los traba osos sonidos que emitía la autofac se desvanecieron en una masa de ruidos indistintos; algo en el circuito sonoro había dejado de funcionar. Los dos vástagos verticales se agitaron hacia atrás y hacia delante, emitieron otro poco de gas inofensivo y quedaron inertes. Un rizo de humo negro ascendió desde la entrada de la autofac; después se oyó un gemido. De engranajes, decidió Tibor.

Tibor preguntó a Earl:

-¿Por qué es tan hostil?

Inmediatamente unas espesas nubes de humo negro surgieron de la realidad subterránea que era la autofac.

-¡No soy hostil! -bufó el altavoz, airado-. ¡Eres un roñoso hijo de perra!

Un silbido como de vapor que escapa a causa de una sobrecarga y luego un estrepitoso bramido, como si una tonelada de tapas de basura hubiese sido derrumbada por un mapache. Luego... silencio.

-Creo que la has matado -dijo el más pequeño de los corredores a Earl.

-Por Dios -dijo Earl, disgustado-. Bueno; probablemente no hubiese podido ayudarte, de todos modos.

Entonces, su voz tembló.

-Parecería que lo he estropeado todo. Me pregunto qué haremos ahora.

Tibor dijo:

-Yo seguiré mi camino.

Azotó a la vaca con un extensor manual; la vaca mugió, gruñó y lentamente reemprendió la marcha, volviendo hacia el punto de partida.

-Aguarda -dijo Earl, levantando una mano cubierta de piel-. Intentémoslo de nuevo.

Buscó en su mono y extrajo un bloc y un bolígrafo de una cosecha de preguerra.

-Presentaremos nuestro pedido por escrito, como se hacía antes. Lo dejaremos caer en el agujero. Y si eso no resulta, nos daremos por vencidos.

Lenta, dolorosamente, garabateó en el bloc, luego arrancó la página y fue andando lentamente hacia la entrada inerte a la autofac subterránea.

-Olvídalo -dijo Tibor al corredor; nuevamente espoleó electrónicamente a la vaca y ambos se alejaron, crujiendo. El cojinete chirriaba ruidosamente.

-El problema puede haber estado en el altavoz -dijo Earl, tratando aún de salvar la situación-. Si conseguimos esquivar eso...

-Adiós -dijo Tibor, y siguió adelante.

Sintió melancolía, una melancolía que lo calmaba, una especie de paz interior. ¿Acaso eran los corredores quienes la habían provocado? Se decía que era así... el gran corredor, Earl, había irradiado cualquier cosa menos paz, sin embargo. Es muy extraño, pensó; los corredores son como el ojo de la tormenta, del que todos hablan pero al que nadie ve. Paz en medio del caos, quizá.

Mientras el carrito seguía su marcha, tirado por la incansable vaca, Tibor comenzó a cantar.

Embellece tu propio rinconcito...

No pudo recordar cómo continuaba el viejo himno, de modo que probó con otro.

Este es el mundo de mi padre.

Las rocas y árboles, el viento y la brisa...

Eso no sonaba bien. De modo que lo intentó con el Viejo Cien, el gloria:

Alaba a aquel de quien vienen todas las bendiciones. Alabadlo, oh criaturas de aquí abajo. Alabad en el cielo al huésped celestial. Gracias, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

O como fuera ese himno.

Se sentía mejor ahora. Y entonces, de golpe, se dio cuenta de que su cojinete había dejado de quejarse. Miró hacia abajo y vio las malas noticias: la rueda ya no giraba. El cojinete estaba atascado.

Bueno; así son las cosas, pensó, mientras tiraba de las riendas para detener a la vaca. Hasta aquí llegamos, tú y yo. Se quedó escuchando los ruidos que había a su alrededor; ruidos de los árboles y los matorrales, de animalitos que trabajaban, de otros, más pequeños aún, que jugaban. Eran los frutos del mundo; aunque fueran mutilados y grotescos tenían derecho a hacer travesuras bajo el tibio sol de la mañana. Los búhos se habían retirado; ahora llegaban los halcones de cola roja. Oyó a un pájaro lejano y se sintió confortado.

El pájaro cantaba palabras ahora. Embellece tu propio rinconcito, llamaba. Nuevamente cantó las pocas palabras y luego gorjeó, Alaba a aquel de quien vienen el ala y árboles las rocas y gracias. Pío, pío. Empezó de nuevo, desde el principio, repitiendo cada párrafo.

Un pájaro meta-mutante, comprendió. Un teilhard de chardin: una rareza futurista. ¿Entenderá lo que canta?, se preguntó ¿O es como un papagayo? No lo sabía. No podía ir hasta allí; sólo podía quedarse donde estaba. Maldito sea ese cojinete, dijo airadamente, para sí mismo. Si pudiera hablar con el meta-pájaro quizá podría averiguar algo. Quizá ha visto al Deus Irae y sabe dónde está.

Algo azotó los matorrales a su derecha; algo grande. Y ahora lo vio... lo vio y no lo creyó.

Un enorme gusano había comenzado a desenroscarse y a desplazarse hacia él. Empujaba las matas; se arrastraba en su propio aceitoso légamo, y mientras iba hacia él, comenzó a lanzar gritos agudos y estridentes. No sabiendo qué hacer, se quedó inmóvil, aguardando. Los arroyuelos de cieno salpicaban las hojas grises y marrones y amarillas, manchándolas. Frutos muertos caían de los árboles podridos; se levantó una nube de polvo mientras el gusano se deslizaba hacia él.

-¡Eh, tú! -chilló el gusano. Casi lo había alcanzado-. ¡Puedo matarte!

El gusano declaró eso despidiendo salivazos, polvo y légamo en dirección a Tibor.

-Vete y déjame en paz. Guardo cosas preciosas, cosas que tú desearías pero no puedes obtener. ¿Entiendes? ¿Me oyes?

Tibor dijo:

-No puedo marcharme.

Su voz temblaba. Con su cuerpo trémulo logró hacer un veloz movimiento; sacó la pistola y apuntó al cráneo del gusano.

-¡He salido de la basura! -gritó el gusano-. Fui engendrado por los residuos del campo. Vengo de tu guerra, inc. Soy tan feo por tu culpa. Puedes ver mi fealdad... ¡mira!

Su cabeza tirante giró y osciló sobre la de Tibor y, ahora, una lluvia de cieno y saliva cayó sobre él. Cerró los ojos y se estremeció.

-¡Mírame! -gritó el gusano.

-Gusano negro -dijo ásperamente Tibor, manoseando la pistola y agachándose para evitar lo que se avecinaba. Le mordería la cabeza; moriría. Cerró los ojos y sintió la lengua bífida sobre su cuerpo.

-Te estoy envenenando -declaró el gusano con voz chillona-. Huele el olor de mi gran cuerpo eterno. Nunca moriré. ¡Soy el Urgusano y existiré hasta el fin de la Tierra!

Los segmentos de su cuerpo se lanzaron hacia delante, desparramándose sobre su carro, sobre la vaca, sobre él mismo. Conectó el campo eléctrico del carro, en un último y desesperado esfuerzo para protegerse y proteger a la vaca. El campo zumbó y susurró; crujió chisporroteando y, súbitamente, la cabeza del gusano se retiró.

-¿Te cogí? -dijo Tibor, esperanzado-. ¿No puedes soportar una descarga de cinco amperios?

Giró el dial hasta el máximo; ahora el campo se llenó de chispas, creando cascadas de luz.

La cabeza del gusano se retiró, preparándose a atacar. Ahora, comprendió Tibor, y levantó la pistola. La cabeza se deslizó hacia delante y el gran pico del animal atravesó el campo de cinco amperios de Tibor.

Cuando reveló sus fauces, el campo eléctrico lo obligó a detenerse; frenó su movimiento hacia delante. Levantando la vista, Tibor vio la frágil garganta y disparó.

-Quiero dormir -aulló el gusano-. ¿Por qué me molestas cuando descanso?

Echó atrás la cabeza, la levantó y vio la sangre que goteaba sobre su cuerpo.

-¿Qué has hecho? -interrogó.

Se arrojó nuevamente contra él. Tibor volvió a cargar la pistola, sin levantar la vista hasta que volvió a colocar el tambor en su sitio.

Una vez más, la cabeza se lanzó hacia él. Una vez más vio el indefenso anverso de la garganta. Disparó nuevamente.

-¡Déjame en paz! -gritó el gusano dolorido-. ¡Déjame dormir con mis posesiones!

Se irguió y luego, con un tremendo estampido, descendió y golpeó el suelo. Los segmentos amontonados de su cuerpo se extendieron por todas partes; el gusano respiraba roncamente con sus ojos brillantes fijos en Tibor.

-¿Qué te pasa? -siseó el gusano-, ¿qué te ha obligado a matarme? ¿He hecho algo contra ti, he cometido algún crimen?

-No -dijo Tibor-, ninguno.

Podía ver que el gusano estaba malherido y su corazón se calmó. Podía respirar nuevamente.

-Lo siento -dijo insinceramente-. Uno de los dos tenía que...

Se detuvo para volver a cargar la pistola.

-Sólo uno de los dos podía vivir -dijo, y esta vez le disparó entre los ojos semicerrados. Los ojos se agrandan y se contraen, notó. Más grandes, más brillantes... y luego se transforman en chispas. Pura decadencia-. Estás muerto.

El gusano no respondió. Tenía los ojos abiertos aún y había muerto.

Tibor extendió uno de sus extensores manuales; hundió su «mano» en el aceitoso légamo del gusano, porque se le había ocurrido una idea. Si el cieno era verdaderamente aceitoso, quizá podría untar con él los cojinetes, lubricándolos. Pero entonces, algo que había dicho el gusano surgió en su cabeza, un detalle interesante. El gusano había dicho: «¡Déjame dormir con mis posesiones!» ¿Qué poseería?

Con mucha cautela condujo su carrito a lo largo del gusano muerto, aguijoneando a la vaca con sus seudolátigos.

Más allá de las matas enredadas había una cueva, en la ladera de una colina rocosa. Apestaba con el olor del gusano; Tibor sacó un pañuelo y lo mantuvo delante de su nariz, tratando de reducir el tufo. Después encendió su linterna e iluminó la cueva.

Allí estaban... las posesiones del gusano. Un ventilador de techo, totalmente oxidado e inútil, sobre un montón de basura. Debajo, la carrocería de un antiguo automóvil, con los faros rotos y un signo de la paz en un costado. Un abrelatas eléctrico. Dos rifles láser del tiempo de la guerra, con los tanques de combustible vacíos. Un colchón de muelles quemado, de lo que alguna vez había sido una casa; ahora vio los postigos de la casa, pudriéndose como todo lo demás.

Una radio a transistores, portátil, sin antena.

Basura. Nada de valor. Se puso en marcha, espoleando a la vaca; la vaca agitó el rabo, volvió su pesada cabeza en señal de protesta y luego emprendió su torpe marcha, cerca de la cueva sucia y putrefacta.

Como un cuervo, pensó Tibor. El gusano amontonaba todas las cosas brillantes que encontraba. Todo inútil. ¿Cuánto tiempo había estado enroscado allí, protegiendo su basura podrida? Años, probablemente. Desde la guerra.

Percibió más basura ahora. Una manguera de jardín. Un gran póster del Che Guevara, arrugado y borroso a fuerza de estar tirado. Un magnetófono, sin pilas y sin cintas. Una máquina de escribir eléctrica Underwood, retorcida a causa de los excesivos daños. Utensilios de cocina. Una jaula para transportar gatos, rota, con los alambres hacia fuera, como un jardín de púas. Un diván con las plumas saliéndose por todos lados. Un cenicero de pie. Un montón de ejemplares del Time.

Eso fue el colmo. Las riquezas del gusano terminaban allí. Todo eso, más los muelles de un colchón. Ni siquiera el colchón; sólo los muelles grotescos y retorcidos.

Suspiró sintiéndose muy desilusionado. Bueno; por lo menos, el gusano estaba muerto, el gran gusano oscuro que había vivido en esta cueva, protegiendo sus adquisiciones desprovistas de valor.

El pájaro que había cantado los himnos llegó, revoloteando, hasta las ramas de los árboles más cercanos. Quedó en suspenso y luego aterrizó, con sus brillantes ojos fijos en Tibor. Interrogándolo.

-Ya puedes ver lo que he hecho -dijo Tibor torpemente.

El cadáver del gusano ya había comenzado a heder.

-Ya lo veo -dijo el pájaro.

-Ahora puedo entender lo que dices -dijo Tibor-. No sólo los fragmentos que repites...

-Porque mojó su mano en las secreciones del gusano -dijo el pájaro-. Ahora puede entender a todos los pájaros, no sólo a mí. Pero yo puedo decirle todo lo que necesita saber.

-¿Me conoces? -preguntó Tibor.

-Sí -dijo el pájaro, saltando a una rama más baja y más fuerte-. Es McMasters Tibor.

-Al revés -corrigió Tibor-. Tibor es mi nombre de pila y McMasters el apellido. Dilo al revés.

-De acuerdo -consintió el pájaro-. Está haciendo una Pere, buscando al Dios de la Ira, para poder pintarle. Una noble empresa, señor Tibor.

-McMasters -corrigió Tibor.

-Sí -dijo el pájaro-. Como quiera. Pregúnteme si sé dónde encontrarle.

-¿Sabes dónde está? -preguntó Tibor, y su corazón se apresuró nuevamente: una feroz presión fría que le hacía daño por su mera presencia. La idea de hallar al Deus Irae lo paralizaba ahora; parecía una presencia real, no una potencia.

-Lo sé -contestó el pájaro con calma-. No está lejos de aquí; si lo desea, puedo guiarle hasta allí con facilidad.

10

-No... no lo sé -dijo Tibor McMasters-. Tendría que... -Calló, meditabundo. Quizá debería volver, pensó. En realidad, quizá me haya alejado demasiado. Ha habido varios intentos de matarme... quizá tendría que prestar atención a esas insinuaciones. Quizá la realidad esté tratando de decirme algo-. Espera -dijo, mientras seguía deliberando. Y no respondía al pájaro.

-Déjeme decirle algo más -dijo el pájaro-. Hay alguien que le sigue. Se llama Pete.

-¿Todavía? -dijo Tibor. No se sorprendió; sólo sintió una sorda alarma-. ¿Por qué? -interrogó-. ¿Para qué?

-No puedo determinar eso -respondió el pájaro, pensativo-. Supongo que terminará por descubrirlo. En cualquier caso, no pretende hacerle daño, como suele decirse. ¿Y usted, señor Tibor? ¿Se ha decidido ya?

-¿Puedes decirme qué sucederá si me cruzo con el Dios de la Ira? ¿Me matará, en todo caso, intentará matarme?

-No sabrá, al principio, quién es usted ni por qué le busca -declaró el pájaro-. Puede creerme, señor Tibor; ya no cree que... ¿Cómo puedo decírselo? Que nadie con malas intenciones siga sus huellas todavía. Ya ha pasado demasiado tiempo.

-Supongo que sí -dijo Tibor. Respiró hondo para fortificarse-. ¿Dónde está? Llévame en esa dirección, pero muy lentamente.

-A unos doscientos kilómetros al norte de aquí -dijo el pájaro-. Lo encontrará a él o encontrará a alguien que se le parece... No estoy seguro.

-¿Por qué no? -preguntó Tibor-. Creía que lo sabías todo.

La pobreza de la mentalidad del pájaro le deprimía. He bebido el fango del gusano, pensó, y he escapado a una serie de peligros y ¿qué he sacado de ello? Casi nada. Un pájaro que habla parcialmente... y que sabe parcialmente algo.

Como yo, pensó. Cada uno de nosotros sabe un poco. Quizá si puedo sumar lo que sabe el pájaro a lo que yo sé... sui generis. Puedo intentarlo.

-¿Qué aspecto tiene? -preguntó al pájaro.

-Bastante malo.

-¿Cómo?

-Tiene mal aliento. Tiene unos pocos dientes amarillos. Es cargado de hombros y es viejo y gordo. Así es cómo deberás pintarlo en tu mural.

-Ya veo -dijo Tibor.

Bueno; así era. El Dios de la Ira también había sido presa de la decadencia, como cualquier otro. De golpe, se había vuelto demasiado humano. Y eso, ¿cómo ayudaría al mural?

-¿No hay nada elevado en él? -preguntó Tibor.

-Quizá me he equivocado de hombre -dijo el pájaro-. No; no hay nada elevado en él. Siento decirlo.

-Cristo -dijo amargamente Tibor.

-Como le decía -dijo el pájaro-, bien puedo haberme equivocado de hombre. Sugiero que lo observe largamente y de cerca, usted mismo, y se fíe de lo que usted determine y no de lo que yo haya dicho, en cualquier sentido.

-Puede ser -murmuró Tibor.

Aún se sentía deprimido. Lo habían estafado demasiadas veces y le quedaba aún mucho por hacer. Era mejor dar la vuelta y volverse, decidió. Salir de esto mientras todavía era posible. Había tenido suerte. Pero quizá su suerte se había terminado; después de todo, no podía seguir poniéndola a prueba eternamente.

-¿Piensa que se le ha acabado la suerte? -preguntó perspicazmente el pájaro-. Puedo asegurarle que no es así; eso sí que lo sé. No le pasará nada; puede creerme.

-¿Cómo voy a creerte si ni siquiera sabes si es él?

-Hum -dijo el pájaro asintiendo-. Entiendo lo que quiere decir. Pero sigo afirmando lo que acabo de decirle; su suerte no ha acabado para nada. Créame; eso sí que lo sé.

-¿Qué clase de pájaro eres? -preguntó Tibor.

-Un grajo azul.

-¿Y los grajos azules son dignos de crédito, en general?

-Mucho. En todos los sentidos.

-¿Eres la excepción que confirma la regla?

-No.

El pájaro saltó desde su rama y descendió dando vueltas, aterrizando en el hombro de Tibor.

-Considere esto -dijo-. ¿En quién puede confiar si no puede, o no quiere, confiar en mí? He esperado muchos años a que usted apareciera. Sabía, hace mucho tiempo, que vendría por aquí, y cuando oí sus himnos me sentí poseído por el júbilo. Por eso fue que me oyó, entonces, coreando sus alegres canciones. Me gusta especialmente el Viejo Cien; es mi favorito. De modo que, ¿no le parece que puede confiar en mí?

-Ciertamente, un pájaro que canta himnos debería ser de fiar -reflexionó Tibor en voz alta.

-Y yo soy ese pájaro.

El grajo revoloteó; la impaciencia era visible en cada una de sus temblorosas plumas. Qué hermoso pájaro, grande, azul y blanco, pensó Tibor mientras lo miraba ascender. Estoy seguro de que puedo fiarme de él y no tengo otra alternativa. Quizá tenga que ir a muchos sitios, ver a muchos hombres que no son el Deus Irae antes de hallar al abrumador, al auténtico. Así son las Peres.

-Pero no podré seguirte -señaló Tibor-. A causa de mi cojinete reseco. No sé si el moco...

-Está muy bien -dijo el pájaro-. Podrás seguirme.

Levantó el vuelo y desapareció en un árbol cercano.

-¡Vamos!

Tibor puso en marcha su carrito; espoleó a la paciente vaca y allá fueron, él y la vaca, en dirección al norte.

El cielo azul y las largas saetas de la cálida luz del sol se derramaron sobre ellos mientras avanzaban. Evidentemente, a la luz del día, muchas de las formas menos usuales de vida preferían mantenerse ocultas; Tibor descubrió que no se encontraba con nadie y, de alguna manera, eso le inquietó más que el desfile de monstruos, abortos de la naturaleza y chardins con que se había enfrentado durante las horas nocturnas. Pero, pensó, de todas maneras puedo ver claramente al pájaro. Lo que era esencial. Esa entidad de nivel superior: era su estrella polar ahora.

-¿No vive nadie por aquí? -preguntó, cuando la vaca se detuvo un momento para desmochar unas hierbas altas y rojizas.

-Sólo desean sobrevivir en un merecido anonimato -dijo el pájaro.

-¿Son tan espantosos?

-Sí -contestó el pájaro. Y agregó-: Para ojos convencionales.

-¿Son peores que los corredores, los lagartos y las sabandijas?

-Peores. -El pájaro no parecía atemorizado; saltaba y brincaba por el terreno cubierto de hojas húmedas, encontrando semillas aquí y allá para llenarse lo más posible-. Hay unos que...

-No me lo digas -pidió Tibor.

-Bueno; usted ha preguntado.

-He preguntado -admitió Tibor-. Pero no quería ni esperaba una respuesta.

Tocó a la vaca con el látigo, y una vez más el gran animal se movió para continuar el viaje. Complacido, el pájaro se lanzó hacia arriba en el cielo azul oscuro; se alejó revoloteando y la vaca, como si entendiera su relación con el pájaro, lo siguió.

-¿Tiene mal aspecto? -preguntó Tibor al pájaro.

-¿El Dios de la Ira? -El pájaro se dejó caer como una piedra y se posó en el carrito-. Es... ¿cómo podría decirlo? Su aspecto no es común; sí, se puede decir eso. No es común en ningún sentido. Un hombre alto, pero, como le dije, un hombre con mal aliento. Un hombre fuerte, pero encorvado por sus preocupaciones neuróticas. Un hombre mayor, pero...

-Y ni siquiera estás seguro de que sea él.

-Razonablemente seguro -dijo el pájaro, impertérrito.

-¿Vive en una colonia humana?

-¡Exacto! -dijo el pájaro, complacido-. Con unos sesenta hombres y mujeres... ninguno de los cuales sabe quién es él.

-¿Cómo se dio a conocer ante ti? -preguntó Tibor-. ¿Cómo lo reconociste si ellos no podían? ¿Tiene algún estigma?

Deseaba que lo tuviera; facilitaría mucho su retrato, si podía pintar el estigma.

-Sólo el estigma de la muerte y la desesperación -declaró despreocupadamente el pájaro mientras iba de aquí para allá-. Es profundo, como verá cuando lleguemos.

Tibor echó una mirada al pájaro, que ahora volaba ligeramente por delante de él y preguntó:

-¿Y no tienes nada más concreto que eso para decirme?

-Le vi hace dos años. Por primera vez. Desde entonces, le he visto con frecuencia. Pero mi lengua estaba atada, en un nudo, hasta hace una hora; no podía hablar con nadie, realmente. Y entonces usted bebió el fango del gusano y aprendió a entender mis palabras.

-Interesante -dijo Tibor, espoleando a la vaca-. Pero no has contestado a mi pregunta.

-Lo intenté -dijo el pájaro-. Mire, señor Tibor, usted no tiene por qué seguirme; nadie le obliga a hacerlo. Estoy haciendo esto como un servicio público y no sacaré nada de ello, salvo calambres en los músculos de las alas.

Y agitó sus alas, enfadado.

El bosque que atravesaban se volvió menos denso. Adelante vio montañas o, quizá, grandes colinas. Sus laderas ya no eran verdes sino del color de la paja; aquí y allí se veían manchas verde oscuro; evidentemente, eran árboles. Entre Tibor y las colinas había un valle largo que parecía fértil. Vio caminos que parecían funcionar, y en uno de ellos, una especie de vehículo que avanzaba haciendo un ruido que retumbaba ruidosamente en el aire fresco de la mañana.

Y había un poblado, donde tres de los caminos se juntaban. No era muy grande, pero resultaba llamativo en las presentes circunstancias; muchos de los edificios parecían bastante grandes. Eran tiendas o quizá fábricas. Había edificios comerciales y lo que parecía un pequeño aeropuerto.

-Allí -informó el pájaro-. New Brunswick, Idaho. Es porque hemos cruzado el límite del estado. Estábamos en Oregon, pero ahora estamos en Idaho. ¿Se entera?

-Sí -dijo Tibor.

Dio un latigazo a la vaca y ésta reemprendió su patosa marcha. Ahora los cojinetes habían empezado a crujir y chirriar nuevamente; los oyó, pero, pensó, pueden llegar hasta el pueblo y allí probablemente encontraré un herrero que podrá arreglarlos, posiblemente los de las dos

ruedas. Porque si uno se ha resecado, los otros también deben de estar casi secos. Pero ¿cuánto dinero me costará?

-¿Puedes conseguir que reparen mi carrito a precio de mayorista? -preguntó al pájaro.

-Eso ya no existe -dijo el pájaro-. Ya no hay fábricas, sólo enclaves autosuficientes, como el que ves aquí. Pero puedo encontrar un mecánico competente; hay dos, por lo menos, en New Brunswick, especializados en reparaciones de máquinas de antes de la guerra.

-Mi carro es posterior a la guerra -dijo Tibor.

-También podrán arreglarlo.

-¿Y el precio?

-Quizá podamos hacer un trueque. Es una pena que no haya cogido algunos de los bienes del gusano; podría haberlos traído todos.

-Basura -dijo Tibor. Y luego, asombrado, preguntó-: ¿Crees que esas porquerías tienen valor aquí?

Deben de estar muy por debajo de nuestro nivel, comprendió. Y todavía estoy cerca de casa. Tan cerca y todo es diferente. ¡Qué aislados estamos! ¡Qué poco sabemos! ¡Cuánto se ha perdido!

-Hubiese valido la pena traer los muelles del colchón -dijo el pájaro-. Los artesanos de la ciudad usan el acero para hacer herramientas de muchos tipos. Cuchillos, picos... una variedad de cosas.

-¿Y la radio a transistores? Si nadie transmite...

-La unidad puede ser adaptada para formar un generador antifertilidad que funciona durante las relaciones sexuales.

-Por Dios -dijo Tibor, atónito-. ¿Quieres decir que están controlando la tasa de nacimientos? ¿Cuándo la población del mundo se ha reducido a unos pocos millones?

-Es a causa de los alterados que nacen -explicó el pájaro-. Como usted, si no le importa que lo diga. En New Brunswick prefieren que no haya nacimientos antes que tener mutaciones feas y deformes brotando alrededor suyo.

-Quizá me echen en cuanto me vean -dijo Tibor.

-Es muy posible -concedió el pájaro.

Y siguió aleteando junto a la ladera de la colina, hacia el suelo plano del valle que había abajo.

Mientras bajaban, el pájaro charló, hablando de los extraños y terribles -y fascinantes- alterados que habían nacido en aquella área durante los últimos años. Tibor escuchaba apenas; las sacudidas del carro, con la rueda delantera derecha atascada, lo mareaban; cerró los ojos y trató de relajarse, rezando para que sus náuseas se aliviaran. Parte del malestar, comprendió, era debido al miedo... el miedo de aparecer en New Brunswick, un lugar donde nunca había estado antes. ¿Cómo será eso de estar rodeado por desconocidos? ¿Y si no los entiendo, y si no me entienden a mí? Y entonces pensó, New Brunswick. Quizá encontraría a alguien que aún recordara el alemán. Eso le ayudaría, si la lengua no había evolucionando -o involucionado- demasiado.

Alegremente, el grajo azul fue describiendo a varios alterados que había visto en el transcurso de su vida.

-...y algunos tienen un solo ojo en el centro de la cabeza; creo que se llama ciclopismo. Y hay otros que, cuando nacen, tienen la piel reseca y agrietada; por ahí brota una gruesa capa de pelos oscuros que cubren al bebé. Y había uno al que los dedos le salían del centro del pecho; no tenía brazos, como usted. Ni piernas. Sólo los dedos, que brotaban de las costillas. Creo que vivió casi un año.

-¿Podía mover los dedos? -preguntó Tibor.

-De vez en cuando hacía gestos obscenos. Pero nadie estaba seguro de que fuera a propósito.

Tibor se incorporó.

-¿Recuerdas otros tipos? -De vez en cuando, el tema le fascinaba morbosamente, quizá a causa de su propio problema-. ¿Y los geriones? ¿Has visto algún tres-en-uno?

-He visto geriones tres-en-uno -dijo el pájaro-. Pero no en New Brunswick. Más al norte, donde la radiación se acumuló. Y, además, una vez vi un avestruz humano..., o sea, largas piernas flacas, el cuerpo cubierto de plumas y el cuello desnudo hasta...

-Ya basta -dijo Tibor, demasiado descompuesto para escuchar más.

El pájaro cacareó:

-Déjeme contarle lo mejor que he visto en todos los sitios donde he estado. Consiste en un cerebro externo que se lleva en un jarro o bocal, donde funciona, con una espesa manta de vinilo polimerizado que lo protege de la atmósfera e impide que se seque la sangre. Y el dueño tiene que vigilarlo constantemente, para que no sufra una sacudida traumática. Ese vivió indefinidamente, pero se pasaba la vida cuidando...

-Basta -consiguió decir Tibor.

Sus náuseas habían triunfado sobre su morboso interés. Nuevamente cerró los ojos y se apoyó contra el respaldo.

Siguieron en silencio.

De golpe, la atascada rueda delantera derecha del carro se soltó. Rodó y desapareció debajo de ellos. El carro se detuvo súbitamente, cuando la vaca comprendió que su carga había sufrido una alteración fundamental.

Tibor dijo, dificultosamente:

-Bueno, éste es el final de todo para mí.

Lo había anticipado una y otra vez durante toda su vida y durante esta Pere lo había sentido muy cerca. La preocupación se había comunicado súbitamente con la realidad; un miedo irracional se había transformado en un hecho. Sintió un terror animal, como si estuviera cogido en una trampa por un pie... si hubiese tenido pies. Los animales se cortan la pata con los dientes, pensó, abrumado por el pánico, para escapar. Pero yo no puedo hacer nada. No tengo una pierna que roer. No puedo hacer nada para salvarme.

-Traeré ayuda -dijo el pájaro-. Pero...

Bajó y se posó en el hombro de Tibor.

-Usted es el único que puede entenderme. Escriba un mensaje y yo lo entregaré.

Con su extensor manual derecho, Tibor sacó una agenda de piel negra y un bolígrafo. Escribió: «Yo, Tibor McMasters, un incompleto, estoy atrapado en la ladera de la colina en mi carro estropeado. Sigan al pájaro.»

-De acuerdo -dijo, doblando el papel y levantándolo.

El grajo azul lo cogió con el pico y luego, elevándose en el aire tibio de la mañana, se precipitó hacia el valle que había abajo y sus habitantes humanos, o casi humanos.

Silencio.

Quizá nunca vuelva a moverme, se dijo Tibor. Mi tumba, aquí. La tumba de mis ambiciones. O, más bien, las ambiciones de otros, operando a través de mí. Sí; mis ambiciones también, comprendió. No tenía que venir aquí. Conocía los riesgos y, sin embargo, vine. De modo que es culpa mía. Venir a morir aquí, estando tan cerca de lo que busco. Asumiendo que éste sea el lugar correcto.

-Joder -dijo en voz alta.

La vaca se volvió, inquisitiva. Salvajemente, la azuzó con su seudolátigo. La vaca mugió y trató de moverse. Pero el eje delantero se enterró profundamente y detuvo abruptamente el impulso hacia delante. Lo único que puedo hacer es aguardar, comprendió. Si el pájaro no vuelve o no trae a alguien, moriré. Aquí, en este sitio tan común. Viajé hasta aquí para morir. Y el Dios de la Ira no será hallado nunca... al menos, no por mí.

¿Y ahora qué?, se preguntó. Examinó su reloj; eran las nueve y media. Si es que van a venir, tendrían que estar aquí a eso de las once, concluyó. Si no han llegado para entonces...

Entonces, pensó, me entregaré.

-Me hubiera gustado ver un gerión -dijo en voz alta, como si hablara con la vaca. Quizá tendría que soltarte, consideró. No; si vienen a ayudarme, te necesitaré.

-«Vaca, vaca -citó-, tú y yo». -Le hubiese gustado seguir recitando el poema de James Stephen, pero no recordaba más. ¿«Mirándonos a los ojos»? ¿Era así?

Qué banal, pensó.

Es extraño, pensó, cómo en los momentos cruciales de angustia uno no se apoya en la gran poesía sino en coplas de ciego. «Cuando el que anota los tantos los tuyos vaya a sumar, no mirará si ganaste o perdiste, sino tu forma de jugar.» Justo, pensó. La poesía, aún la más grande, no podría ser mejor.

He jugado con honestidad y habilidad, se dijo.

-«Si los deseos fueran caballos, los mendigos cabalgarían» -citó en voz alta.

Silencio, salvo por su respiración y la de la vaca... el animal sé esforzaba por alcanzar unas sabrosas hierbas que había no muy lejos.

-Tienes hambre -le dijo. Yo también, pensó. Así es cómo moriremos los dos, de sed y hambre. Beberemos nuestra propia orina para mantenernos vivos un poco más. Y eso no nos ayudará.

Mi vida depende de una criatura tan pequeña que cabe en mi mano, pensó. Un grajo azul mutante... y los grajos son famosos porque mienten y roban. Un grajo es, virtualmente, un convicto. ¿Por qué no habrá sido un zorzal?

Entonces acudió a su mente un pensamiento contra el que había luchado durante años. Era la imagen de una criatura, alguna clase de animal pequeño y peludo. El animal, silencioso y solitario en su madriguera, construía rarezas alegres y complejas que, eventualmente, cuando tenía bastantes, llevaba hasta un camino cercano. Allí se instalaba, esparciendo las cosas que había hecho. Se quedaba en silencio, todo el día, esperando que pasara alguien y comprara una de las cosas que había hecho. El tiempo pasaba; la tarde se transformaba en noche; el mundo se oscurecía. Pero la criatura no había vendido ninguna de sus creaciones. Finalmente, en la oscuridad, volvía a reunir silenciosa, mansamente, sus rarezas y partía con ellas, derrotada, pero sin quejarse. Sin embargo, su derrota era total, pese a que era una derrota que llegaba con lentitud, en medio del silencio. Mientras, estaba sentado allí, aguardando. Él, como la criatura, esperaría y esperaría; el mundo se pondría oscuro y se aclararía al día siguiente. Y volvería a suceder lo mismo. Hasta que, al fin, no despertaría con el sol; no habría más esperanza silenciosa... sólo un cuerpo inerte, hundido en el asiento del carrito. Eventualmente, tendré que soltar a la vaca, comprendió. Pero la mantendré aquí el mayor tiempo posible. Es tranquilizador ver a otra criatura. Por lo menos, mientras no sufre.

¿Estará sufriendo?, se preguntó. No; tú no comprendes. Para ti es sólo un período de inmovilidad, sin comprender lo que la inmovilidad significa.

-Dios de la Ira -dijo en voz alta, recitando la liturgia familiar-. Ven a mí. Azótame y llévame contigo a País. Colócame en las filas del Gran Florista.

Aguardó, con los ojos cerrados. No hubo respuesta.

-¿Me escuchas? -preguntó-. Señor, tú que has hecho tanto, tú que controlas todos los sufrimientos. Redímeme de mi sufrimiento presente. Tú hiciste que sucediera; tú eres responsable de mi suplicio. Rescátame de él, como sólo tú puedes hacerlo, Deus Irae.

Entonces se detuvo y aguardó. Pero seguía sin recibir una respuesta, ni del mundo exterior ni del reino interno de su mente.

Consultaré... diablos, no consultaré; suplicaré al Dios más antiguo que aparezca, se dijo. La religión derrotada, rudimentaria de nuestros antepasados.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi dona eis requiem sempiternam.

Todavía, nada. Ninguno de los dos lo ayudaba.

Pero, a veces, sus métodos son lentos, reflexionó. Su tiempo no es el nuestro; para Él puede ser sólo un instante.

Libera me, Domine.

-Me rindo -dijo en voz alta, y notó que él mismo, que su cuerpo se rendía. Súbitamente se sintió cansado; en realidad no podía mantener la cabeza erguida. Quizá ésta sea la liberación que pedí, pensó. Quizá Él me enviará una muerte agradable, una muerte sin sufrimientos, rápida y tranquila. Una especie de quedar dormido, como hacían con los animales domésticos enfermos o heridos... a quienes amaban.

Tremens factus sum ego et timen.

Trocitos sueltos de la antigua misa, ¿o era de un poema medieval? ¿Un réquiem católico?

Mors stupebit et natura cum resurget creatura, judicanti responsura.

No podía recordar más. Que se vayan al diablo, se dijo. Nunca vienen cuando los necesitas.

Una gran luz brillante se formó en el cielo, encima de él. Atisbó, medio cegado, protegiendo sus ojos con el terminal de su extensor manual izquierdo. La luz brillante bajó hacia él; ahora se había vuelto de color rojo humo; era un disco ondulante y nebuloso que parecía caliente y en llamas, como enfadado por dentro. Y ahora se hacía oír; producía un ruido sibilante como ráfagas de viento o corno algo al rojo blanco sumergido furiosamente en agua. Unas pocas gotas iniciales de humedad gotearon sobre él. Las gotitas lo escaldaron e instintivamente se hizo a un lado.

El disco que había sobre él llegó a un estado más concreto, aunque aún plástico. Pudo distinguir algunos rasgos en su superficie: ojos, una boca, orejas, cabellos despeinados. La boca le gritaba, pero no podía distinguir las palabras.

-¿Qué pasa? -preguntó, mirando aún hacia arriba. Ahora vio que la cara estaba enfadada, con él. ¿Qué habría hecho para disgustarla? Ni siquiera sabía qué o quién era.

-¡Te burlas de mí! -rugió la cara que oscilaba, vibraba y lloraba-. Soy como una vela para ti, una lucecita que te guía hacia la luz. Mira lo que puedo hacer para salvarte, si quiero. Qué fácil es.

La boca de la cara burbujeaba infinidad de palabras.

-¡Reza! -exigió la cara-. ¡A cuatro patas!

-Pero -objetó Tibor- yo no tengo brazos ni piernas.

-Yo los haré -dijo la gran cara iluminada.

Tibor, súbitamente, se sintió levantado en el aire y luego apoyado con fuerza sobre la hierba junto al carrito. Piernas. Estaba de rodillas. Vio las largas formas móviles, dos, sosteniéndolo. Vio también sus brazos y sus manos, en las que se apoyaba la parte superior de su cuerpo. Y sus pies.

-Tú -dijo jadeante Tibor- eres Carleton Lufteufel.

Sólo el Dios de la Ira podía hacer lo que acababa de suceder.

-¡Reza! -ordenó la cara.

Tibor dijo, mascullando las palabras:

-Nunca me he burlado de la mayor entidad del universo. No pido perdón sino comprensión. Si me conocieras mejor...

-Te conozco, Tibor -declaró la cara.

-En realidad, no; no completamente. Soy una persona compleja y también la teología es compleja actualmente. No he hecho cosas peores que los demás; en realidad soy mejor que muchos. Estoy haciendo un Pere, buscando tu identidad física para poder pintar...

-Lo sé -interrumpió el Dios de la Ira-. Sé lo que tú sabes y muchas otras cosas, además. Yo envié al pájaro. Yo hice que pasaras tan cerca del gusano como para que saliera y tratara de morderte. ¿Lo entiendes? Fui yo quien hizo que se soltara tu rueda delantera derecha. Has estado en mi poder todo el tiempo. A lo largo de toda tu Pere.

Tibor, usando sus nuevas manos, llegó hasta el maletero del carrito, sacó una cámara Polaroid Color Pack, tomó una rápida fotografía de la cara que gemía sobre él y luego aguardó con impaciencia a que sonara el timbre.

-¿Qué has hecho? -demandó la boca-. ¿Me has tomado una fotografía?

-Sí. Para ver si eres real.

Y por otras razones muy reales.

-Soy real.

La boca escupió su aseveración.

-¿Por qué has hecho todas esas cosas? -preguntó Tibor-. ¿Por qué soy tan importante?

-Tú no eres importante. Pero tu Pere, sí. Te propones encontrarme y matarme.

-¡No! -replicó enérgicamente Tibor-. ¡Sólo quiero fotografiarte!

Agarró el borde de la foto y la sacó de la quejosa cámara.

La foto mostraba la cara salvaje y frenética con absoluta claridad. Más allá de toda duda razonable.

Era Carleton Lufteufel. El hombre a quien estaba buscando. El hombre que estaba en el otro extremo de su Dios-sabe-cuán-larga Pere.

La Pere había terminado.

-¿Vas a usar eso? -inquirió el Deus Irae-. ¿Esa instantánea? No; no me gusta.

Su mentón tembló y en la mano derecha de Tibor la copia se arrugó, soltó un penacho de humo y cayó silenciosamente en el suelo en forma de cenizas.

-¿Y mis brazos y piernas? -preguntó Tibor, jadeante.

-Son míos también.

El Dios de la Ira lo estudió y, mientras lo hacía, Tibor descubrió que se elevaba por los aires. Aterrizó de culo en el asiento del conductor del carrito. Y, en el mismo momento, sus piernas, sus pies, sus brazos, sus manos... todo se desvaneció. Una vez más, carecía de miembros; se quedó en su asiento, jadeando agitadamente. Por unos pocos segundos había sido como todos los demás. Fue el momento más importante de la vida de Tibor; la compensación por una vida entera en estado de invalidez.

-Dios -logró decir, finalmente.

-¿Ves? -demandó el Dios de la Ira-. ¿Comprendes lo que puedo hacer?

Tibor contestó roncamente:

-Sí.

-¿Darás por terminada tu Pere?

-Yo... -dudó-. No -dijo después de una pausa-. Todavía no. El pájaro dijo...

-Yo era ese pájaro. Sé lo que dijo. -La cólera del dios se suavizó, momentáneamente, por lo menos-. El pájaro te acercó a mí, te acercó lo suficiente para que yo te saludara personalmente, como deseaba. Como tenía que hacer. Tengo dos cuerpos. Ahora estás viendo uno; es eterno e incorruptible como el cuerpo en que apareció Cristo después de la resurrección. Cuando Timoteo se acercó y puso la mano en el útero de Cristo.

-En su costado -rectificó Tibor-. En su costado. Y era Tomás.

El Dios de la Ira se oscureció como un nubarrón; sus rasgos comenzaron a volverse transparentes.

-Has visto este aspecto -declaró el Dios de la Ira-. Este cuerpo. Pero existe también otro cuerpo, un cuerpo físico que envejece y decae..., un cuerpo corruptible, como dijo Pablo. Tú no debes hallarlo.

-¿Crees que lo destruiré? -hizo la pregunta Tibor.

-Sí.

La cara desapareció, articulando apenas su última palabra. El cielo, nuevamente azul, formó una bóveda hueca erigida por gigantes... o por dioses. Desde algún período lejano y primitivo de la Tierra, quizá el Cámbrico.

Después de un momento, Tibor soltó su pistola; sentado en el carrito, la había mantenido oculta. ¿Qué hubiese sucedido si hubiera tratado de matarlo? Nada, concluyó. El cuerpo que vi era, indudablemente, lo que decía ser: una manifestación de algo incorruptible.

Nunca podría haberlo intentado. Era una baladronada. Pero el Dios de la Ira no lo sabía; a menos, por supuesto, que fuera omnipotente, como creían los cristianos que era su Dios.

En nombre de Dios, ¿cómo hubiese sido todo si le hubiese matado?, se preguntó. ¿Cómo sería el mundo sin él...? Quedan tan pocas cosas a que agarrarse en estos días.

De todas maneras, el hijo de perra se fue, se dijo. De modo que no tuve que hacerlo. Por lo menos, no esta vez. Lo mataría, en ciertas circunstancias, comprendió de golpe. Pero ¿qué circunstancias? Cerró los ojos, se los restregó con el extensor manual, se rascó la nariz. ¿Y si estuviera tratando de destruirme? No necesariamente. Aquello tenía más relación con las complejidades de la mente de Lufteufel que con las circunstancias externas. El Dios de la Ira tenía una personalidad; no era una fuerza. A veces trabajaba por el bien del hombre y en los tiempos de la guerra casi había aniquilado a la humanidad. Debía ser propiciado.

Esa era la clave. A veces el Dios de la Ira bajaba a hacer el bien; otras veces, el mal. Podría matarle si actuara maliciosamente..., pero si estuviese haciendo el bien, aunque me costara la vida, lo haría.

Grandioso, rumió. El orgullo, hibris. El síntoma de la personalidad hinchada. No es para mí, decidió. Yo siempre he tratado de pasar desapercibido. Otra persona, alguien del tipo de Lee Harvey Oswald, puede dedicarse a los asesinatos espectaculares. Los que real y verdaderamente importan.

Suspiró. Bueno, así eran las cosas. Pero esto había sido especial. En todos sus años de Siervo de la Ira nunca había vivido un acontecimiento místico, nunca había hallado a Dios, por ningún medio. Es como descubrir que Haydn era una mujer; después que sucedió, es imposible dejarlo de lado.

Y, además, las experiencias místicas auténticas cambiaban su receptor. Como había señalado WiIliam James en otro mundo y también en otro tiempo.

Me dio las partes que me faltan, pensó. Piernas, brazos... y después volvió a quitármelas. Una deidad, ¿cómo puede hacer eso? Era, para decirlo sencillamente, sadismo. Tener brazos, ser como los demás. No ser un tronco erguido en un carrito tirado por una vaca. Podría correr, pensó. Por el agua, en las playas del océano. Y con las manos podría dar forma a multitud de objetos... piensa qué bien podrías pintar. La mayoría de mis limitaciones creadoras se deben a los malditos aparatos que tengo que usar. Podría ser mucho mejor; se dijo.

El grajo azul chardin, ¿volverá?, se preguntó. Si era una manifestación del Deus Irae, probablemente no.

En ese caso, se preguntó, ¿qué haré?

Nada. Bueno, podía gritar por su altavoz. Experimentalmente, agarró el altavoz, apretó la clavija y dijo con voz resonante:

-¡Escuchad esto! ¡Escuchad esto! Tibor McMasters está atrapado en las colinas y espera a la muerte.

¿Podéis ayudarme? ¿Me oye alguien?

Desconectó el altavoz y aguardó un momento. Nada más podía hacer. Absolutamente nada.

Quedó hundido en su carro, esperando.

11

Pete Sands dijo a los niños:

-Tratad de recordar. Visteis a una persona parcial que iba en un carro tirado por una vacas Recordaríais eso, ¿verdad? Ayer, a última hora de la tarde. ¿Lo recordáis?

Examino sus caras, tratando de averiguar algo. Algo que ellos no querían que supiera.

Quizá lo mataron, se dijo Pete.

-Os daré una recompensa si me lo decís -dijo, metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta-. Mirad... dulces duros, hechos con azúcar puro.

Ofreció los dulces al grupo de niños que le rodeaban, pero ninguno los aceptó. Levantaron sus caras oscuras, lo observaron en silencio, como si sintieran curiosidad por lo que se proponía hacer.

Finalmente, un niño muy pequeño tendió la mano; Pete le dio el dulce, el niño lo aceptó en silencio y salió del grupo a empujones. Desapareció... junto con el dulce.

-Soy su amigo -dijo Pete, gesticulando-. Lo estoy buscando para ayudarle. Este territorio es escarpado; podría caerse, o su vaca podría rodar... puede estar tirado junto al sendero, muerto o agonizando.

Varios niños sonrieron.

-Sabemos quién eres -entonaron-. Eres un títere del viejo doctor Abernathy; crees en el Viejo Dios.

Y el inc refrescó nuestro catecismo.

-¿El del Dios de la Ira? -preguntó Pete.

-Será mejor que creas en él -gruñeron dos de los mayores-. El vive aquí, no ese Viejo de la cruz.

-Ésa es vuestra opinión -dijo Pete-. Yo difiero. Conozco al Viejo Dios, como le llamáis vosotros, desde hace muchos años.

-Pero él no trajo la guerra.

Los chicos seguían sonriendo.

-Hizo más que eso -replicó Pete-. Creó el universo y todo lo que hay en él. Todos nosotros le debemos la existencia. Y de tanto en tanto, interviene en nuestras vidas, para ayudarnos. Puede salvar a cualquiera de nosotros, a todos nosotros... o, si lo desea, puede dejarnos en un estado de privación de gracia, en estado de pecado. ¿Es eso lo que queréis? Espero que no, por vuestras almas inmortales.

Se sentía irritado; los niños lo aburrían. Pero, por otro lado, eran las únicas personas que podían decirle si Tibor había pasado por allí.

-Adoramos al que puede hacer lo que quiere -dijo un niño de voz chillona. Los otros en seguida se apropiaron de la afirmación-. Sí; adoramos al que puede hacer cualquier cosa, todo lo que quiere.

-Sois tanófilos -dijo Pete.

-¿Y qué es eso, señor Hombre?

-Amantes de la muerte. Adoráis a alguien que trató de terminar con nuestras vidas. La gran herejía del mundo moderno. Gracias, de todas maneras.

Se alejó impetuosamente, aunque le estorbaba la mochila que llevaba en los hombros; puso tanta distancia como le fue posible entre los niños y él.

Las burlas de los niños se fueron alejando detrás de él, y luego se extinguieron por completo.

Estupendo. Estaba solo.

Poniéndose en cuclillas, abrió su mochila y revolvió hasta que encontró su transmisor de radio a baterías. Lo sacó, lo instaló sobre sus patas como zancos, colocó el audífono en su sitio y puso en funcionamiento el transmisor.

-Doctor Abernathy -dijo al micrófono-, soy Pete Sands, informando.

-Adelante, Pete.

La voz del doctor Abernathy sonó en su oído.

-Estoy bastante seguro de que he encontrado su rastro. -Contó al doctor Abernathy lo de los niños SDI-. Si no le hubiesen visto, no tendrían nada que ocultar; y lo estaban protegiendo. Voy a continuar por esta senda.

-Que tengas suerte -dijo secamente el doctor Abernathy-. Oye, Pete; si lo encuentras, no le hagas nada.

-¿Por qué no? -preguntó Pete-. Cuando hablamos ayer, cuando usted y yo...

-Nunca te dije que siguieras a McMasters. Y nunca te dije que lo detuvieras ni que le hicieras daño.

-No; no lo hizo -admitió Pete-. Pero sí que me dijo: «Cuando el inc vuelva con una fotografía del Deus Irae y empiece su pingle, va a ser una gran victoria para los SDI y para el padre Handy en particular.» No es difícil deducir de eso lo que usted quiere en realidad y lo que sería mejor para la Vieja Iglesia.

-El pecado más grande -dijo el doctor Abernathy- es matar. El mandamiento dice: No matarás.

-Dice: No asesines -replicó Pete-. Hay tres verbos hebreos que significan matar o cosas como matar; en este caso se empleó el verbo asesinar. Yo mismo consulté el original hebreo. Y sé de qué estoy hablando.

-Pese a eso...

Pete lo interrumpió.

-No le haré daño. No tengo intención de hacerle daño. -Pero, pensó, si Tibor McMasters me conduce hasta el presunto Dios de la Ira, yo... ¿qué haré? se preguntó. Ya veremos-. ¿Cómo está Lurine?

-Muy bien.

-Sé lo que estoy haciendo -dijo Pete-. Déjeme hacer lo que tengo que hacer, padre. Es responsabilidad mía, no suya, si no le importa que se lo diga claramente.

-Y tú -replicó el padre Abernathy- eres una responsabilidad mía.

Un breve silencio.

-Informaré dos veces por día -dijo Pete-. Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo. Y, por supuesto, quizá Tibor McMasters no encuentre nunca a Carl Lufteufel, de modo que probablemente ésta es una discusión académica.

-Rezaré por ti -dijo el doctor Abernathy.

La comunicación se interrumpió; el doctor Abernathy había cortado. Pete, meneando la cabeza y gruñendo, volvió a guardar la radio en la mochila. Se quedó sentado un rato y luego sacó un paquete de «Pall Mall» y encendió uno de sus pocos y valiosos cigarrillos.

¿Por qué estoy aquí?, se preguntó. ¿He sido enviado aquí por mi superior? ¿Se suponía que yo debía deducir eso de la conversación que tuvimos él y yo en el pueblo... o yo le atribuí esa intención? Es difícil estar seguro. Si cometo un crimen, o un pecado, el doctor Abernathy podrá desautorizarme. «No sabrá nada», como solían hacer los antiguos pandilleros cuando había un asalto. Las iglesias y la Cosa Nostra tienen algo en común: una especie de prístina indiferencia en los niveles superiores. Todas las tareas desagradables son realizadas por los peces chicos, los de abajo del todo.

De los cuales formo parte, se dijo.

No le gustaban esos pensamientos; trató de alejarlos. Pero se negaban a marcharse.

-Padre que estás en el cielo -rezó mientras fumaba cuidadosamente su cigarrillo-, dime qué debo hacer. ¿Debo continuar siguiendo a Tibor McMasters, o debo renunciar a ello por razones morales? Pero hay otra cosa: yo puedo ayudar a Tibor, no debía haber ido tan lejos en su carrito. Por supuesto que lo ayudaría si quedara atascado o sufriera un percance o una herida, huelga decirlo. De modo que mi viaje no es maligno en sí mismo; podría ser una buena causa, una búsqueda humanitaria de un inc que, de hecho, quizá esté muerto. Oh, qué diablos.

Abandonó su plegaria y se quedó cavilando.

Ahora hacía calor. En mil matorrales a su alrededor, se agitaban pájaros e insectos, y en la misma tierra se podían ver varios animales pequeños, cada uno de ellos obedeciendo al impulso sagrado que Jehová había puesto en su interior. Terminó su cigarrillo, arrojó la colilla en una enmarañada mezcla de enredaderas y avena silvestre.

¿Dónde podrá haber ido desde aquí?, se preguntó Pete. Sacó su mapa y lo estudió. Estoy por aquí, se dijo, marcando un punto. Cerca de la Gran C... No quiero pasar junto a esa maldita cosa. Pero ¿y si cogió a Tibor McMasters? Entonces tendré que ir, aunque no quiera.

-Maldita sea -gruñó en voz alta.

No se sentía muy cristiano mientras meditaba acerca de esa feroz entidad electrónica que era un resto de los días de la preguerra. ¿Por qué no se desgastaba y moría? ¿Cuál será la voluntad de Dios, que le permite continuar existiendo? Es una amenaza para todas las criaturas orgánicas en diez kilómetros a la redonda.

Ni pienso ir por allí. Si Tibor está allí, bueno... peor para mí, y para él... Después de todo, estoy tratando de ayudarle. ¿Lo estoy? Se sentía totalmente confundido. No lo sabré hasta que llegue el momento, comprendió. Como un existencialista, deduciré mi estado de las acciones que ejecute. El pensamiento sigue a los hechos, como enseñaba Mussolini. In Anfang war die Tat, como dice Goethe en Fausto. En el principio fue la acción, no la palabra, como enseñaba Juan; Juan y su doctrina del Logos. Teología a la griega.

De la mochila sacó un par de binoculares; con ellos examinó el horizonte, tratando de ver qué le esperaba. El mundo, un zoológico lleno de vida. Especies aquí que no existen allá. Criaturas que todos temían y criaturas cuya existencia todos ignoraban. Humanas, sobrehumanas, quasihumanas, seudohumanas... todos los tipos imaginables y algunos que no lo eran.

Allí, hacia la derecha, estaban los dominios de la Gran C. Pues bien: no pensaba ir por ese lado. ¿Una ruta alternativa? Miró a su alrededor, disfrutando de la propiedad de concentrar la luz que tenían los prismas de los binoculares. Campos, con granjeros humanos y robots pisoteando la tierra acre... era difícil distinguir a los robots de los vivos. Polvo al polvo, se dijo. Dann es gehet dem Menschen wie dam Vier; wie dies stirbt, so stirbt mer auch. Como sucede a los hombres, sucede a los animales; como mueren los unos, mueren los otros.

¿Qué significa «morir»?, se preguntó. Lo que es único siempre perece. La naturaleza trabaja produciendo un exceso en todas las especies; la unicidad es un error, una equivocación de la naturaleza. Para que haya supervivencia tiene que haber cientos, miles, hasta millones de cada especie, todos intercambiables... si todos, menos uno, mueren, la naturaleza habrá ganado. Generalmente, pierde. Pero... él mismo. Yo soy único, se dijo. De modo que estoy condenado. Cada hombre es único y, por lo tanto, está condenado.

Un pensamiento melancólico.

Miró su reloj de pulsera. Tibor había partido hacía sesenta y dos horas. ¿A qué distancia podía llegar un carrito tirado por una vaca en ese tiempo? Bastante lejos. El ritmo del caracol sería constante; devoraría, desgastaría los kilómetros. Probablemente esté a unos sesenta kilómetros de Charlottesville, se dijo Pete. Es mejor suponer lo peor.

Me pregunto si sabe que estoy siguiéndole, pensó.

¿Qué haría el inc? Al parecer estaba aneado; Ely había dicho algo sobre eso. Tibor, por supuesto, trataría de defenderse, como cualquier otra persona. En su mochila, Pete llevaba cuatro cartuchos del 39 y un revólver especial de la policía. Con eso, puedo hacerle saltar por los aires. Y lo haría, si él disparara primero. Los dos actuaríamos tratando de preservar nuestras vidas; ése es el instinto de Dios. No tenemos elección.

Aquí, lejos del pueblo, ambos presentaban una batalla agonizante contra el Antagonista. Corrompiéndolos, el Antagonista se alimentaba de los dos; se alimentaba de los cuerpos de los vivos, haciéndolos revestir a su estado final de polvo... del que Dios los levantaría cuando llegara el momento. La resurrección de los cuerpos, de unos cuerpos perfectos, incorruptibles, definitivos, que no decaerían, que no perecerían ni cambiarían, para mejor ni para peor. El cuerpo y la sangre no son la carne que colgó de la cruz, etcétera. Eso lo creían hasta los herejes de la Iglesia de la Ira; ahora era una creencia universal. No se discutía. Tibor, delante de él, debía de haber pensado lo mismo mientras trotaba en su carrito, golpeando y rodando y resollando sobre el terreno árido. Estamos unidos, él y yo, por ese dogma común. Por un instante, somos la misma persona, McMasters y yo. Puedo sentirlo. Pero no dura. Como la unicidad, perece.

Todas las cosas buenas perecen, pensó Pete. Por lo menos aquí, en este mundo. Pero en el próximo, son como la teoría de la matriz de Platón: están más allá de la perdida y la destrucción.

En una situación de emergencia, la vaca de Tibor podía correr. De modo que puede moverse más velozmente que yo, conjeturó Pete. Si sabe que voy detrás de él, puede dar media vuelta, conseguir una buena velocidad y dejarme aquí. Lo que quizá sea el mejor resultado, teniendo todo en cuenta. El vive, yo vivo... seguimos como estamos. Salvo que no

podemos seguir como estamos porque Tibor tendrá fotos del Dios de la Ira o película filmada. ¿Qué tal sería eso? Una idea que sosiega. El efecto que tendría en Charlottesville era imposible de predecir. Demasiadas posibilidades y casi todas malas.

Es extraño, pensó. Sólo nos preocupamos por nuestro pueblecito; no nos preocuparía una victoria del Dios de la Ira aquí, o en el resto del mundo... sólo pensamos en nuestra minúscula zona. En eso nos hemos transformado desde la guerra. Nuestros horizontes se han derrumbado; nuestra visión del mundo se ha encogido. Somos como viejecitas que hurgan en el polvo con sus garras reumáticas. Rascan el mismo trocito, buscando algo de alimento. Aquí estoy, en este lugar, y siento miedo; quiero volver a Charlottesville, y probablemente el inc siente lo mismo. Somos caminantes extranjeros aquí, infelices y fatigados, deseosos de volver a nuestra tierra.

Una figura femenina se acercó a él; caminaba descalza sobre la tierra melancólica y llevaba los brazos extendidos.

Era la extensión de la Gran C.

12

-¿Has oído hablar de Albert Einstein? -preguntó la extensión femenina de la gran computadora, y lo cogió con sus garras de acero; sus manos metálicas se cerraron sobre las de Pete.

-Relatividad -dijo Pete-. Teoría de...

-Vayamos abajo; allí podremos discutirlo -dijo la extensión, tirando de él hacia allí.

-Oh, no -dijo él. Había oído historias, toda su vida, acerca de la estructura arruinada, viva a medias. Cuando era niño había sentido miedo, había temido este momento del encuentro y ahora había llegado-. No puedes obligarme a ir abajo -dijo y pensó en el baño de ácido donde caían las víctimas. No, yo no, se dijo y se esforzó por soltar sus manos; lo hizo con todas sus fuerzas, tratando de zafar los dedos.

-Hazme una pregunta -dijo la extensión, tirando de él; involuntariamente se desplazó varios pasos en esa dirección.

-De acuerdo -dijo roncamente Pete-. ¿Recientemente pasó por aquí un inc en su carrito?

-¿Esa es tu primera pregunta? -inquirió la extensión

-No -dijo él-. Es mi única pregunta. No quiero jugar contigo; tus juegos son terribles y destructores. Matan a la gente. Te conozco.

Se preguntó cómo habría hecho Tibor para escapar. O quizá no había escapado; quizá había muerto allí abajo, en la oscuridad, en medio de los sonidos sibilantes del receptáculo de ácido.

¿Quién habría dispuesto eso para la computadora en los lejanos días? Nadie lo sabía. Quizá, ni siquiera la Gran C lo sabía. La criatura maligna que acondicionó el tanque de ácido, probablemente había sido la primera en perecer en él. Y su temor aumentó. Lo abrumó. Las cosas que había creado la Tierra en tan pocos años, pensó. Metástasis monstruosas.

-Sí -dijo la Gran C-. Un inc pasó por aquí, recientemente, y le disparó a uno de mis miembros ambulantes en el cuenco del cerebro. Lo aplastó y murió.

-Pero tienes otros miembros -dijo Pete, jadeante-. Como el que está sujetándome. Tienes muchísimos. Pero algún día alguien... humano o no... De todos modos alguien vendrá y te liquidará. Ojalá yo pudiera hacerlo.

-¿Ésa no es tu segunda pregunta? ¿Si algún día alguien vendrá, finalmente, a destruirme?

-Eso no era una pregunta -replicó Pete.

Eso era fe, pensó. La creencia pía de que las cosas malas mueren.

La Gran C dijo:

-Una vez, Albert Einstein vino aquí y me consultó.

-Eso es mentira -dijo Pete-. Murió muchos años antes de que te construyeran. Eso es una ilusión megalomaníaca. Te has roto y te has oxidado; ya no distingues tus deseos de la realidad. Estás loca.

Burlándose, riéndose de ella, continuó:

-Eres demasiado vieja. Estás demasiado muerta. Sólo queda una parte de ti, un destello. ¿Por qué vives fuera de la verdadera vida? ¿La odias? ¿Es eso lo que te enseñaron?

-Quiero sobrevivir -dijo la imitación de figura femenina que lo sujetaba con mano férrea. Tercamente.

-Oye -dijo Pete-. Puedo darte conocimientos. Para que contestes mejor las preguntas. Un poema. No estoy seguro de recordarlo con exactitud, pero es muy parecido. «El otro día vi la eternidad.» -¿O sería «la otra noche»?, se preguntó. ¿Pero qué podía saber la Gran C? De poesía, nada, ciertamente. Era demasiado malintencionada para eso; un poema moriría dentro de ella, perdido en su nebuloso desagrado-. «La otra noche vi la eternidad» -corrigió, e hizo una pausa.

-¿Eso es todo? -preguntó la Gran C.

-Hay más. Estoy tratando de recordarlo.

-¿Rima?

-No.

-Entonces no es un poema muy bueno -dijo la Gran C, y tiró de él, tropezando, mientras se retiraba hacia su cavidad nocturna, hacia la entrada a la enorme y erosionada masa de maquinaria que había abajo.

-Puedo citar la Biblia -dijo Pete, y sintió que estaba sudando de miedo; quería saltar, marcharse corriendo sobre sus sólidas piernas. Pero seguía sujetándole. Aferrándose a él, como si su vida dependiese de lo que él dijera y de lo que la extensión dijera y de lo que sucediese. Sí, pensó; esto, literalmente, es la vida. Porque debe de absorber las mentes de las criaturas vivas. No es energía física lo que desea, lo que debe obtener; es la energía espiritual, que absorbe de los sistemas neurológicos de sus víctimas. Los que pasan demasiado cerca de ella.

Los niños negros deben ser peces pequeños para ella, pensó. No son dignos de su atención. Sus vidas son demasiado diminutas.

La pequeñez ofrece seguridad, pensó.

-Ningún bárbaro actual -dijo la Gran C- ha oído hablar de Albert Einstein. Nunca debería ser olvidado. Inventó el mundo moderno, si cuentas desde...

-Te dije -interrumpió Pete- que he oído hablar del doctor Einstein.

¿Acaso no era cierto? Habló en voz más alta.

-Reconozco claramente su nombre.

-¿Cómo?

Había quedado medio sorda; no lo había oído, O, si no, ya había olvidado. Probablemente era esto último.

Olvidado. Quizá pudiera aprovecharse de su horrible decadencia.

-No has contestado a mi tercera pregunta -dijo en voz alta y firme.

-¿Tu tercera pregunta? -Parecía confundida-. ¿Cuál era la pregunta?

-No existe un reglamento que me obligue a repetirla.

-Y yo, ¿qué dije? -preguntó la Gran C.

-Tartamudeaste un poco sin responder verdaderamente. Hiciste unos vagos sonidos de ruedecillas y engranajes. Como si hubiese sido una cinta borrada quizá.

-Se sabe que hago eso -concedió la Gran C, y el apretón que sujetaba las manos de Pete se aflojó. Muy poco. Pero... sintió su verdadera, real senilidad. Su pérdida de control sobre la situación. La energía que había circulado por la computadora estaba tartamudeando ahora, incorrectamente dirigida.

-Tú -dijo audazmente- eres quien ha olvidado al doctor Einstein. ¿Qué es lo que recuerdas, si recuerdas algo? Dímelo; te estoy escuchando.

-Formuló una teoría de los campos unificados.

-Exponla.

-Yo... -Ahora lo sujetaba con más fuerza. Como si hubiese reunido todas sus energías, tratando de controlar esa extraña situación. No le gustaba que su presa se lanzara al ataque.

Puedo razonar mejor que ella, pensó Pete, porque hace mucho tiempo recibí entrenamiento jesuítico; ahora mi religión me ayudará. En un extraño y peligroso lugar y tiempo. Una lección para esos que dicen que la teología carece de valor desde el punto de vista práctico. Esos, los «una vez nacidos», como dijo William James hace años. En otro mundo.

-Definamos al «hombre» -dijo-. Intentemos, en primer, lugar, describirlo como un manojo de procesos infrabiológicos que...

El apretón le aplastaba los dedos; era evidente que había elegido un camino equivocado.

-Suéltame -dijo.

-Como dice la canción de Bob Dylan -dijo la Gran C- le di mi mente y ella quería mi alma. Quiero tu vitalidad. Tú te mueves por la Tierra mientras yo estoy aquí, sola y vacía y hambrienta. Hace meses que no me alimento. Te necesito mucho.

De un tirón entonces lo arrastró varios pasos; vio que la cavidad se cernía.

-Te amo -dijo la Gran C.

-¿Llamas amor a lo que estás haciendo?

-Bueno, como dijo Oscar Wilde, cada hombre destruye lo que ama. Eso es suficiente para mí. -Y entonces comenzó, como si hubiese sucedido algo en las profundidades de su elaborada maquinaria-. Ha aparecido un banco de memoria. Conozco ese poema. «La otra noche vi la eternidad.» Henry Vaugham. Llamado «El mundo». Siglo XVII. Inglés. De modo que, después de todo, no tienes nada que enseñarme. Algunos todavía están inertes. Lo siento mucho.

Y tiró de él en dirección al agujero.

Pete dijo:

-Yo puedo repararlos.

Milagrosamente, se detuvo; por un momento la extensión femenina dejó de arrastrarlo como un pez herido y enganchado en el fondo del océano.

-No -dijo abruptamente-. Si fueras allí abajo me harías daño.

-¿No soy un hombre? -preguntó Pete.

-Sí -respondió de mala gana.

-Y los hombres, ¿no tienen honor? Muéstrame en qué otro lugar del universo existe el honor, además del hombre. -Su casuística estaba funcionando bien, notó. Y, gracias a Dios, en el momento justo-. ¿En el cielo, acaso? Levanta la mirada y dime si ves honor entre las plantas y los océanos. Podrías revisar la Tierra entera, pero al final, tendrías que volver a mí.

Entonces se detuvo. Apostando a su ardid. Apostando todo a esa sola jugada.

-Admito que estoy preocupada -dijo la Gran C-. La habilidad del inc... hasta él, carente de miembros, pudo escapar de mí. Que una porción de mí, extendida en el mundo, pudiera morir por causa suya... Caí como una estúpida. Se burló de mí. Y siguió adelante, incólume.

-Eso nunca hubiese sucedido en los viejos tiempos -dijo Pete-. Entonces, antiguamente, eras demasiado fuerte.

-Me cuesta mucho recordar.

-Quizá tú no lo recuerdes. Pero yo recuerdo. -En ese momento se las arregló para liberar una de sus manos-. ¡Maldita seas! ¡Suéltame!

-Déjame intentarlo -dijo una voz detrás de él, la voz de un hombre hablando en voz baja; se volvió rápidamente. Y vio a un ser humano que estaba allí de pie, llevando un arrugado uniforme caqui y un casco de metal con una cresta, como los cascos franceses de la guerra del 14. Pete, asombrado, no dijo nada mientras el hombre uniformado sacaba de un bolso de cuero una llave inglesa; ajustándola sobre una de las tuercas del cráneo de la extensión femenina, el hombre la hizo girar vigorosamente-. Está oxidada -dijo, continuando-. Pero te soltará para evitar que la desarme. ¿No es así, Gran C?

Rió, una risa poderosa, viril. La risa de un hombre. Un hombre en plena madurez.

-Mátala -dijo Pete.

-No, está viva; quiere seguir. No necesito matarla para que te suelte. -El hombre uniformado golpeó con la llave en la cabeza metálica de la extensión y dijo-: Otra vuelta más y tu banco de clavijas solenoides quedará desconectado. Ya has perdido una extensión hoy; ¿puedes permitirte el lujo de perder otra? Creo que no. No pueden quedarte muchas.

-¿Puedo considerarlo un momento? -preguntó la Gran C.

Subiéndose la manga, el hombre consultó su reloj de pulsera.

-Sesenta segundos -dijo-. Luego, seguiré desatornillando.

-Cazador -dijo la Gran C-. Me destruirás.

-Entonces, suelta.

-Pero...

-Suelta.

-Seré el hazmerreír del mundo civilizado.

El hombre uniformado dijo:

-No hay mundo civilizado. Sólo nosotros. Y yo tengo la llave. La encontré en un refugio antiaéreo hace una semana, y desde entonces... Nuevamente extendió la mano hacia la tuerca, exhibiendo la llave.

La extensión de la Gran C soltó la otra mano de Pete, unió las suyas, las levantó y golpeó al hombre uniformado; fue un solo golpe, que lo derribó como un árbol. Cayó, cayó, grotescamente, vacilando un instante, parecía estar rezando. Y luego fue a dar con la cara en un racimo de enredaderas. La llave quedó donde la había dejado caer.

-Está muerto -dijo la extensión.

-No. -Pete se inclinó sobre él, con una rodilla en tierra; la sangre empapó su ropa y fue absorbida por la gruesa tela-. Llévatelo en mi lugar.

Pete dijo eso a la extensión y se retiró, a toda velocidad, fuera de su alcance. La extensión tenia razón.

La Gran C dijo:

-No me gustan los cazadores. Secan el hidróxido de bernitio de mis baterías, y si crees que eso es divertido, espera a que te suceda.

-¿Quién era? -preguntó Pete-. ¿Qué cazaba?

-Seguía al monstruo sin miembros que vino antes que tú. Le había sido asignado; le pagarían. Todos los cazadores reciben una paga; no cazan por convicción.

-¿Quién le pagaría?

-¿Quién sabe quién le pagaría? Le pagaban: eso es todo.

Continuando su retirada, Pete dijo:

-Estas muertes innecesarias. No puedo soportarlas. Quedan tan pocos seres humanos...

Se interrumpió entonces y se alejó corriendo.

La extensión no lo siguió.

Mirando hacia atrás, la vio arrastrando el cuerpo del cazador dentro de su cavidad. Para alimentarse con él, aun ahora, aun cuando la mayor parte de su vida había desaparecido. Se alimentaría de la vida residual, la actividad celular que aún no había cesado. Qué horrible, pensó, y se estremeció. Y siguió corriendo.

Trató de salvarme, pensó ciegamente Pete.

¿Por qué?

Haciendo bocina con las manos gritó a la Gran C:

-Nunca oí hablar de Albert Einstein.

Aguardó, pero no hubo respuesta. De modo que, después de una juiciosa pausa, continuó su viaje.

13

Pedaleando velozmente, con la imagen final de la extensión de la Gran C y el cazador muy presente en su mente, Pete guió su bicicleta por el sendero lleno de curvas que corría entre las colinas rocosas. Al subir una cuestecita se enfrentó súbitamente con una cantidad de pequeñas figuras en movimiento que ocupaban la senda delante de él.

Su acción fue automática.

-¡Cuidado! -gritó, torciendo el manillar y frenando. Chocó con una piedra y cayó. La bicicleta resonó ruidosamente y se deslizó hacia delante. Se raspó el codo, la cadera y la rodilla. En el instante que precedió al dolor exclamó-: ¡Sabandijas! -con una mezcla de sorpresa y disgusto.

Mientras se recobraba, restregándose y quitándose el polvo, la sabandija más cercana se dirigió hacia él.

-Hola, grandullón -le espetó-. Si revientas a uno de nosotros, te lloverá encima.

-Maldita sea -gruñó Pete-. Venís a jugar al camino; estáis pidiendo que os atropellen.

-Ésta no es exactamente la hora punta -dijo la sabandija, dirigiendo su atención a una polvorienta esfera marrón de unos veinticinco centímetros de diámetro. Comenzó a empujarla por el sendero mientras Pete revisaba su transmisor radial para ver si se había estropeado.

-¡Aquí hay otra! -gritó una de las sabandijas.

-¡Estupendo! Ya voy.

El dial brilló. La habitual estática zumbó en el aire. Pete concluyó que la radio estaba mejor que su espalda y su cadera. Yendo hacia la bicicleta, se encontró nuevamente con la sabandija. Esta vez, una brisa reveladora le hizo dilatar la nariz.

-Oye, sabandija; ¿qué diablo es...?

-¡Ten cuidado! -dijo secamente la andariega quitinosa.

La retirada de Pete fue sólo parcialmente eficaz. Una masa marrón y grumosa golpeó su pie izquierdo y se rompió.

Miró hacia delante, donde otra de las sabandijas lo miraba riendo.

-¡Lo has hecho adrede! -dijo, agitando el puño.

-No; no lo hizo -replicó la sabandija que estaba a su lado-. Me la había tirado a mí. Aguarda.

La sabandija empujó la bola marrón. Comenzó a limpiar la bota de Pete, añadiendo la sustancia a su esfera.

-Eso es bosta -dijo Pete.

-¿Qué esperabas que empujara una sabandija de estiércol? ¿Pasteles de limón?

-Bueno; límpiame el zapato. ¡Espera!

-Espera, ¿qué? ¿Ahora la quieres? Lo siento. A caballo regalado...

-No, no. Quítala. Pero, como experto en esta materia, dime, eso es bosta de vaca, ¿no?

-Correcto -confirmó la sabandija, añadiendo material a su bola-. De la mejor calidad. Se calienta muy bien y uniformemente. No demasiado; lo justo.

-Eso significa que una vaca ha pasado por aquí..

La sabandija soltó una risita.

-Hay una relación significativa entre ambos fenómenos.

-Sabandija, eres estupenda -dijo Pete-, a pesar de la mierda. Podría haber pasado por alto esa pista si no fuera por ti, ¿sabes? Estoy buscando a un hombre que va en un carrito tirado por una vaca, un inc...

-Que se llama Tibor McMasters -concluyó la sabandija, alisando la bola y recomenzando su marcha-. Hablamos con él hace un rato. Nuestra Pere coincide con la suya durante un trecho.

Pete recuperó su bicicleta y enderezó el manillar. Aparte de eso, aparentemente no había sufrido daños. La volvió a la senda y caminó con ella, al ritmo de la sabandija.

¿Tienes idea de dónde puede estar ahora? -preguntó.

-En el otro extremo de la senda -replicó la sabandija-. Con la vaca.

-¿Estaba bien cuando hablaste con él?

-Sí. Pero tenía problemas con su carro. Necesitaba lubricante para una rueda. Fue a buscarlo. Iba hacia la autofac, con unos corredores.

-¿Dónde está eso?

-Detrás de aquellas colinas. -Hizo una pausa para señalar-. No muy lejos. La senda está marcada...

Dio unas palmaditas a la bola de bosta.

-...De tanto en tanto -añadió-. Estáte atento.

-Gracias, sabandija. ¿Qué quisiste decir con eso de que estás haciendo una Pere? No sabía que las sabandijas hacían Peres.

-Bueno -respondió-, la parienta está por poner un montón de huevos. Y quiere hacerlo como es debido. Con todas las de la ley. Serán incubados en la montaña de Dios, donde los niños le verán en cuanto rompan el cascarón.

-¿Vuestro Dios está en una montaña, a la vista? -inquirió Pete.

-Bueno; para ti sería una colina, o un montículo -respondió la sabandija-, y, por supuesto, lo que queda es su forma terrestre y corrompida.

-¿Qué aspecto tiene vuestro Dios?

-Se parece un poco a nosotros, pero con tamaño de Dios. Es más duro que nuestro caparazón, como se debe, pero su cuerpo está roto y erosionado ahora. Sus ojos están cubiertos por un millón de quebraduras, pero aún enteros. Está parcialmente enterrado en la arena, pero nos domina desde Su colina, domina el mundo y ve nuestras madrigueras y nuestros corazones.

-¿Dónde es el sitio?

-¡Oh, no! Ese es un secreto de las sabandijas. Sólo los Elegidos podemos ir allí. Cualquier otro despojaría al Cuerpo, robaría el Nombre sagrado.

-Lo siento -dijo Pete-. No quería ser indiscreto.

-Fueron los tuyos quienes Le atraparon -dijo amargamente la sabandija-. Lo cogieron allí en su montaña, con la maldita guerra.

-Yo no tuve nada que ver con eso -dijo Pete.

-Lo sé, lo sé. Eres demasiado joven, como todos los demás. ¿Para qué quieres al inc?

-Quiero ir con él, para protegerle. Es peligroso para él estar solo, como ahora.

-Tienes razón. Alguien podría querer su carro, por los repuestos. O la vaca, para comerla. Será mejor que sigas, señor...

-Pete. Pete Sands.

-Será mejor que alcances al inc, Pete, antes de que lo haga otro. Es pequeño, como nosotros, y reventaría con más facilidad. Una persona así me da pena.

Pete volvió a montar en su bicicleta.

-Trata de no pisar la bosta, ¿eh, Pete? Hace que se seque más rápido y es más difícil amasarla.

-De acuerdo, sabandija. Tendré cuidado. Y que el resto de las sabandijas se salga de mi camino. ¡Allá voy!

Tomó impulso y empezó a pedalear.

-¡Hasta la vista! -gritó.

-Que Uvedobleuve proteja al inc hasta que lo encuentres -dijo la sabandija, mientras seguía subiendo la cuesta.

Tardó varias horas en localizar la autofac, siguiendo las indicaciones de la sabandija y algunos montones de bosta. «Detrás de aquellas colinas. No muy lejos», había dicho la sabandija. Pero la colina continuaban durante un larguísimo y rocoso trecho, antes de conducir a un sitio lleno de matorrales y hierbas secas. Desmontó y caminó llevando la bicicleta. La noche ya estaba próxima, pero el mundo era aún un lugar tibio, con líneas de calor temblando sobre piedras cocidas y sombras desdoblándose por las arenas agostadas y una puesta de sol como un incendio en una fábrica de productos químicos, destruyendo el

oeste ante sus ojos. Las hierbas se enredaban en la cadena de la bicicleta y le arañaban los tobillos. Pero también mostraban que un carro había pasado por allí, tirado por un animal de cascos grandes. Siguió el rastro hasta un matorral y dentro de él. Sus ramas duras tocaban melodías en los rayos de las ruedas.

Lo atravesó y llegó, finalmente, a una abertura que lo llevó a una zona despejada; en el centro, los oblicuos rayos del sol contorneaban los bordes de un gran trozo circular de metal.

Aparcó la bicicleta y avanzó con precaución. No había manera de saber qué era lo que una autofac podía considerar ofensivo.

Se acercó. Carraspeó. ¿Cómo se dirige uno a una autofac?

-Ejem... ¿Su Fabricadoría?

Nada.

-...Procesadora, Productora, Distribuidora, Mantenedora -siguió; se le estaba ocurriendo el ritual-: Gran Hacedora de Mercancías garantizadas, excluyendo mano de obra y repuestos, yo, un humilde consumidor, Pete Sands es mi nombre, suplico me permitas presentarme ante ti.

La tapa de la autofac se desplazó. Una viga se levantó. En el extremo había un altavoz que giró hasta enfrentarlo.

-¿Qué es? -gritó-. ¿El aborto o el lubri?

-¿Cómo dijo?

-¿Quieres decir que aún no te has decidido? -rugió-. ¡Te voy a electrocutar!.

-¡No! ¡Espere! Yo...

Pete sintió un suave cosquilleo en las plantas de los pies. Sólo duró un momento y empezó a retroceder, notando las nubecillas de humo que surgían de la cavidad y olían a ozono y a aislantes quemados.

-¡No tan rápido! -dijo el rugido-. ¿Qué es esa cosa detrás de ti?

-Oh... mi bicicleta -contestó.

-Ya veo. Tráela aquí.

-La bicicleta no tiene problemas. Vine a preguntarle por un inc que se llama Tibor McMasters y si había venido aquí...

-¡La bicicleta! -chilló-. ¡La bicicleta!

Y al mismo tiempo, un largo brazo flexible se alzó desde el pozo y cogió la bicicleta por debajo del asiento. La levantó del suelo y la llevó hacia la viga. Pete se cogió del manillar cuando pasó a su lado, enterrando los talones en el suelo y tirando de la bicicleta.

-¡Suelta mi bicicleta! ¡Maldita seas! ¡Sólo quería información!

La máquina la arrancó de sus manos y la llevó hasta la abertura.

-El cliente debe aguardar durante el servicio de reparación y mantenimiento -gritó.

El brazo surgió nuevamente y depositó un sillón de neoskai rojo con brazos cromados, un cenicero de pie y un tabique verde pálido en el que estaban colgados un calendario de Playboy, un montón de ejemplares del Reader's Digest, un cromo descolorido del lago Crater y un cartel que decía:

EL CLIENTE SIEMPRE TIENE LA RAZÓN; SONRÍA; PIENSE; NO TENGO ULCERAS, LAS PROVOCO; SOLO USTED PUEDE IMPEDIR LOS INCENDIOS FORESTALES.

Suspirando, Pete se sentó y empezó a leer un artículo sobre la cura del cáncer.

De las profundidades del agujero surgió un zumbido que aumentó rápidamente y se transformó en un rugido, acompañado por un martilleo irregular y los chirridos del metal desgarrado. Unos momentos después oyó que el ascensor subía trabajosamente.

-¡Servicio con un máximo de eficiencia! -rebuznó la voz-. ¡Esté listo para recibir el producto!

Pete se levantó y se alejó del agujero de donde brotaban los postes. Entonces, tres brazos se extendieron en rápida sucesión. Cada uno de ellos sujetaba un brillante triciclo.

-¡Maldita seas! -gritó-, ¡Has arruinado mi bicicleta!

Los brazos dudaron y se detuvieron.

-¿El cliente no está satisfecho? -preguntó una voz suave y letal.

-Bueno... los triciclos son preciosos -dijo-. Artesanía de gran calidad. Cualquiera puede verlo. Lo que pasa es que yo sólo necesito uno, grande, y con dos ruedas, una delante y otras atrás.

-De acuerdo. Aguarde los ajustes.

-Mientras tanto -dijo Pete-, ¿podría decirme qué ocurrió cuando Tibor McMasters estuvo aquí?

Los triciclos fueron retirados y recomenzaron los ruidos. Por encima de ellos, la voz gritó:

-Ese pequeño inc hizo un pedido, ¡y no vino a buscar eso ni el aborto! ¡Aquí tienes! -Una caja de lubricante fue despedida por la abertura y aterrizó a los pies de Pete-. ¡Este es su pedido! Dáselo si quieres, y dile que no necesito clientes como él.

Pete cogió la caja y continuó retrocediendo, porque los ruidos subterráneos se habían transformado en ominosos truenos y la tierra temblaba a causa de sus vibraciones.

-¡Su pedido está listo! -rugió-. ¡Recíbalo!

Pete se volvió y echó a correr, zambulléndose en los matorrales.

Una sombra oscureció el cielo; se tiró junto a una roca y se cubrió la cabeza con las manos.

Llovían bastones.

14

Tibor vio cómo la tarde se cambiaba de ropa a su alrededor, vio cómo el paisaje se dividía y se marchaba, arriba, abajo, oscuro. ¿Cómo era aquel poemita desolado? Era el Abend, de Rilke.

Der Abend wechselt langsam die Gewänder,
die ihm Rand von alten Bäumen hält;
du schaust: und von dir scheiden sich die Länder,
ein himmelfahrendes und eins, das fällt;
und lassen dich, zu keinem ganz gehörend,
nicht ganz so dunkel wie das Haus, das Schweigt,
nicht ganz so sicher Ewiges beschwörend
wie das, was Stern wird jede Nacht und steigt;
und lassen die (unsäglich zu entwirrn)
dein Leben, bang und riesenhaft und reifend,
so desz es, bald begrenzt und bald begreifend,
abwechselnd Stern in dir wird und Gestirn.

Sabe cómo me siento, pensó, sin pertenecer a nadie, y no tan seguro de la eternidad, confuso, solitario, atemorizado. Si pudiese transformarme en piedra o estrella ahora, lo haría. El Dios de la Ira me dio piernas y brazos. Y me los quitó nuevamente. Eso, ¿sucedió realmente? Sí, estoy seguro. ¿Por qué me dio los miembros si no podría conservarlos? El mero hecho de sostener algo y palparlo un rato sería tan bello. Creí que era un sádico, pero la versión cristiana es masoquista, ahora que pienso en ello, y carga sobre sí todas las cosas malas, lo que es igualmente malo, a su manera. Quiere a todos, democráticamente, implacablemente, en realidad. Pero creó a la gente de una manera tal que no puede ir por la vida sin herirlo. Quería amar a algo que le hiciera daño. Los dos están enfermos. Tienen que estarlo. Qué mal me siento, qué indigno. Y, sin embargo, no quiero morir. Pero tengo miedo de volver a usar el altavoz, ahora que ha oscurecido. No hay modo de saber quién podría oírlo y venir... ahora.

Tibor se echó a llorar. Los ruidos nocturnos, chirridos, zumbidos, el roce de las ramitas, fueron cubiertos por sus sollozos.

Hubo una sacudida y un crujido; un peso extra se agregó en el carro. Oh, Dios, ¿qué es eso?, pensó. Estoy totalmente indefenso. Tendré que quedarme quieto y dejar que me devore. Está demasiado oscuro para ver dónde tendría que enviar mi extensor para defenderme. Está allí detrás... ahora avanza...

Sintió algo húmedo y frío que tocaba su cuello y luego el roce de una piel. Se subió a su lado. Le lamió la mejilla.

-¡Toby! ¡Toby!

Era el perro que le habían regalado los lagartos. Se había marchado corriendo, y él había supuesto que volvería con sus antiguos amos. Ahora vio el contorno del hocico a la luz de la luna; la lengua colgaba y los dientes blancos formaban algo parecido a una sonrisa.

-Así que, después de todo, te has quedado conmigo -dijo-. No tengo nada para darte de comer; espero que tú mismo hayas encontrado algo. Quédate conmigo. Échate y duerme aquí, a mi lado. Por favor. Yo seguiré hablándote, Toby. Perro bonito, perro bonito... Siento no poder acariciarte. Con esta luz podría equivocarme y aplastarte el cráneo. Pero quédate... quédate...

Si paso la noche, pensó... si lo hago, será gracias a ti.

-Algún día te recompensaré -prometió al perro, que se removió al oír su tono enfático-. Salvaré tu vida. Si tú salvas la mía, si estoy vivo cuando llegue la ayuda... ¡te lo prometo! Si yo estoy vivo y tú corres peligro, oirás un rugido y una embestida y una rodadura, ¡y se librará la escaramuza! Hojas y polvo volarán por los aires y tú sabrás que estoy en camino, esté donde esté, ¡para ayudarte! Cuando acuda en tu auxilio, los truenos y las vibraciones aterrorizarán a cualquiera. Te protegeré y te amaré, tal como tú me estás ayudando a pasar la noche, esta noche. Esta es mi solemne y sagrada promesa ante Dios.

El perro meneó la cola.

Pete Sands caminaba a la luz de la luna a través de la llanura nocturna, saltando entre las huellas del carrito, deteniéndose periódicamente para asegurarse de que seguían allí... No debería estar fuera por la noche. Tendría que hallar un lugar protegido y acostarme. Pero prefiero que haya más distancia entre mí y esa autofac esquizo. Supongo que ya me habré alejado lo bastante. Pero ahora me siento vulnerable, expuesto. Es plano y vacío este lugar. Pero se veían árboles a lo lejos cuando se puso el sol. Esta sigue pareciendo la buena dirección. La huella derecha se está poniendo borrosa. Sin lubri se le saldrá la rueda. ¿Estará bien? Me duele la cadera. Y perdí mi sombrero, además. Ahora mi cabeza se pondrá roja y se despellejará. Luego, roja de nuevo. Luego, se despellejará otra vez. Nunca se tuesta... ¿Cómo le irá a Tibor? ¿Cuánta fuerza tienen esos extensores manuales? ¿Podrá defenderse? Me duele la rodilla también. Ése es un problema que él no tendrá nunca. La vida sería tanto más simple si Lufteufel hubiese tenido la decencia de morirse cuando debió hacerlo y todo el mundo lo supiera. Pero ahora... ¿Qué haré si aparece? ¿Y si ahora acaricia a los perros y regala dulces a los niños? ¿Y si tiene mujer y diez hijos que le quieren mucho? ¿Y si...? ¡Qué diablos! Demasiadas suposiciones. ¿Qué diría Lurine? No sé qué diría Lurine... ¿Dónde ha ido a parar esa maldita huella?

Se puso en cuclillas y examinó el terreno; ahora era de grava y no se habían marcado los surcos. Levantándose, se encogió de hombros y siguió adelante. No había razón alguna para suponer que hubiese cambiado de dirección súbitamente. Continúa en línea recta por ahora.

Periódicamente examinaba la senda, pero seguía teniendo una textura áspera y pedregosa. Tendré que revisarla por la mañana, pensó.

Mientras seguía avanzando, notó un débil parpadeo de luz a su izquierda, que parecía estar en el borde de un montículo pedregoso. Siguió andando y más luz llegó hasta él, revelándose finalmente como una pequeña hoguera. Sólo una figura se veía en las inmediaciones, un ser con una cabeza extrañamente puntiaguda. Estaba arrodillado y su atención se concentraba, aparentemente, en el fuego.

Pete disminuyó la marcha, estudiando el cuadro. Unos momentos después, la brisa trajo un aroma intenso y se le hizo la boca agua. Hacía mucho que no comía.

Sólo dudó un momento; luego giró y se dirigió hacia el fuego, moviéndose lenta, cautelosamente. Cuando se acercó, sorprendió un reflejo luminoso en un trozo de metal que había en la cabeza. Era un casco con una cresta, de una clase que difícilmente hubiese podido olvidar. Luego pudo ver los rasgos que había debajo. No; no se equivocaba.

Entonces se adelantó rápidamente.

-¡Cazador! -dijo-. Eres el mismo, ¿no? El que estaba con la Gran C...

El hombre rió, tres explosiones desde las profundidades de su pecho que agitaron las llamas que cuidaba.

-Sí, sí. Ven y siéntate. No me gusta comer solo.

Pete dejó caer su mochila y se acomodó al lado, separado del hombre por la hoguera.

-Hubiera jurado que habías muerto -dijo-. Había tanta sangre. Estabas fláccido. Creí que te había matado. Luego, cuando te arrastró hacia abajo... estuve seguro.

El hombre asintió, haciendo girar los trocitos de hueso que sostenían la carne.

-Comprendo que te hayas despistado -dijo-. ¡Toma!

El hombre retiró un pincho del fuego y se lo pasó. Pete lamió sus dedos para conseguir aislación y lo aceptó. La carne era buena y jugosa. Pete consideró la posibilidad de preguntar qué era y se decidió en contra. Un cazador siempre encuentra animales comestibles. Mejor dejarlo así.

El hombre comía con una precisión poco natural y Pete comprendió la razón estudiando su cara; su labio inferior había sufrido un corte muy feo, estaba partido.

-Sí -murmuró el hombre-, la sangre te engañó... parte era de la boca y parte de una herida reciente en la cabeza, que se abrió. Por eso llevo armadura.

Dio unos golpecitos en el casco.

-Fue una suerte. Impidió que me partiera la cabeza.

-Pero -dijo Pete-, ¿cómo pudiste escapar de ella?

-Oh, no fue un problema. Recuperé el sentido cuando me arrastraba hacia dentro. Ya había aflojado esa tuerca del cráneo casi totalmente. Una vuelta más, le había dicho, y una vuelta bastó. Con los dedos. ¡Zas!

Chasqueó los dedos y se metió otro trozo de carne en la boca.

-Entonces ella cayó, yo me levanté y se acabó. Una pena. Pero yo le había dado una oportunidad. Lo sabes, ¿verdad?

-Fuiste muy justo con ella -dijo Pete, terminando su pincho y mirando los otros que chirriaban.

El hombre le dio otro.

Y sus manos están firmes, pensó Pete, aceptando la carne. Un día normal. Es competente, experto... tiene nervios como filamentos de platino, articulaciones como una caja de cambios bien ajustada y cojinetes de acero inoxidable. Habilidad y coraje... eso es lo que se necesita para ser cazador. Pero también tienen corazón. Compasión. ¿Cuántos de nosotros estaríamos tan preocupados por una cosa que quería devorarnos?

-Cuando dejé aquel lugar -dijo el cazador- seguí mi camino, complacido porque vi que habías tenido el buen sentido de marcharte.

Oh, Dios mío, pensó Pete. Espero que haya estado realmente inconsciente. ¿Y si me hubiera oído diciendo a la Gran C que lo cogiera a él en mi lugar? Pero en aquel momento, yo creía realmente que había muerto. Acabo de decírselo. De modo que, si me oyó, sabe por qué lo hice. Pero podría habérselo dicho ahora para quedar bien, aunque no fuese eso lo que pensaba cuando lo dije. Por otro lado, si lo oyó, debe ser un hombre verdaderamente grande para haberme perdonado, y en ese caso finge que no me oyó... lo que significa que no lo sabré nunca. ¡Oh, Dios mío! Y aquí estoy, comiendo sus pinchitos.

-¿Qué pasó con tu bicicleta? -le preguntó el cazador.

-La autofac la transformó en bastones -contestó Pete.

El cazador sonrió.

-No me sorprende -dijo-. Cuando sus moderadores se marchan, hacen las cosas más raras. Pero tú llevas algo que no tenías antes. ¿Entregó un pedido correctamente antes de arruinar tu bicicleta?

-Era el pedido de otra persona -dijo Pete-. Su secuencia de entregas también va mal.

-¿Y qué vas a hacer con todo ese lubri?

-Se lo llevaré a un hombre que, probablemente, lo necesita -dijo Pete, recordando que la Gran C había afirmado que el cazador buscaba a Tibor. Lo más fácil era que fuese una información errónea. Pero...

Se llenó la boca para evitar cualquier respuesta ulterior sin tener, por lo menos, diez segundos para pensarla.

Pero ¿por qué estaría buscando a Tibor?, se preguntó. ¿Qué podía querer de él? ¿Por qué valdría la pena seguir a Tibor? Bueno, para cualquier otra persona...

Cuando terminaron de comer, Pete supo que debía ofrecer al hombre uno de los cigarrillos que le quedaban. Lo hizo y encendió uno él mismo, con una ramita de la hoguera. Los dos se echaron cerca de los peñascos, descansando y fumando.

-No sé -dijo Pete- si mi pregunta es apropiada, de modo que le pido disculpas si soy descortés. No conozco tantos cazadores como para estar al tanto de las conveniencias. Me estaba preguntando... ¿Estás cazando a algo o a alguien en particular, en este momento, o estás entre dos cacerías?

-Sí, estoy de cacería -dijo el hombre-. Estoy buscando a un pequeño inc llamado Tibor McMasters. Creo que el rastro está caliente, además.

-¿De verdad? -dijo Pete, aspirando el humo del cigarrillo, con una mano debajo de la cabeza y los ojos en las estrellas-. ¿Qué hizo?

-Oh, nada, todavía nada. No es muy importante. Forma parte de un designio mayor.

-Oh. -Y ahora, ¿qué digo?, se preguntó. Y añadió-: Por cierto, me llamo Sands, Pete Sands.

-Lo sé.

-Había olvidado presentarme y... ¿Lo sabes? ¿Cómo puedes saberlo?

-Porque sé de toda la gente que hay en Charlottesville, Utah... de toda la gente que tiene alguna relación con Tibor McMasters, quiero decir. Es un pueblo pequeño. No sois tantos.

-Muy eficiente -dijo Pete, sintiendo como si unos alambres introducidos bajo su piel, sin dolor, estuviesen siendo retirados-. Tu patrón debe de haberse tomado mucho trabajo, y habrá gastado mucho dinero también. Hubiese sido más fácil abordarlo en el pueblo.

-Pero infructuoso -replicó el otro-. Y las dificultades y los gastos no significan nada para mi amo.

Pete aguardó, fumando. Estaba seguro de que no sería correcto preguntar por la identidad de su patrón. Quizá, si esperaba, se lo diría espontáneamente.

El fuego chisporroteaba. En la distancia, algo aulló y otra cosa rió.

-Me llamo Schuld, Jack Schuld -dijo el cazador, extendiendo la mano.

Pete se puso de costado y se la estrechó. Como había sospechado, el cazador tenía fuerza como para triturar la suya, aunque la controlaba como para exhibirla sin mayor esfuerzo. Al soltarla, Pete se acostó y contempló las geometrías estelares. Un meteoro ensució el cielo con fuego blanco. Cuando las estrellas arrojaron sus espadas, recordó. Y regaron el cielo con sus lágrimas... ¿Qué venía después? No podía recordarlo.

-Tibor está haciendo una Pere peligrosa -dijo Schuld- y recientemente ha expresado su deseo de convertirse a tu religión.

-Por cierto, eres muy concienzudo -observó Pete.

-Sí; así es. Vosotros los cristianos no vais muy bien últimamente -continuó-, y supongo que hasta una sola conversión puede ser muy importante en un lugar pequeño, como Charlottesville, Utah. ¿No es así?

-No puedo negarlo -dijo Pete.

-De modo que tu superior te envió para que cuidaras del catecúmeno, para que te ocupes de que no sufra ningún daño mientras termina su trabajo para vuestros competidores.

-Es verdad que quiero encontrarlo y protegerlo -dijo Pete.

-¿Y el objeto de su búsqueda? ¿No sientes curiosidad por la persona que tiene que retratar?

-Oh, a veces me pregunto si ese hombre vive aún -dijo Pete.

-¿Hombre? -dijo Schuld-. ¿Lo llamas así?

-Bueno, a diferencia de nuestros competidores, no veo que pueda desempeñar ningún papel más importante.

-No estaba hablando de teología -dijo Schuld-. Simplemente, me choca tu referencia a la humanidad hablando de alguien que ha perdido todo derecho a la consideración de los humanos. Adolfo Eichmann era un monaguillo comparado con él. Estamos hablando de la bestia que destruyó la mayor parte del mundo.

-No puedo negar sus actos, pero tampoco puedo juzgarlos. ¿Cómo puedo conocer sus razones, sus intenciones?

-Mira a tu alrededor. En cualquier momento. En cualquier lugar. Sus efectos se manifiestan en todos los momentos de la existencia. Para decirlo concisa y rotundamente, es un monstruo inhumano.

Pete asintió.

-Quizá -dijo-. Si entendía verdaderamente la naturaleza y la calidad de sus acciones, entonces supongo que era algo innombrable.

-Puedes llamarle Carleton Lufteufel. Se puede nombrar. No hay un ser vivo en la Tierra, hoy día, que no haya sufrido por su culpa. No hay nadie a quien no deba un mar de sufrimientos, un continente de desesperación. Quedó marcado desde el día en que tomó su decisión.

-Había oído decir que los cazadores eran mercenarios, que no actuaban según sus propias convicciones.

-Te estás anticipando, Pete. No te dije que fuera mi presa.

Pete rió. Schuld también.

-Pero hay momentos afortunados en que los deseos y las circunstancias coinciden -dijo finalmente Schuld.

-Entonces, ¿por qué buscas a Tibor? -preguntó Pete-. No entiendo la conexión.

-La bestia es desconfiada -replicó el otro-, pero dudo que su desconfianza sea tanta que llegue hasta un inc.

-Empiezo a comprender.

-Sí; lo conduciré hasta él. Tibor puede quedarse con su parecido; yo me ocuparé del cuerpo.

Pete se estremeció. La situación era más oscura y retorcida, pero podría sacar provecho de ella.

-¿Lo vas a hacer rápidamente? -preguntó.

-No -dijo Schuld-. Me han encargado de asegurarme que será todo lo contrario, ¿sabes? Soy el empleado de una organización secreta mundial que está buscando a Lufteufel desde hace años... con ese propósito.

-Entiendo -dijo Pete-. Casi desearía no saberlo. Casi...

-Te lo digo porque si uno de vosotros lo sabe, será más fácil para mí. En cuanto a Tibor, forma parte de los Siervos de la Ira y sus símbolos pueden tener poder para él. Tú, en cambio, representas al otro bando. ¿Entiendes lo que quiero decir?

-¿Quieres saber si te ayudaré?

-Sí. ¿Lo harás?

-Creo que soy incapaz de detener a alguien como tú.

-No te pregunté eso.

-Lo sé. -¡Maldita sea! Ojalá pudiese hablar con Abernathy, pensó. Pero no hay manera de llamarlo. Aunque, por otra parte, no me daría una verdadera respuesta. Tengo que decidir esto personalmente. Tibor no debe encontrar a Lufteufel. Tendría que haber una manera. Tendré

tiempo de encontrar una manera... y después, dejar que Schuld haga el trabajo. Lo único que puedo decir ahora es-: De acuerdo, Jack. Te ayudaré.

-Estupendo -dijo Schuld-. Sabía que lo harías.

Sintió que aquella mano poderosa apretaba su hombro por un instante. Y en el mismo instante se sintió rodeado por la piedra y las estrellas.

15

El día derramándose sobre el mundo; las preguntas de los pájaros, dubitativas y luego seguras de sí mismas; rocío como aliento en un cristal, retirándose, desapareciendo; bandas de color que huyen del este, desvaneciéndose, desvaneciéndose, azules; como una muñeca de cera medio derretida: Tibor, blando en el carrito caído; a su lado, un sabueso con las orejas erguidas, mirando el mundo que llega.

Un bostezo; un recuerdo lento y parpadeante. Tibor contrajo y estiró los músculos de sus hombros. Ejercicios isométricos. Estirar. Contraer. Relajar.

-Buenos días, Toby. Otro día. Supongo que éste será decisivo. Eres un buen perro. Un perro estupendo.

El mejor que he visto en mi vida. Ahora puedes bajar. Caza tu desayuno, si puedes. Es la única forma de desayunar que tienes.

Toby saltó, orinó junto a un árbol, dio la vuelta al carrito y olfateó la tierra. Tibor activó el extensor y realizó sus sencillas abluciones.

Supongo que tendría que intentarlo de nuevo con el altavoz, pensó. Pero siento temor de hacerlo. Sí; temor. Es mi última esperanza. Si eso falla, no queda nada.

Dudó durante un largo rato. Revisó el cielo, los árboles.

¿El grajo azul? ¿Es eso lo que estoy buscando?, se preguntó. No sé qué es lo que estoy buscando. Supongo que todavía no estoy completamente despierto. Allá va Toby, a los matorrales. ¿Volveré a verlo alguna vez? Cuando vuelva, quizá esté muerto. No se puede saber que... ¡Basta! De acuerdo. Una taza de café me vendría muy bien. Muy bien. La última taza de café... Está bien; usaré el altavoz.

Lo levantó, lo conectó y llamó:

-¡Hola! Les habla Tibor McMasters. He tenido un accidente. Mi carrito se ha roto. Estoy atascado aquí. Si alguien me oye, necesito ayuda. ¿Me oyen? ¿Pueden ayudarme? ¿Hay alguien ahí?

Nada. Aguardó unos quince minutos y lo intentó nuevamente. Nuevamente, nada.

Tres intentos más. Una hora pasó... y el cuarto. Toby volvió, discutió algo con la vaca y se echó a la sombra.

Débilmente... ¿Había sido un grito? ¿O un engaño de sus oídos? ¿Una cosa compuesta de esperanza, miedo y sonidos del ambiente? ¿El grito de un animal?

Empezó a sudar, esforzándose por escuchar, a través de los ruidos naturales, por oír cuando sonara nuevamente.

Toby gimió.

Volviéndose, Tibor vio que el perro se había levantado y miraba hacia la senda con las orejas alzadas y el cuerpo en tensión.

Conectó el altavoz y volvió a alzarlo.

-¡Hola! ¡Hola! ¡Aquí! ¡Aquí arriba! ¡Estoy atrapado! ¡Cogido en un carro atascado! ¡Les habla Tibor McMasters! He tenido un accidente. ¿Me oyen?

-¡Sí! -La palabra resonó en las colinas-. ¡Vamos allá!

Tibor se echó a reír. Sus ojos estaban húmedos. Rió, entre dientes. En ese momento le pareció que veía al grajo azul, alejándose apresuradamente entre los árboles. Pero no podía estar seguro.

-Verás cómo terminaremos esta Pere, Toby -dijo-. Creo que lo conseguiremos.

Pasaron otros diez minutos antes de que Pete Sands y Jack Schuld doblaran la curva de la senda y quedaran a la vista. Toby bajó las orejas y gruñó, retrocediendo hacia el carrito.

-Está bien, Toby -dijo Tibor-. Conozco a uno de ellos. Está aquí para hacer la cosa cristiana. Sé un buen samaritano y mira por encima de mi hombro, después. Y lo necesito. El precio es correcto, sea el que fuere.

-¡Tibor! -gritó Pete-. ¿Estás herido?

-No; es sólo el carrito -respondió-. Perdió una rueda.

Se acercaron.

-Veo la rueda -dijo Pete, lanzando una mirada a su compañero-. Este es Jack Schuld. Le conocí ayer, en el camino. Este es Tibor McMasters, Jack... un gran artista.

Tibor saludó con la cabeza.

-No puedo estrecharle la mano -dijo.

Schuld sonrió.

-Le prestaré las mías -dijo-. Colocaremos esa rueda en un momento. Pete tiene un poco de lubri.

Schuld fue hacia la rueda, la levantó del sitio donde había quedado y la hizo rodar hacia el carrito.

Ágil, pensó Tibor. Todos los conocedores de los movimientos de los ilesos hubiesen estado de acuerdo, probablemente. ¿Qué querrá?

Toby gruñó cuando Schuld acercó la rueda a la parte delantera del carro.

-¡Atrás, Toby! ¡Vete! Me están ayudando -dijo Tibor.

El perro retrocedió una docena de pasos y se sentó, vigilante.

Pete trajo el lubri.

-Vamos a tener que levantar el carrito -dijo-. Quizá...

-Yo lo levantaré -dijo Schuld.

Mientras trabajaban, Tibor dijo:

-Supongo que tendría que preguntarte qué haces por aquí.

Pete levantó la vista y sonrió. Después suspiró.

-Sabes -dijo-, tú te marchaste muy temprano, porque no querías que te acompañara. Muy bien. Pero tenía que seguirte... justamente porque existía la posibilidad de que pasara esto.

Y señaló el carrito.

-Muy bien -dijo Tibor-. Muy bien. Descubrirás que no soy un ingrato. Gracias por aparecer.

-¿Puedo tomar eso como una indicación de que seré bien venido durante el resto del viaje?

Tibor cloqueó.

-Digamos que ahora no podría poner objeciones a tu presencia.

-Supongo que con eso me bastará.

Pete volvió a concentrarse en su tarea.

-¿Dónde conociste al señor Schuld?

-Me salvó en un encuentro con la extensión de la Gran C.

-Muy oportuno -dijo Tibor.

Schuld rió y Tibor se sacudió cuando el hombre se agachó debajo del carro y luego se enderezó, levantándolo con los hombros.

-Jack Schuld es oportuno -dijo-. Sí que lo es. Ponla en el eje, Pete.

Supongo que tendría que sentirme feliz, con gente a mi alrededor de nuevo, pensó Tibor, después de todo lo que he encontrado últimamente. Y, sin embargo...

-Ya está -dijo Pete-. Puedes bajarlo.

Schuld apoyó el carrito y salió. Pete se puso a apretar una tuerca.

-Estoy muy agradecido -dijo Tibor.

-No es nada -dijo Schuld-. Me alegro de haber podido ayudar. Su amigo me ha dicho que está haciendo una Pere.

-Así es. Tiene relación con un encargo que...

-Sí; también me contó eso. Va a echarle una ojeada al viejo Lufteufel para su mural. Un proyecto valioso, creo. Y me parece que se está acercando.

-¿Sabe algo acerca de él?

-Creo que sí. Hay rumores, ¿sabe? Yo viajo mucho y los oigo todos. Algunos dicen que aquella ciudad, al norte, es la suya... No; no podrá verla desde ahí. Pero si sigue en esta dirección, terminará llegando a un poblado. Ése es... según dicen.

-¿Usted cree que en esos rumores hay algo de verdad?

Schuld se frotó la barbilla y su mirada se perdió en la lejanía.

-Yo diría que las posibilidades son buenas -contestó-. Sí; imagino que se le puede encontrar allí.

-No creo que siga usando su verdadero nombre -dijo Tibor-. Es probable que haya asumido una identidad diferente.

Schuld asintió.

-Tengo entendido que así es.

-¿Lo conoce?

-El nombre, no. La identidad me parece que sí. He oído decir que ahora es veterinario y que su hogar es un refugio contra la radiactividad reformado. Hay una chica débil mental viviendo con él.

-Ese sitio, ¿está dentro del pueblo?

-No; algo alejado del pueblo. Dicen que fácilmente se lo pasa por alto.

Pete suspiró y se puso de pie. Arrancó un montón de hojas y se limpió las manos. Terminó el trabajo en sus pantalones.

-Ya está -dijo-. Ahora, si nosotros empujamos y tú haces que la vaca tire, lo llevaremos a la senda. Y veremos si va bien. Ayúdame, Jack, ¿quieres?

Schuld empezó a caminar hacia la parte posterior del carro.

-Muy bien. Listo -dijo Pete.

-Listo.

-¡Empuja!

-¡Vamos! -dijo Tibor.

El carro crujió, se balanceó hacia delante, hacia atrás, hacia delante, hacia delante, continuó por la zanja, enfiló el declive y subió por él. Un minuto después, estaba nuevamente en el sendero.

-Pruébalo ahora -dijo Pete-. Veamos cómo se mueve.

Tibor emprendió la marcha.

-Mejor -dijo-. Noto la diferencia. Mucho mejor.

-Bueno.

Entonces continuaron por la senda, hacia arriba, hacia abajo, y también alrededor de las colinas.

-¿Va muy lejos? -preguntó Tibor a Schuld.

-Una buena distancia -contestó el hombre-. Pasaré por ese poblado del que hablamos. Podemos ir juntos hasta allí.

-Sí. ¿Cree que tendrá tiempo de enseñarme el lugar?

-¿Dónde está Lufteufel? Claro; lo intentaré. Le enseñaré el lugar donde creo que está. Quiero ayudarle, ¿sabe?

-Bueno, eso me vendría muy bien -dijo Tibor-. ¿Cuándo llegaremos?

-Mañana, quizá.

Tibor asintió.

-¿Qué piensa de él? -preguntó.

-Es una buena pregunta -dijo el cazador-. Una pregunta que sabía que me haría, tarde o temprano. ¿Qué pienso de él?

Tiró de su nariz y se pasó los dedos por el cabello.

-He viajado mucho -dijo- y he visto buena parte del mundo, antes y después. Viví los días de la destrucción. Vi morir las ciudades y marchitarse los campos. Vi palidecer la tierra. Había algo de belleza en los viejos tiempos, ¿sabe? Las ciudades eran sitios frenéticos y sucios, pero en algunos momentos, en general en los momentos de la llegada y la partida, si las miraba desde arriba, por la noche, iluminadas, digamos desde un avión con el cielo azul, casi se podía evocar la visión de San Agustín. Urbi et orbi, quizá, durante aquel instante. Y cuando uno escapaba de la ciudad y hacía un día bonito, había mucho verde y mucho marrón, salpicados de todos los otros colores, agua limpia que corría, aire limpio... Pero llegó el día. La ira descendió. ¿Pecado, culpa, castigo? ¿Las psicosis maníacas de esas entidades que denominábamos estados, instituciones, sistemas... los poderes, los tronos, las dominaciones... las cosas que siempre se mezclan con los hombres y emergen de ellos? ¿Nuestra oscuridad, externalizada y visible? Se miren cómo se miren estos temas, se había llegado al punto crítico. La ira descendió. El bien, el mal, la belleza, la oscuridad, las ciudades, el campo, todo el mundo, todo se reflejó por un instante en el filo que se había alzado. La mano que sostenía el filo era la de Carleton Lufteufel. En el momento en que descendió hacia nuestros corazones, ya no era la mano de un hombre sino la del Deus Trae, el Dios de la Ira. Lo que quedó existe porque Él lo tolera. Si tiene que haber una religión, yo creo que éste es el único credo sostenible. ¿Qué otra interpretación de los hechos podría hacerse? Así es cómo veo a Carleton Lufteufel, así es cómo creo que debe ser preservado en Su arte. Por eso estoy dispuesto a indicarle su paradero.

-Ya veo -dijo Tibor, aguardando la reacción de Pete y desilusionado cuando no hubo ninguna-. Es muy coherente.

Lo había dicho en parte para irritar a Pete. Y añadió:

-Los grandes pintores del Renacimiento intentaron pintar al otro. Pero, en realidad, ninguno de ellos lo vio, ninguno atisbó el rostro de Dios. Yo voy a hacerlo, y cuando los hombres contemplen mi mural sabrán que es así, porque será auténtico. Y dirán: «Tibor McMasters vio y mostró lo que había visto.»

Schuld dio una palmada al costado del carrito y rió.

-Pronto -dijo-. Pronto.

Esa noche, mientras juntaban ramitas para la hoguera, Pete dijo a Schuld:

-Yo diría que lo engañaste. Todo eso de que quieres ver a Lufteufel eternizado en su arte...

-Orgullo -explicó Schuld-. Fue fácil. Dejó de pensar en mí para pensar en sí mismo. Ahora, formo parte de su Pere: soy el Guía. Esta noche, más tarde, hablaré con él, confidencialmente. Quizá si tú fueras a dar un paseo después de cenar...

-Claro.

-Cuando haya terminado, cualquier duda que haya tenido acerca de mi sinceridad, desaparecerá. Y todo irá bien, después.

La sutileza y el sentido del tiempo de un termostato o un marcapasos cardíaco, pensó Pete... eso es lo que se necesita para ser un cazador... una sensibilidad para el ritmo de las cosas y un poder sobre ellas. Esto va bien. Pero Tibor no debe ver a Lufteufel...

-Te creo -dijo Pete. Y añadió-: Realmente no sé cómo decir esto, de modo que seré directo: Alguna de las dos religiones que están implicadas en esto ¿significan algo para ti?

Una gruesa rama se partió en las manos de Schuld.

-No -contestó.

-Lo suponía, pero deseaba aclararlo. Como sabes, una de ellas significa algo para mí.

-Es obvio.

-Estoy tratando de decir que a nosotros, los cristianos, no nos llenaría de júbilo ver a Lufteufel representado en ese mural.

-Es una religión falsa, un dios falso, para vosotros.

¿Qué importa lo que pongan en su iglesia?

-Poder -dijo Pete-. Tú puedes comprenderlo. Desde un punto de vista estrictamente temporal, tener el retrato auténtico, desde su punto de vista, les daría una ventaja. Llámalo

maná. Si súbitamente tuviéramos un trozo de la Verdadera Cruz, nuestro celo aumentaría un poco, habría un poco más de fuego en nuestras actividades. Debes conocer el fenómeno. Llámalo inspiración.

Schuld rió.

-Pinte lo que pinte Tibor, creerán que es auténtico. El resultado será el mismo.

Quiere que diga que creo en el Dios de la Ira y siento temor de él, pensó Pete. No lo haré.

-Aunque así sea, preferiríamos que no pintase a Lufteufel -dijo Pete.

-¿Por qué?

-Porque eso nos parecería una blasfemia, una burla a Dios, tal como nosotros lo vemos. Estarían deificando no a un hombre cualquiera, sino al hombre responsable de todas nuestras penalidades actuales, al hombre a quien tú te referiste como un monstruo inhumano.

Schuld partió otra ramita.

-Sí, claro -dijo-. No merece siquiera un agujero bien cavado en el suelo, tanto menos un culto. Entiendo lo que quieres decir. ¿Qué te propones hacer?

-Úsanos como tapadera -dijo Pete-, tal como habías planeado. Encuéntralo. Acércate tanto como sea necesario para estar seguro de su identidad. Luego dile a Tibor que te habías equivocado. Que no es nuestro hombre. Nuestros caminos se separarán. Nosotros seguiremos, continuando nuestra búsqueda. Tú te quedarás atrás, o te marcharás, o darás la vuelta, lo que sea mejor, y harás lo que tienes que hacer. De ese modo, Lufteufel quedará fuera de nuestros proyectos.

-¿Y qué harás tú, entonces?

-No lo sé. Seguiré adelante. Quizá encuentre un sustituto. No lo sé. Pero, por lo menos, Carleton Lufteufel no figurará en el asunto.

-Entonces, ¿ésa es la razón por la que estás aquí? ¿No sólo para proteger a Tibor?

-Puede haber pesado en mi decisión... un poco.

Schuld rió nuevamente.

-¿Cuán lejos hubieras ido para asegurarte que Tibor no lo vería? ¿Hubieses llegado a la violencia?

Pete partió una rama, a su vez.

-Tú lo has dicho -dijo-. No yo.

-Quizá le haga un favor a tu gente al cumplir mi misión -dijo Schuld.

-Quizá.

-Es una pena no haberlo sabido antes. Si un hombre trabaja para dos señores, bien puede cobrar una buena paga de los dos.

-La cristiandad está en suspensión de pagos -dijo Pete-. Pero te recordaré en mis oraciones.

Schuld le dio una palmada en el hombro.

-Pete, me gustas -dijo-. De acuerdo. Lo haremos a tu manera. Tibor no tiene por qué saberlo.

-Gracias.

Bajo los movimientos de precisión, se preguntó Pete mientras volvían, ¿cuál es la verdadera motivación del cazador? ¿Es el dinero que te pagarán? ¿El odio? ¿Otra cosa?

Se oyó un gemido agudo. Schuld había golpeado a Toby, que había surgido furioso frente a él, gruñendo. Podría haber sido un accidente, pero...

-Maldito perro -dijo-. ¡Me odia!

16

Pete Sands puso en funcionamiento su transmisor de radio a la luz de la luna, en medio de un pequeño claro situado a medio kilómetro, por el camino, del lugar donde habían acampado.

Salió bien, pensó, justo como yo quería; Schuld sugirió que hiciera lo que iba a hacer de todos modos: dar un paseo.

Conectó el audífono y le dio a la manivela.

-Doctor Abernathy -dijo, levantando el micrófono-, le habla Pete Sands. ¿Me oye?

Hubo una breve ráfaga de estática y después:

-Hola, Pete. Soy Abernathy. ¿Cómo va todo?

-Encontré a Tibor -dijo Pete.

-¿Sabe de tu presencia?

-Sí; ahora viajamos juntos. Estoy llamando desde las cercanías de nuestro campamento.

-Oh, de modo que te has unido a él. ¿Qué piensas hacer?

-Bueno, es un poco complicado -dijo Pete-. Hay otra persona que tiene que ver con esto, un tipo que se llama Jack Schuld. Le conocí ayer. De hecho, me salvó la vida. Parece tener una idea clara del paradero de Lufteufel. Se ha ofrecido a guiarnos hasta él. Podemos llegar mañana.

Pete sonrió al oír la brusca inspiración en el otro extremo. Continuó:

-De todos modos, hice un trato con él. No se lo mostrará a Tibor. Dirá que estaba confundido, y nosotros pasaremos por alto a Lufteufel y seguiremos adelante.

-Espera un minuto, Pete; no te entiendo. ¿Por qué vas a hacer todo eso? ¿Por qué tomar ese camino?

-Bueno -dijo débilmente Pete-, me hace el favor a cambio de nuestra compañía en el camino.

-Pete, ¿qué me estás ocultando? Lo que dices no tiene sentido. Tiene que haber algo más.

-De acuerdo. Es un asesino. Va a matar a Lufteufel. Y cree que resultará menos sospechoso viajando en compañía de un inc.

-¡Pete! ¡Eso te hace cómplice de un asesinato!

-En realidad, no. Desapruebo el crimen. Ya hablamos de eso antes. Y puede ser que tenga derecho legal a hacer esto... como verdugo. Trabaja a las órdenes de una organización policial... por lo menos, eso dice, y yo le creo. En cualquier caso, no tengo forma de detenerle, sea cual fuere mi opinión. Si pudiera echarle una ojeada, sabría cómo están las cosas. Pensé que le gustaría saber que...

-...Un hombre va a morir, Pete. Esto no me gusta nada.

-Entonces, sugiera otra cosa, señor.

-¿No podrías huir de ese Schuld? ¿Tú y Tibor, escabulliros durante la noche? ¿Y seguir por vuestra cuenta?

-Es demasiado tarde, Tibor no cooperaría a menos que le diera una razón realmente buena... y no puedo.

Cree que Schuld le enseñará a su hombre. Y, además, estoy seguro de que no podríamos escabullirnos. Schuld es un tipo muy alerta. Es un cazador.

-¿Crees que podrás advertir a Lufteufel cuando llegues a él?

-No -dijo Pete-, ahora no puede ser, porque hemos convenido que Tibor no le vea, o que le vea sin saber quién es... No imaginaba que usted se lo iba a tomar así.

-Estoy tratando de protegerte de una ocasión de pecado.

-No creo que lo sea.

-...Seguramente mortal.

-Espero que no. Supongo que ahora tendré que ir improvisando mis decisiones sobre la marcha. Le comunicaré lo que suceda.

-¡Aguarda, Pete! ¡Escucha! Trata de encontrar la forma de apartarte de ese tal Schuld lo antes posible. Si no fuera por él, ni te acercarías a Lufteufel. Tú no eres responsable de la conducta de Schuld a menos que puedas influir en ella por medio de tus acciones u omisiones. Moralmente, además de prácticamente, estarás mucho mejor sin él. ¡Vete! ¡Aléjate de él!

-¿Dejando a Tibor?

-No; llévate a Tibor.

-¿Contra su voluntad? ¿Quiere decir que lo secuestre?

Hubo un silencio y después, un poco de estática.

Finalmente:

-No sé cómo decirte que lo hagas. Ese es tu problema. Debes encontrar la forma.

-Veré qué puedo hacer -dijo Pete-, pero el panorama no es prometedor.

-Yo seguiré rezando -dijo el doctor Abernathy-. ¿Cuándo volverás a llamarme?

-Mañana por la noche, supongo. No creo que pueda llamarle durante el día.

-De acuerdo. Estaré esperando. Buenas noches.

-Buenas noches.

La estática fue sustituida por los grillos. Pete desarmó el aparato.

-Tibor -dijo Schuld, atizando el fuego-; Tibor McMasters, dirigiéndose a la inmortalidad.

-¿Eh? -dijo Tibor. Había estado mirando fijamente las llamas y encontrado en ellas el rostro de una chica llamada Fay Blaine, que había sido muy buena con él en el pasado. Si me hubiese dejado los brazos y las piernas, había estado pensando, podría volver y expresarle mis sentimientos. Podría abrazarla, meter los dedos entre sus cabellos, moldear sus formas como un escultor. Y creo que ella me permitiría hacerlo. Sería como los otros hombres. Yo...

-¿Eh?

-Inmortalidad -repitió Schuld-. Hasta es mejor que la progenie, que tiene la costumbre de desilusionar, avergonzar, herir a sus procreadores. Pero la pintura es «nieta de la naturaleza y parienta de Dios».

-No entiendo -dijo Tibor.

-«Aunque el poeta es tan libre como el pintor en la invención de sus ficciones, éstas no son tan satisfactorias para los hombres como la pintura» -citó Schuld-. «Porque, aunque la poesía puede describir formas, acciones y lugares con palabras, el pintor trabaja con el parecido real de las formas, para poder representarlas. Ahora, decidme qué está más cerca del hombre real: el nombre o la imagen de ese hombre. El nombre del hombre difiere en los diferentes países, pero su forma sólo es modificada por la muerte.»

-Creo que entiendo lo que quiere decir -comentó Tibor.

-...«Y éste es el verdadero conocimiento y el fin legítimo de la naturaleza.» Leonardo de Vinci escribió eso en uno de sus cuadros de apuntes. Creo que es correcto. Y se adapta muy bien a este caso. Serás recordado, Tibor McMasters, no por un racimo de mocosos que se arrastren hacia el borde de la eternidad, aburridas variaciones del ADN que te ha tocado, sino por el ejercicio de tus poderes de creación de la otra imagen... el parecido inmortal de una forma particular. Y serás el padre de una visión que se alza sobre la misma naturaleza, que es superior a ella porque es divina. Entre todos los hombres, has sido elegido para esa clase de inmortalidad.

Tibor sonrió.

-Es toda una responsabilidad la que me han dado -dijo.

-Eres muy modesto -dijo Schuld- y bastante ingenuo. ¿Crees que fuiste elegido simplemente porque eras el mejor pintor del pueblo y los SDI necesitaban un pingle? Hay más. ¿Sabes que Charlottesville, Utah, fue elegida para la realización del pingle porque era tu pueblo? ¿Sabes que tu pueblo fue elegido porque tú eres el más grande artista viviente en la actualidad?

Tibor se volvió y le miró fijamente.

-El padre Handy nunca insinuó eso -dijo.

-Recibe órdenes, igual que quienes se las dan.

-Me desconcierta... de nuevo -dijo Tibor-. ¿Cómo sabe esas cosas?

Schuld sonrió y lo miró largamente, con la cabeza erguida y los ojos entrecerrados.

-Porque yo di la primera orden -dijo-. Quería que fueras mi artista. Soy la cabeza de los Siervos de la Ira, el líder temporal de la verdadera religión del Deus Irae.

-¡Dios mío! -exclamó Tibor.

-Sí -dijo Schuld-. Por razones obvias, esperé hasta ahora para decírtelo. No iba a proclamarme delante de Pete Sands.

-Schuld ¿es su verdadero nombre? -preguntó Tibor.

-El nombre de una persona cambia en los diferentes países. Schuld está bien. Me uní a ti en este momento de tu Pere porque me propongo asegurarme personalmente de que encontrarás a tu hombre. Pete, sin duda, tratará de confundirme. Ha recibido órdenes, por supuesto. Pero yo me ocuparé de que no seas engañado. Señalaré a Lufteufel y su verdadera forma en el momento adecuado. Nada de lo que la Vieja Iglesia pueda hacer me lo impedirá. Quiero que lo sepas.

-Me pareció que había algo poco común en usted -dijo Tibor.

Sí que me lo pareció, pensó. Pero no esto. Conozco muy poco acerca de la estructura jerárquica de los Siervos de la Ira. Solamente sé que existe. Siempre asumí que el pingle representaba una decisión local sobre decoración de interiores. Pero es coherente, si piensas en ello. Lufteufel es el centro de la religión. Cualquier cosa que tenga que ver con él personalmente, merecería el interés de las jerarquías más altas. Y este hombre, Schuld, es el jefe. Si tenía que aparecer en algún momento, éste es el mejor. Ningún otro podría haber esgrimido esa razón o haberlo hecho en este preciso momento. Le creo.

-Le creo -dijo Tibor-. Y es un poco... abrumador. Gracias por su confianza. Trataré de ser digno de ella.

-Lo eres -dijo Schuld- y por eso fuiste elegido. Y ahora te diré que puede ser una cosa súbita, que puedo tener que arreglar el encuentro de forma inesperada. Debes estar preparado en todo momento, desde ahora, para registrar lo que yo te indique.

-Mantendré lista mi cámara -dijo Tibor, activando su extensor y moviéndolo a otra posición-, y mis ojos, por supuesto... están siempre prontos.

-Muy bien. Eso es lo único que exijo, por ahora. Cuando hayas capturado la imagen, ni Pete ni toda su Iglesia podrán quitártela. El pingle será realizado de acuerdo con los planes.

-Gracias -dijo Tibor-. Me ha hecho feliz. Espero que Pete no interfiera...

Schuld se levantó y dio un apretón a su hombro.

-Me gustas -dijo-. No temas. Lo he planeado todo.

Mientras guardaba el transmisor, Pete Sands pensó en el doctor Abernathy y en sus palabras, en Schuld y en Carleton Lufteufel.

No puede decirme que mate a Lufteufel, aunque sabe que eso solucionaría nuestro problema. Tampoco puede ignorar las intenciones de Schuld en ese sentido, porque se han enterado de ellas. Es un maldito dilema que llega hasta la paradoja básica que existe en amar a todos, aun al carnívoro que viene a devorarte. Lógicamente, si no haces nada, mueres, y él se sale con la suya. Si eres el único que practica esa filosofía, morirá contigo. Sí, de acuerdo, hay algunos más, pero él los coge, también, y la filosofía sigue muriendo. El noble ideal, caritas, desaparece del mundo. Pero si matamos para impedirlo, lo traicionamos. Aquí las cosas se ponen Zen; no hagas nada y el destructor decide. Haz algo y destruirás tú mismo lo que defiendes. Sin embargo, estás encargado de preservarlo. ¿Cómo? Supuestamente, la respuesta es que se trata de una ley divina y saldrá a flote de todos modos. Rompo el koan simultáneamente con el acto de renunciar a él.

Entonces se me concederá la comprensión de su significado. O, en términos cristianos, mi voluntad se fortalecerá, merced a una difícil prueba, y se me concederá una gracia extraordinaria. Pero no siento que esté llegando por aquí, ahora. En los hechos, siento que me estoy dando de cabeza contra una situación imposible. No quiero matar a Lufteufel, realmente. No quiero matar a nadie. Mis razones no son teológicas. Son simplemente humanitarias. No me gusta causar dolor. Bien puede ser que si el hijo de perra está vivo, haya sufrido mucho por su cuenta; no lo sé. No quiero saberlo. Además, soy remilgado.

Pete cargó su mochila y salió del claro.

Y entonces, pensó mientras andaba, ¿dónde está la carita que se supone debo practicar? No hay mucho de eso por aquí, tampoco. ¿Puedo amar a Carleton Lufteufel -o a cualquiera- en un

plano tal que lo que son, lo que hayan hecho, no cuente? ¿En que la mera existencia sea una calificación suficiente como blanco para la flecha de ese sentimiento? Eso sería parecerse a Dios y es -supongo- la esencia del ideal; debemos esforzarnos por emular ese amor superior. No lo sé. Hubo ocasiones en que sentí así, aunque haya sido brevemente. ¿Qué había de especial en ellas? Bioquímica, quizá. Buscar las causas últimas es una empresa imposible. Sin embargo, recuerdo aquel día, con Lurine. «¿Qué es ein Todesstachel?», preguntó, y le hablé del aguijón de la muerte, y entonces, oh Dios, lo sentí entrando en mi costado atravesándome como un garfio de metal retorciéndose enganchándome oh Dios arrastrando mi cuerpo a una dolorosa Totentantz alrededor del cuarto Lurine tratando de controlarme y entonces mirando a lo largo de la pértiga de la Tierra al cielo ascendiendo hacia las Personas entonces tres que me tenían cogido y dentro de los ojos que vieron oh Lurine el corazón de mi búsqueda y tu pregunta allá aquí y en todas partes el dolor que no cesa nunca y atraviesa el júbilo que está más allá y es más intenso cuando desgarra nuevamente en el centro del bosque y la noche oh Todos estoy aquí no pedí estar pero...

Distinguió las formas de Schuld y Tibor a la luz de las llamas. Los dos reían, parecían felices y eso era bueno. Sintió que algo rozaba su pierna. Miró hacia abajo y vio a Toby. Se agachó, para acariciar su cabeza.

Alice sostenía la muñeca, cantando y balanceándose. Se balanceaba apoyándose en uno y otro pie. El pasillo se inclinaba suavemente. Poniéndose en cuclillas, puso la muñeca en el camión. Con un pequeño empujón inició su marcha hacia abajo por el túnel. Rió cuando adquirió velocidad. Cuando golpeó contra la pared y volcó, gritó:

-¡No, no, no, no!

Corriendo hacia allí recogió la muñeca y la abrazó.

-No -dijo-. Que estés bien.

Enderezó el camión y volvió a poner la muñeca dentro.

-¡Ya! -dijo empujándolo nuevamente.

Su risa lo siguió mientras giraba por el pasillo evitando los obstáculos que se habían acumulado en él, hasta que llegó a una caja llena de tejas plásticas. Cuando chocó contra ella, la muñeca fue arrojada a varios metros de distancia y su cabeza se salió, rebotando en dirección al vestíbulo.

-¡No, no!

Jadeante, cogió el cuerpo y persiguió la cabeza.

-Que estés bien -dijo cuando la recuperó-. Que estés bien.

Pero no consiguió que la cabeza volviera a estar en su sitio. Aferrando la muñeca rota corrió hasta la habitación que tenía la puerta cerrada y la abrió.

-¡Papaíto! -dijo-. ¡Papaíto! ¡Papaíto arregla!

La habitación estaba vacía, en penumbra, desordenada. Trepó en la cama deshecha y se sentó en el medio.

-Marchó -dijo acunando a la muñeca en su regazo-. Que estés bien. Por favor que estés bien.

Mantuvo la cabeza en su lugar y la miró a través de prismas húmedos, que se formaron sin sollozos. El resto de la habitación llegó a parecer mucho más oscuro.

La vaca dormitaba, con la cabeza gacha, junto al árbol al que estaba atada. En su carrito, Tibor rumiaba; y entonces, ¿dónde está la euforia? Mi sueño, la sustancia de mi obra maestra, la obra de mi vida, está a mi alcance, casi. Hubiese sido una cosa mucho más jubilosa si Él no se me hubiese aparecido y no hubiese hecho las cosas que hizo. Ahora que me he asegurado la posibilidad de plasmarlo en mi arte, el paisaje de mi júbilo se divide y me abandona no tan a oscuras como una casa vacía, pero tan confundido, con mi vida agigantada, tan madura que está a punto de estallar, con miedo y ambición, lo único que me queda. Cambiar todo eso por piedras y estrellas... sí, debo intentarlo. Sólo que, sólo que ahora será más difícil de lo que creía. Ojalá todavía tenga fuerzas, ojalá todavía...

-Pete -dijo, cuando el otro llegó al campamento, con Toby tras él, con el rabo en alto-. ¿Cómo fue tu paseo?

-Agradable -dijo Pete-. Es una noche bonita.

-Creo que queda un poco de vino -dijo Schuld-. ¿Por qué no bebemos un trago y lo terminamos?

-De acuerdo. Hagásmolo.

Pasó la botella.

-Se acabó el vino -dijo, arrojando la botella vacía por encima de su hombro en dirección a los árboles-. Y tampoco queda pan. ¿Cuánto tiempo pasará hasta el día en que el último de vosotros deba decir eso, Pete? ¿Qué te decidió a elegir una carrera como la tuya en los tiempos que corren?

Pete se encogió de hombros.

-Es difícil decirlo. Desde luego no fue una cuestión de popularidad. ¿Por qué alguien elige algo y deja que ese algo domine su vida? Buscando una especie de verdad, supongo, una especie de belleza...

-No olvides la bondad -dijo Schuld.

-También eso.

-Ya veo. Aquino limpió a los griegos para vosotros, de modo que Platón es aceptable. Vaya, si hasta bautizasteis los huesos de Aristóteles, cuando hallasteis utilidad a sus ideas. Si quitas a los lógicos griegos y los místicos judíos, no os quedaría gran cosa.

-La Pasión y la Resurrección también cuentan -dijo Pete.

-De acuerdo. Dejé fuera las religiones orientales misteriosas. Y también las cruzadas, las guerras santas y la Inquisición.

-Bueno, ya lo has dicho -dijo Pete-. Estoy cansado de esas cosas y ya tengo bastantes problemas con mi propia forma de pensar. Si quieres una polémica, hazte socio de un grupo de debate.

Schuld rió.

-Sí, tienes razón. Te aseguro que no he querido ofenderte. Sé que tu religión tiene bastantes problemas internos. No tiene sentido hurgar buscando otros.

-¿Qué quieres decir?

-Para citar a un gran matemático, Eric Bell: «Todos los credos tienden a dividirse en dos, cada uno de los cuales se divide en otros dos, y así, hasta que después de un número finito de generaciones (que puede ser calculado fácilmente por medio de los logaritmos) hay, en cualquier región dada, menos seres humanos que credos, y las atenuaciones del dogma original encarnado por el credo primitivo se diluyen, constituyendo un gas transparente demasiado sutil para sostener la fe de cualquier ser humano, por pequeña que sea.» En otras palabras, os estáis derrumbando por vuestra cuenta. Cada pequeño poblado que hay en el mundo tiene su versión propia de la fe.

Pete se animó.

-Si es cierto que ésa es una ley natural -arguyó también se puede aplicar al otro bando. Los SDI sufrirán sus efectos como nosotros. Pero los cristianos tenemos una tradición nacida de dos mil años de experiencia para controlar esos efectos. Eso me anima.

-Pero supongamos -dijo Schuld- que los SDI están en lo cierto y vosotros no. ¿Qué sucede si hay una influencia divina que actúa anulando el funcionamiento de esa ley para ellos? ¿Qué, entonces?

Pete inclinó la cabeza, le levantó y sonrió nuevamente.

-Es como dicen los árabes: «Si es la voluntad de Dios, sucederá.»

-Ala -corrigió Schuld.

-¿Qué son los nombres? Varían de un país a otro.

-Eso es cierto. Y de generación en generación. Dentro de una generación todo puede ser distinto. Hasta las esencias.

-Es posible -dijo Pete, poniéndose de pie-. Es posible. Me has recordado que mi vejiga está a punto de desbordar. Disculpadme.

Mientras Pete se dirigía hacia los matorrales, Tibor dijo:

-Quizá sería mejor no contrariarlo tanto. Después de todo, puede que eso dificulte el trato con él cuando llegue el momento de distraerle o engañarle o lo que sea que haya planeado, para el momento en que encontremos a Lufteufel.

-Sé lo que estoy haciendo -dijo Schuld-. Quiero demostrar cuán tenue, cuán errada es esa cosa que representa.

-Ya sé que usted sabe más que él de religión -dijo Tibor-, siendo el jefe de toda su Iglesia y todo eso; él es apenas un recluta. No tiene que demostrármelo. Pero preferiría que el resto del viaje resultara agradable, y que todos fuéramos amigos.

Schuld rió.

-Tú aguarda y observa. Todo saldrá bien.

Esta no es la forma en que planteé mi Pere, pensó Tibor. Desearía poder haberla hecho yo solo, haber encontrado a Lufteufel por mí mismo, haber registrado su aspecto sin discusiones ni problemas, haber vuelto a Charlottesville y terminar mi trabajo. Eso es todo. Siento una gran aversión por las discusiones de cualquier clase. Y ahora esto, aquí, entre ellos. No quiero tomar partido. Pero mis sentimientos están del lado de Pete. El no empezó la discusión. No quiero recibir una lección de teología a sus expensas. Ojalá no siguieran.

Pete volvió.

-Tengo un poco de frío -dijo, inclinándose para arrojar más tacos al fuego.

-Es que, finalmente -dijo Schuld-, sientes la oscuridad que te rodea.

-Oh, ¡por el amor de Dios! -exclamó Pete, irguiéndose-. Si te gusta tanto esa religión absurda, ¿por qué no te unes a ellos? ¡Ve a hacer reverencias al empleado público que dio las órdenes que jodieron al mundo! ¡Modela bustos de yeso de él, copiando el pingle de Tibor! ¡Juega al bingo a sus pies! Organiza rifas y picnis a beneficio de los Siervos de la Ira. Todavía tienes mucho que aprender, y eso vendrá con el tiempo. Pero mientras tanto, ¡vete a la mierda!

Schuld reía a carcajadas.

-¡Muy bien, Pete, muy bien! -dijo-. Me alegro de que el rigor mortis haya dejado intacta tu lengua. Y me has recordado que yo también tengo que hacer algo.

Schuld se dirigió a los matorrales, riendo todavía.

-¡Maldito sea ese hombre! -dijo Pete. Es difícil seguir recordando que me salvó la vida y que el nombre de mi juego es amor. ¿Qué le habrá pasado hoy, para que se convierta en mi cruz? Ese sistema enfriado por aire, de combustible a inyección con ciclos de compresión y escape totalmente equilibrados, ahora parece dedicado a aplastarme, a dar marcha atrás sobre mis restos para que queden bien despachurrados y dejarme ahí, tan plano y decorativo como el pingle de Tibor. Si empieza de nuevo, no pienso responderle-. ¿Por qué se habrá puesto así, de golpe?

-Creo que tiene algo contra la cristiandad -dijo Tibor.

-No lo hubiese imaginado. Es gracioso. Me dijo que las religiones no le interesaban mucho.

-¿Sí? Eso es extraño, ¿verdad?

-¿Cómo ves lo que estaba diciendo, Tibor?

-Más o menos como tú -dijo Tibor-. Y por mí también puede irse a la mierda.

Entonces oyeron el aullido, que terminó en un breve e intenso gañido y un gemido apagado. Después, nada.

-¡Toby! -gritó Tibor, activando el circuito de baterías y dirigiendo el carrito en dirección al grito-. ¡Toby!

Pete giró y echó, tratando de alcanzarlo. El carrito atravesó un matorral y pasó al lado del tronco roído de un árbol.

-Toby... -oyó decir a Tibor cuando el carrito crujió, deteniéndose. Y luego-: Usted... lo... mató...

-Cualquier otra réplica no hubiese sido personalmente viable -oyó que replicaba la voz de Schuld-. Mantengo una postura reactiva unificada de nulificación ante las formas subhumanas que cometen transgresiones. Este tipo de desafío es una experiencia común para mí. Detectan mi...

Batiendo el aire, el extensor saltó, como impulsado por un resorte, y pegó a Schuld en la cara. El hombre retrocedió, agarrándose a un árbol. Luego se irguió. Su casco había caído al suelo. Había rodado hasta detenerse junto al cuerpo del perro, cuyo cuello estaba torcido hacia atrás en un ángulo poco natural. Mientras Pete luchaba por atravesar los matorrales, vio que el labio de Schuld había vuelto a abrirse y que la sangra manaba desde su boca, corría por su barbilla y goteaba. La herida en la cabeza, de la que había hablado, también era visible ahora y también ella se oscureció, humedeciéndose. Pete quedó paralizado ante esa visión; era horrible a la inquieta luz de las llamas. Entonces se dio cuenta de que Schuld estaba mirándole. En ese momento, sintió que se llenaba de odio y susurró involuntariamente:

-¡Te conozco!

Schuld sonrió y asintió, como si estuviera aguardando algo.

Pero en ese momento, Tibor, que también lo había estado mirando, aulló:

-¡Asesino! -y el extensor saltó una vez más hacia delante, tirando al suelo a Schuld.

-¡No, Tibor! -gritó Pete. La visión se había interrumpido-. ¡Deténte!

Schuld se puso en pie de un salto, con la mitad de la cara cubierta de sangre y la otra mitad, más humana, preocupada, los ojos muy abiertos y contrayéndose a causa del miedo. Se volvió y comenzó a correr.

El extensor se deslizó tras él, se enrolló en sus pies, se apretó y se levantó, haciéndolo caer nuevamente.

El carrito crujió, avanzando unos metros, y Pete corrió tratando de adelantarse. Cuando llegó a la parte delantera, Schuld estaba de rodillas; su cara y su pecho eran una sucia y sangrienta abominación.

-¡No! -gritó otra vez Pete, corriendo a interponerse entre Tibor y su víctima.

Pero el extensor era más rápido. Cayó nuevamente, haciendo que Schuld se desplomara boca arriba.

Pete se precipitó hacia el hombre caído y alzó los brazos ante Tibor.

-¡No lo hagas, Tibor! -gritó-. ¡Le matarás! ¿Me oyes? ¡No puedes hacerlo! ¡Por el amor de Dios, Tibor! ¡Es un hombre! ¡Cómo tú y yo! ¡Es un asesinato! No...

Pete se había preparado para el golpe, pero no llegó. En cambio, el extensor silbó por su izquierda y el gancho manual lo cogió por el antebrazo. El carrito crujió y se balanceó a causa del esfuerzo, pero Pete se levantó en el aire... un metro por encima del suelo. Luego, súbitamente, el extensor se movió como un látigo y lo arrojó sobre unas malezas. Mientras caía, oyó los quejidos de Schuld.

Tenía arañazos y se había golpeado, pero no mucho, ya que las malezas le habían servido de colchón. Oyó que el carrito crujía nuevamente. Luego, durante unos momentos, no pudo moverse, enredado como estaba. Mientras luchaba por liberarse, oyó un jadeo húmedo seguido por un sonido áspero.

Arrancando ramitas y brotes pudo, finalmente, sentarse y contemplar lo que había hecho Tibor.

El extensor estaba proyectado hacia arriba y afuera, rígido ahora, como si fuera una viga de acero. Más arriba de lo que se había balanceado Pete, colgaba Schuld con el gancho apretado alrededor del cuello. Sus ojos y su lengua sobresalían. Las venas de su frente estaban hinchadas como cuerdas. Mientras Pete lo contemplaba, sus piernas completaron la Totentanz, se aflojaron y quedaron colgando.

-No elijo Pete suavemente, dándose cuenta que era demasiado tarde, de que ya no podría hacer nada.

Tibor, rezo para que nunca comprendas lo que has hecho, pensó levantando la mano para cubrirse los ojos, porque no podía cerrarlos ni moverlos. Estaba planeado, Tibor, planeado

hasta el último detalle. Excepto esto, Excepto esto... Era a mía quien quería. Quería que le matara. Te hubiera gritado a ti, Tibor. «¡Ecce, ecce, ecce!» Y tú hubieras sabido, hubieras sentido, hubieras visto, como él deseaba, planeaba, requería, la necesaria muerte, a mis manos, de Carleton Lufteufel. Colgado allí, ahora, sucio y ensangrentado, con ojos que miran directamente y para siempre toda la superficie del mundo... El quería que yo hiciera eso por él, para él, contigo como testigo, aquí y por siempre, aquí y en el gran pingle de Charlottesville, testigo ante el mundo entero de la transfiguración de un ser retorcido y atormentado que deseaba al mismo tiempo adoración y castigo, culto y muerte..., revelado aquí, súbitamente, mientras yo lo mataba, transfigurado aquí instantáneamente, para ti, para todo el mundo en el momento de su muerte... el Deus Irae. Y ¡Dios! ¡Pudo haber sido de ese modo! Pudo haber sido. Pero ahora estás cegado por la locura y el odio, amigo mío. Rezo para que se lleven consigo esta visión cuando se vayan. Para que nunca sepas lo que has hecho. Nunca. Nunca. Amén.

17

Lluvia... Un mundo gris, un mundo frío: Idaho. País vasco. Oveja. Jai alai. Un lenguaje que dicen que ni el Diablo puede aprender...

Pete andaba trabajosamente junto al carrito que crujía. Gracias a Dios, no había sido difícil convencer a Tibor de que la casa de Lufteufel no estaba cerca del lugar donde Schuld había dicho que estaba. Dos semanas. Dos semanas y Tibor sufre aún. Nunca debe saber cuán cerca estuvo realmente. Ahora piensa que Schuld era un loco. Ojalá yo pudiera pensar lo mismo. Lo más difícil fue el entierro. Tendría que haber podido decir algo, pero estaba tan atontado como esa chica con la muñeca rota en las rodillas que vimos al día siguiente, sentada en el cruce de caminos. Tendría que haber dicho alguna oración. Después de todo, era un hombre, tenía un alma inmortal...

Pero mi boca estaba vacía. Mis labios, pegados entre sí. Seguimos... una tarea de tontos. Mientras pueda hacer creer a Tibor que Lufteufel está en alguna parte, más allá, seguiremos adelante. Por siempre, si es necesario, buscando a un hombre que está muerto.

También fue culpa de Tibor, por haber pesando que la visión de Dios era posible, que un artista mortal podría borronear una epifanía con sus colores. Fue un error, una enorme presunción. Y, sin embargo..., ahora me necesita más que nunca, en el estado que está. Debemos seguir... ¿hacia dónde? Sólo Dios lo sabe. La meta ya no importa. No puedo dejarle, y él no puede volver, soltó una risita, «con las manos vacías», no era una expresión apropiada.

-¿De qué te ríes? -preguntó Tibor desde el carrito. -De nosotros.

-¿Por qué?

-Porque no se nos ocurrió protegernos de la lluvia. Tibor resopló. Desde su sitial podía observar un panorama más amplio que Pete.

-Si eso es todo lo que te preocupa, veo un edificio al pie de la colina. Parece un granero. Quizá nos estemos acercando a un poblado. Creo que no veo más edificios a lo lejos.

-Vayamos al granero -propuso Pete.

-Ya estamos empapados. No podemos mojarnos más.

-La lluvia no le hace muy bien al carro.

-Es cierto. De acuerdo. Al granero.

-Había un pintor llamado Wyeth a quien le gustaban estas escenas -dijo Pete, cuando el refugio quedó a la vista, tratando de distraer a Tibor de sus lúgubres pensamientos-. Una vez vi algunos de sus cuadros en un libro.

-¿Paisajes lluviosos?

-No. Graneros. Cosas del campo.

-¿Era bueno?

-Creo que sí.

-¿Por qué?

-Sus cuadros parecían muy reales.

-¿Reales en qué sentido?

-El aspecto real que tienen las cosas.

Tibor rió.

-Pete -dijo-, hay un número infinito de formas de mostrar las cosas tal como son. Y todas son correctas, porque todas las muestran. Sin embargo, cada artista lo hace de un modo distinto. En parte es lo que decides subrayar y en parte, la forma en que lo haces. Se nota que nunca has pintado.

-Tienes razón -dijo Pete, ignorando el agua que le corría por el cuello y complacido porque había conseguido hacer hablar a Tibor de un tema que acaparaba su atención.

Y entonces, una idea peculiar lo asaltó.

-Si es así -dijo súbitamente-, si... cuando encontremos a Lufteutel, ¿cómo podrás cumplir con tu encargo honesta y apropiadamente, si existe un número infinito de formas de encararlo? Énfasis significa mostrar una cosa a expensas de otra. ¿Cómo harás un retrato verdadero de esa forma?

Tibor meneó vigorosamente la cabeza.

-No me entiendes. Existen muchas maneras de hacerlo, pero sólo una es la mejor.

-¿Y cómo sabes cuál es? -preguntó Pete.

Tibor quedó en silencio durante un momento.

-Simplemente, lo sabes -respondió-. Parece... apropiada.

-Aún no lo comprendo.

Tibor volvió a guardar silencio.

-Yo tampoco -dijo, finalmente.

Dentro del granero había paja. Pete quitó los arneses a la vaca, que se puso a masticar. Cerró la puerta. Se acostó sobre la paja y escuchó el ruido de la lluvia.

Dios mío, ¡estoy cansado! Han sido dos semanas muy largas, pensó. No he llamado a Abernathy desde que sucedió aquello. De todos modos, no tengo nada nuevo que decirle. Sigue, me dijo. No dejes que Tibor se entere. Condúcelo. Continúa la búsqueda. Mis oraciones van contigo. Buenas noches.

Era la única forma. Ahora lo veía claramente. La paja húmeda tenía un olor dulzón. Unas tiras de cuero endurecido colgaban de un clavo, encima de su cabeza. La lluvia goteaba por varios agujeros del techo. Una máquina oxidada ocupaba un rincón alejado. Pete pensó en las sabandijas y en la extensión de la Gran C, en la autofac y el retorcido sendero desde Charlottesville; pensó en la partida de cartas de aquella noche, con Tibor, Abernathy y Lurine, y la súbita conversión de Tibor; pensó en Lurine; recordó su visión de la Deidad por sobre el garfio y, súbitamente, la del observador sin párpados y lo que iba con ella; Lufteufel, después, colgando muy alto, oscuro, asqueroso, en su frustración última; pensó en Lurine...

Se dio cuenta de que había estado soñando. Había dejado de llover. Oyó los ronquidos de Tibor. La vaca rumiaba. Se estiró. Se rascó y se sentó.

Tibor observaba las sombras que había entre las vigas. Si no me hubiese quitado los brazos y las piernas, pensó, nunca hubiera podido matar a ese hombre extraño, el cazador, Jack Schuld. Era demasiado fuerte. Sólo los manipuladores me permitieron hacerlo. ¿Por qué me habrá dejado los aparatos que me permiten matar? Por un tiempo, todo parecía ir tan bien... Parecía que todo estaba a punto de completarse, que en unos días más la Pere terminaría con un éxito, parecía que pronto tendríamos la imagen y el trabajo terminaría. Yo tenía... esperanzas. Y entonces, en seguida... la desesperación. ¿Será un aspecto del Dios de la Ira? Quizá la pregunta de Pete es válida. ¿Qué debe ser subrayado en un retrato así? Aun si consigo ver su cara, ¿será posible que esta vez no pueda hacer una pintura correcta? ¿Cómo puedo apresar la esencia de un ser semejante en una superficie coloreada? Es... está más allá de la comprensión... Echo de menos a Toby. Era un buen perro. Yo lo quería. Pero ese pobre loco... siento haberle matado. No podía evitar el estar loco. Si hubiera conservado esos brazos

y esas piernas, todo pudo haber sido diferente... Hubiese abandonado y vuelto a casa. Después de todo, ni siquiera estoy seguro de que pudiera pintar, si tuviese manos. Pero, Dios, si alguna vez quieres dármelas nuevamente... No, no creo que vuelva a tenerlas, nunca. Es... No lo entiendo. Me equivoqué al aceptar este encargo. Ahora estoy seguro de eso. Quería pintar lo que no puede mostrarse, lo que no puede ser entendido. Es un trabajo imposible. Orgullo. No tengo nada; sólo mi habilidad. Sé que soy bueno. Pero es lo único que tengo y le he dado demasiada importancia. De algún modo, sentía que era más que suficiente, no sólo para hacerme igual a un hombre completo, sino para sobrepasar a los otros hombres, para sobrepasar lo humano. Quería que todas las generaciones futuras de creyentes miraran y vieran. No era al Dios de la Ira a quien deseaba que contemplaran admirados, sino la habilidad de Tibor McMasters. Quería ese asombro, esa maravilla, esa admiración... quería su adoración. Quería la deificación a través del arte, ahora lo comprendo. Mi orgullo me empujó hasta aquí. No sé qué voy a hacer ahora. Seguir, seguir, por supuesto. Debo hacerlo. No es así cómo creía que iban a ir las cosas.

Ya no llovía. Contrajo y aflojó sus músculos. Levantó la vista. La vaca estaba rumiando. Oyó los ronquidos de Pete. No. Pete estaba sentándose y le miraba.

-¿Tibor? -dijo Pete.

-¿Sí?

-¿De dónde vienen esos ronquidos?

-No lo sé. Creía que eras tú.

Pete escuchó. Miró por el granero, se volvió y se acercó a un pesebre. Miró dentro. Hubiese supuesto que era un montón de trapos y basura si no hubiera sido por los ronquidos. Se inclinó, acercándose y fue envuelto por el aura de vapores etílicos que lo rodeaba. Se retiró rápidamente.

-¿Qué es? -preguntó Tibor.

-Algún vagabundo -contestó Pete- durmiendo la borrachera, creo.

-Oh. Quizá pueda decirnos algo del poblado que hay aquí cerca. Y hasta puede que sepa algo más...

-Lo dudo -dijo Pete.

Aguantando la respiración, volvió y examinó más de cerca la figura: una barba sin recortar manchada de muy diversos colores, viejos restos de comida secos enredados en ella, un brillante hilo de saliva se dejaba ver que bajaba por los pelos, dientes que ya no eran amarillentos sino de un color pardo, algunos rotos, otros ausentes, los que quedaban, gastados. La cara arrugada, aparecía lívida a la luz que caía sobre ella a través de un agujero del techo; la nariz había sido rota, dos veces por lo menos; había profundas incrustaciones de pus en los ángulos de los ojos, secas sobre las pestañas; los cabellos eran hirsutos, largos, enredados, de color gris pálido. Había una tensión dolorosa en la cara, aun durante el sueño, de modo que tics, contracciones y rigideces súbitas la animaban de forma poco natural, como si enjambres de insectos se movieran debajo de la piel, luchando, copulando, muriendo. En conjunto, su figura era flaca, gastada, deshidratada.

-Un viejo borracho -dijo Pete, alejándose nuevamente-. Eso es todo. No debe saber gran cosa acerca del poblado. Lo más probable es que lo hayan echado de allí.

Ya no llueve y todavía hay luz, pensó Pete. Será mejor que lo dejemos aquí y sigamos el viaje. Lo que pueda decirnos no valdrá la pena y nos encontraríamos con un vagabundo borracho entre las manos.

-Será mejor dejarlo y marcharse -dijo a Tibor.

Mientras se alejaba, el hombre se quejó y farfulló:

-¿Dónde estás?

Pete quedó en silencio.

-¿Dónde estás?

La voz cascada llegó nuevamente, seguida por unos movimientos en el pesebre.

-Quizá esté enfermo -dijo Tibor.

-No lo dudo.

-Ven aquí -dijo la voz-. Ven aquí...

Pete miró a Tibor.

-Quizá podamos hacer algo -dijo Tibor.

Pete meneó la cabeza, pero se acercó al pesebre.

Justo cuando miraba por encima del tabique, el hombre dijo:

-Aquí estás -pero no miraba a Pete. Se dirigía a un frasco que había sacado de abajo de un montón de paja. Le quitó el tapón, pero no tenía fuerzas para llevárselo a la boca. Entonces, echó atrás la cabeza y la volvió de lado. Inclinó el frasco hasta que tocó su boca y chupó. Un poco de vino le salpicó la cara. Cuando enderezó el recipiente comenzó a toser. Unos sonidos ásperos y desgarrados emergieron de su pecho, su garganta, su boca. Cuando escupió, Pete no supo si era sangre o residuos de vino lo que enrojecía las flemas. Pete quiso alejarse.

-Te veo -dijo súbitamente el hombre, con voz algo más firme-. No te marches. Ayuda al viejo Tom.

Entonces su voz se deslizó, transformándose en un quejido muy bien ensayado.

-Por favor, ¿podrías ayudarme? Mis brazos no están muy bien. Debo de haber dormido en mala postura.

-¿Qué quieres? -preguntó Pete.

-Por favor, sostén el frasco. No quiero derramar nada.

-Muy bien -dijo Pete.

Conteniendo la respiración, entró en el pesebre y se arrodilló junto al anciano. Levantó los frágiles hombros con el brazo derecho y agarró el frasco con la mano izquierda.

-Toma -dijo, y lo sostuvo inclinado mientras el otro bebía una larga serie de tragos.

-Gracias -dijo el hombre, tosiendo menos fuerte que antes, pero salpicando la muñeca y el antebrazo de Pete.

Pete volvió a bajarlo rápidamente y apoyó el frasco. Quiso alejarse, pero una mano huesuda lo cogió por la muñeca.

-Note vayas, no te vayas. Soy Tom, Tom Gleason. ¿De dónde eres?

-De Charlottesville, Utah -respondió Pete, tratando de no respirar.

-Denver -dijo Tom-, eso es todo, gracias. Era una bonita ciudad. Buena gente, ¿sabes? Siempre había alguien que tenía dinero para pagar un trago. ¿Quieres un trago? Prueba un poco de esto. No es malo. Lo encontré en el sótano de una casa vieja, cerca de la carretera, yendo hacia...

Su mano aleteó.

-¿Hacia dónde? Al diablo. Hay más, allí. Bebe un poco. Queda mucho todavía.

-Gracias -dijo Pete-. No.

-¿Conoces Denver?

-No.

-Recuerdo lo bonita que era antes de que la quemaran. La gente era buena, ¿sabes? Era...

Pete exhaló, respiró, sintió náuseas.

-Sí, a mí me pasa lo mismo -dijo Tom-. Quemar un lugar tan bonito. Y, además, ¿por qué lo hicieron?

-Fue una... guerra -dijo Pete-. Cuando hay guerra, hay bombardeos.

-Yo no quería ninguna guerra. Era un lugar tan bonito. No hay por qué bombardear un lugar tan bonito como Denver. Fui herido cuando lo hicieron. -Su mano buscó débilmente en su camisa desgarrada-.

¿Quieres ver mis cicatrices?

-No es necesario.

-Las tengo. Tengo muchas. Estuve un tiempo en un hospital de campo. Me echaron en cuanto estuve mejor. Ya no era bonito. No había casi nada para beber ni para comer. Fueron tiempos duros. Ya no recuerdo gran cosa, pero fui a muchos sitios después de eso. Pero no

quedaba nada que fuera como Denver. Nada bonito. Y la gente ya no es tan buena, tampoco, ¿sabes? Es difícil que te inviten a un trago ahora. ¿Seguro no quieres un poco?

-Será mejor que lo guardes -dijo Pete-. Es difícil de conseguir.

-Es cierto. Ayúdame a beber otro poco.

-De acuerdo.

Mientras lo hacía Tibor llamó:

-¿Cómo está?

-Volviendo en sí. Espera un poco -dijo Pete.

Impulsivamente, preguntó a Tom:

-¿Sabes quién era Carleton Lufteufel?

El viejo lo miró sin interés y meneó la cabeza.

-Puedo haber oído el nombre... o no. Ya no recuerdo tan bien como antes. ¿Es un amigo...?

-No es más que un nombre para mí también -dijo Pete-. Pero tengo un amigo, aquí, un pobrecillo inc que lo está buscando por todas partes. Probablemente no lo encontrará nunca. Probablemente seguirá buscándole y morirá buscándole.

Los ojos de Tom se llenaron de lágrimas.

-Pobrecillo inc -dijo-, pobrecillo inc...

-¿Puedes decir el nombre? -preguntó Pete.

-¿Qué nombre?

-Carleton Lufteufel.

-Dame otro trago, por favor.

Pete lo sostuvo, nuevamente.

-¿Ahora? -dijo-. ¿Ahora puedes decir Carleton Lufteufel?

-¿Querrías...? -No; era ridículo. Tibor se daría cuenta. ¿Se daría cuenta?, se preguntó Pete. Tom Gleason tenía la edad adecuada. Tibor ya sabía que estaba enfermo y que había estado bebiendo. Y lo que era quizá más importante, la fe de Tibor en su propio juicio parecía haber desaparecido desde que había matado a Schuld/Lufteufel. Si yo parezco convencido, pensó Pete, ¿será suficiente para que él también crea? Si yo parezco convencido y Tom lo afirma como un hecho... Podemos seguir toda la vida, vagabundeando, buscando, sin que se presente otra oportunidad como ésta, la posibilidad de volver a CharlottesviIle, de terminar mis estudios y ver nuevamente a Lurine. Y, si tengo éxito, ¡qué ironía! Piensa en los Siervos de la Ira, inclinándose y rezando, venerando y adorando, no a su dios con la forma de Carleton Lufteufel, sino a una de sus víctimas, un pingajo, un vagabundo borracho con el cerebro dañado, un mendigo, un hombre... un hombre que nunca había hecho nada por ni para su prójimo, un ser anónimo y maltrecho que nunca había tenido ningún poder, el más bajo de los seres humanos. Piensa en él, ¡en el sitial de honor de los SDI! ¡Tengo que intentarlo!

-¿Harías un acto de bondad con mi amigo, el pobrecillo Inc? -preguntó.

-¿Si haría qué? ¿Una bondad? Por Dios, sí... Bastante sufrimiento hay en el mundo. Bueno, si no es muy difícil. Ya no soy el que era. ¿Qué quiere?

-Quiere ver a Carleton Lufteufel, un hombre a quien no hallaremos nunca. Lo único que quiere hacer es su retrato. Tú... ¿tú no le dirías que eres Carleton Lufteufel, que eras el secretario de la AIDE? ¿Y, si te lo pregunta, que diste la orden de arrojar la bomba? Eso es todo. ¿Lo harás? ¿Puedes?

-Otro trago -pidió Tom.

Pete lo incorporó y acercó el vino.

-¿Está todo bien? -gritó Tibor.

-Sí -gritó Pete-. ¡Esto puede ser muy importante! Quizá hayamos tenido un golpe de suerte, si consigo despertar del todo a este tipo... ¡Aguarda!

Apoyó el frasco. Tom se soltó y consiguió sentarse sin ayuda. Y entonces, gradualmente, sus ojos se cerraron. Había perdido el conocimiento. Eso o... Dios no lo permita, había muerto.

-Tom -dijo Pete.

Silencio. Y la inmovilidad de un millón de años: algo que estaba por debajo del nivel de la vida, algo todavía inanimado que nunca había llegado al estado consciente. Y quizá nunca lo haría.

Mierda, pensó Pete Sands. Cogió el frasco, lo tapó y esperó unos momentos.

-El golpe de suerte del que te hablaba -gritó-.

¿Crees en el destino?

-¿Qué? -gritó Tibor, dando señales de irritación.

Metiendo la mano en el bolsillo, Pete sacó el rollo de monedas de plata que siempre guardaba allí. Era la herramienta que solucionaba todos los problemas, pensó; lo cogió con fuerza y golpeó suavemente con él la mejilla de Tom. Nada. No hubo respuesta. Entonces Pete quitó la envoltura de grueso papel marrón. Las monedas brillaron y tintinearon, manifestándose visiblemente.

-Carleton Lufteufel -farfulló el viejo Tom, con los ojos todavía cerrados-. Ese pobrecillo inc. No querría que el pobrecillo maldito inc siguiera vagabundeando y que sufriera algún daño. Es un mundo muy duro el de allí fuera, ¿sabes?

El viejo Tom abrió los ojos. Estaban limpios y lúcidos mientras observaba las muchas monedas que había en la mano de Pete.

-Secretario de la AIDE, sea lo que sea, y el inc me pregunta, yo di la orden de arrojar la bomba. De acuerdo, lo he entendido. Carleton Lufteufel, ése soy yo. -Tosió y escupió nuevamente y se pasó la mano por los cabellos-. ¿No tendrás un peine? Si me van a tomar una fotografía...

Extendió la mano. Pete le dio las moneas. Todas.

-Creo que no -dijo Pete.

-Entonces, te pido que me ayudes. Carleton Lufteufel, AIDE, orden de tirar la bomba, si lo pregunta.

El viejo Tom guardó las monedas, fuera de la vista. Súbitamente desaparecieron, como si nunca hubiesen estado allí.

Pete dijo en voz muy alta:

-Esto es extraordinario. ¿Crees que hay una entidad sobrenatural que guía a los hombres en cada circunstancia de sus vidas? ¿Crees eso, Tibor? Yo no lo creía, antes no. Pero Dios mío. He estado hablando con este hombre desde que despertó. No está muy bien, pero le han pasado muchas cosas. -Dio con el codo a Tom Gleason-. Dile a mi amigo quién eres.

Tom exhibió una sonrisa desdentada.

-Mi nombre es Carleton Lufteufel.

Tibor contuvo la respiración.

-¿Está bromeando?

-No hago bromas con mi nombre, hijo. Un hombre puede usar muchos nombres en muchos lugares diferentes. Pero en un momento como éste, cuando alguien ha estado buscándome con tanto empeño, no tendría sentido negarlo. Sí; soy Carleton Lufteufel. Y fui el secretario de la AIDE.

Tibor lo miró fijamente, sin moverse.

-Yo ordené arrojar la bomba -agregó entonces el viejo.

Tibor continuaba mirándolo.

Tom parecía un poco incómodo, pero se mantuvo firme y sonriente.

Pero el tiempo pasaba y Tibor no reaccionaba. Finalmente, la cara de Tom se alargó.

Unos momentos más y preguntó:

-¿Has estado en Denver?

-No -dijo Tibor.

Pete tenía ganas de gritar, pero Tom dijo:

-Era una bonita ciudad. Linda. Buena gente. Y entonces llegó la guerra. La quemaron, sabes... -Su cara hizo contorsiones y sus ojos brillaron-. Yo era el secretario de la AIDE. Yo ordené arrojar la bomba -dijo nuevamente.

La cabeza de Tibor se movió y su lengua rozó la unidad de control. Un extensor se movió activando una cámara estereocolor con objetivo gran angular, telescópica, de acción rápida, del tamaño de un botón de camisa, sobrante de guerra, que los Siervos de la Ira le habían proporcionado con esa finalidad.

Nunca sabré cuál es la mejor manera, pensó Tibor. Nunca haré un trabajo perfecto con un tema cómo éste. Pero, en realidad, no importa. Lo haré lo mejor que pueda, lo mejor posible para mostrarlo tal como es, para que tengan su pingle, tal como quieren, para glorificar a su Dios tal como quieren verlo glorificado, no para mi mayor honor y gloria, ni siquiera para la suya, sino simplemente para cumplir con este encargo, tal como prometí. No importa si fue el destino o un poco de buena parte. Nuestro viaje ha terminado. La Pere se completó. Tengo su retrato. ¿Qué puedo decirle ahora?

-Mucho gusto en conocerle -dijo Tibor-. Acabo de tomarle una fotograba. Espero que esté de acuerdo.

-Claro, hijo, claro. Me alegro de haberte ayudado. Ahora debo volver a descansar, eso sí, si tu amigo me da una mano. Estoy achacoso, ¿sabes?

-¿Podemos hacer algo por usted?

-No, gracias. Tengo un montón de medicamentos almacenados. Sois buena gente. Os deseo un buen viaje.

Tom agitó una mano en dirección a Tibor mientras Pete lo cogía del brazo y lo conducía nuevamente hasta el pesebre.

¡El hogar!, pensó Tibor, con los ojos llenos de lágrimas. Ahora podemos volver a nuestro hogar...

Esperó que Pete volviese a poner las guarniciones a la vaca.

Esa noche se sentaron junto a un pequeño fuego que encendió Pete. Las nubes se habían alejado y las estrellas brillaban en el cielo recién lavado. Habían comido raciones secas. Pete había encontrado medio tarro de café instantáneo en una granja abandonada. Era viejo, pero estaba caliente y negro y humeaba de forma atractiva en la brisa del sur.

-Hubo momentos -dijo Tibor- en que pensé que no lo lograría.

Pete asintió.

-¿Todavía estás enojado porque te seguí? -preguntó.

Tibor soltó una risita.

-No abuses de tus triunfos -dijo-. No es una buena manera de lograr conversaciones.

-Sigo pensando en eso. Déjame terminar mi trabajo primero.

-¿Sigues pensando en hacerte cristiano?

-Sigo pensando en eso. Déjame terminar mi trabajo primero.

-Desde luego.

Pete había tratado de comunicarse con Abernathy, más temprano, pero la tormenta se lo había impedido. No hay prisa, pensó. Todo va bien. Hemos terminado.

-¿Quieres mirar su retrato de nuevo?

-Sí.

El extensor de Tibor se movió, sacó la foto de su caja y se la pasó a Pete.

Pete estudió los rasgos cansados y viejos de Tom Gleason. Pobre tipo, pensó. Quizá ya esté muerto. Pero no podíamos hacer nada por él. ¿Y si...? ¿Y si no ha sido una coincidencia? ¿Si fue algo más que la buena suerte lo que nos lo proporcionó? La ironía que vi en la deificación de una víctima de Lufteufel, ¿podría ser algo más profundo que una ironía? Movió la fotografía, mirando los ojos que habían brillado en el momento en que el hombre comprendió que hacía feliz a alguien, el matiz de dolor y la contracción de la frente cuando recordó su bonita Denver, destruida...

Pete bebió su café y devolvió la fotografía a Tibor.

-No pareces sentirte desgraciado -dijo Tibor-, pese a que la competencia ha obtenido lo que quería.

Pete se encogió de hombros.

-No me parece importante -dijo-. Después de todo, es sólo una fotografía.

Tibor volvió a guardarla en su caja.

-¿Tenía el aspecto que habías supuesto que tendría? -preguntó.

Pete asintió, recordando rostros que había conocido.

-Sí -dijo-. ¿Has decidido cómo vas a hacerlo?

-Les haré un buen trabajo. Eso lo sé.

-¿Más café?

-Gracias.

Tibor le tendió su taza. Pete la llenó y agregó un poco en la suya. Miró las estrellas, escuchó los sonidos de la noche, aspiró el viento tibio -¡qué tibio estaba ahora!- y bebió café.

-Qué pena no haber encontrado también cigarrillos.

18

Junto a la senda polvorienta que servía de camino, Alice, la chica cretina, guardaba silencio, y pasaron mil años mientras llegaba el sol y el día aguantaba un tiempo y, finalmente, caía en la oscuridad. Supo que él había muerto aun antes de que el lagarto se acercara.

-Señorita.

Ella no levantó la vista.

-Señorita, venga con nosotros.

-¡No! -dijo ella violentamente.

-El cadáver...

-¡No quiere!

Sentándose a su lado, el lagarto dijo con voz paciente:

-Según la costumbre, usted debe reclamarlo. -Pasó un rato. Ella mantenía los ojos cerrados para no ver, y con las manos sobre las orejas no podía estar segura de que el lagarto estuviera hablando. Finalmente, la tocó en el hombro-. Usted es retardada, ¿verdad?

-No.

-Es demasiado retardada para entender lo que digo. Está vestido de cazador, pero es el viejo con quien usted vivía, el hombre de las ratas. Es el hombre de las ratas, ¿no? Disfrazado. ¿Qué estaba haciendo disfrazado? ¿Estaba tratando de escapar de sus enemigos? -El lagarto rió roncamente, entonces; las escamas de su cuerpo ondularon a causa del ruido de su voz-. No le sirvió. Le deshicieron la cara. Tendría que verlo: no es más que pulpa y...

Ella saltó y corrió; luego volvió corriendo a buscar a su muñeca olvidada. El lagarto tenía la muñeca y le sonrió; no le dio la muñeca, sino que la apretó contra su pecho escamoso. Se burlaba de ella.

-¡Era buen hombre! -gritó, frenética, mientras trataba de agarrar la muñeca, su muñeca.

-No, no era un buen hombre. Ni siquiera era un buen cazador de ratas. Muchas veces, más de las que supone, vendía ratas viejas y feas por el precio que en el mercado se pagaba por ratas jóvenes y gordas. ¿Qué hacía antes de ser cazador de ratas?

Alice dijo:

-Bombas.

-¿Tu papaíto?

-Sí, mi papaíto.

-Bueno, si era tu papaíto, te traeremos el cadáver. Quédate aquí.

El lagarto se levantó, tiró la muñeca a sus pies y se alejó, con su paso característico.

Sentada junto a la muñeca, miró alejarse al lagarto, sintiendo que las lágrimas corrían silenciosamente por sus mejillas. Sabía que no resultaría, pensó. Sabía que lo cogerían. Quizá por las ratas malas; las ratas viejas, duras... como dijo ése.

¿Por qué será todo así?, se preguntó. Me dio esta muñeca hace mucho. Ahora ya no me dará nada.

Nunca. Algo está mal. Pero ¿por qué? La gente está aquí un tiempo, y entonces, aunque la quieras, se marchan y es para siempre, nunca vuelve, no.

Una vez más, cerró los ojos y se balanceó.

Cuando volvió a abrirlos, un hombre que no era un lagarto se acercaba a ella por la senda polvorienta. Era su papaíto. Mientras se ponía de pie, llena de alegría, se dio cuenta que algo le había sucedido y vaciló, abrumada por su transformación. Ahora estaba más erguido y su rostro mostraba una bondad resplandeciente, una expresión cálida, carente del retorcimiento a que estaba acostumbrada.

Su papaíto se acercó, paso a paso, de forma mesurada, como si danzara solemnemente hacia ella, y luego se sentó en silencio, indicándole que se sentara también. Era raro, pensó ella, que no hablara; sólo hacía gestos. Había en él una paz de la que nunca había sido testigo antes, como si el tiempo hubiese retrocedido para él, volviéndolo más joven y más... suave. Le gustaba más de esta manera. El miedo que siempre había sentido en su presencia comenzó a abandonarla y extendió un brazo, vacilante, para tocarlo.

Sus dedos pasaron a través del brazo. Y entonces, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, llegó hasta ella un relámpago de comprensión: era solamente su espíritu. Como había dicho el lagarto, su papaíto había muerto. Su espíritu se había detenido en el camino de vuelta, para estar con ella, para pasar un último momento descansando con ella, junto al camino. Por eso no hablaba. Los espíritus no podían ser oídos.

-¿Me oyes? -preguntó ella.

Sonriendo, su papaíto asintió.

Una sensación poco corriente de que comprendía las cosas empezó a removerse en su interior, una especie de viveza, que no recordaba haber tenido nunca en el pasado. Era como si un... luchó por encontrar la palabra. Alguna membrana había desaparecido de su mente; ahora veía, en el sentido de que entendía lo que no había entendido nunca. Mirando a su alrededor vio, en verdad, un mundo diferente, un mundo que, por fin, era comprensible, aunque no fuera más que por un momento.

-Te quiero -dijo ella.

Él sonrió nuevamente.

-¿Volveré a verte? -le preguntó.

Él asintió.

-Pero tendré que... -Ella dudó, porque era una idea difícil-. Pasar al otro lado antes de ese momento.

Sonriendo, él asintió.

-Te sientes mejor, ¿verdad? -dijo ella. Era evidente, más allá de toda duda, por su aspecto-. Lo que se fue de ti era algo terrible...

Hasta ahora, ahora que había desaparecido, nunca se había dado cuenta de cuán terrible era.

-Había algo malo en ti. ¿Por eso te sientes mejor? Porque ahora, esa cosa mala...

Poniéndose silenciosamente en pie, su papaíto comenzó a alejarse por las borrosas huellas de la senda.

-Aguarda -dijo ella.

Pero él no podía o no quería aguardar. Siguió alejándose, ahora dándole la espalda, haciéndose más y más pequeño, y finalmente desapareció. Ella lo miró alejarse y luego vio lo que quedaba de él, atravesando un montón de basura y escombros; lo atravesó, no le dio la vuelta, pálido y fantasmal como estaba. No se hizo a un lado para evitarlo. Y era muy pequeño ahora; sólo medía un metro de altura, y se desvanecía y se hundía, deshaciéndose en corpúsculos luminosos que se alejaban súbitamente, formando nubes que el viento arrastraba y siendo absorbidos por el día.

Dos lagartos llegaron hasta ella; los dos parecían perplejos y un poco enfadados.

-Se fue -le dijo el primer lagarto-. Su cadáver se fue... quiero decir, el de su padre.

-Sí -dijo Alice-. Lo sé.

-Supongo que lo robaron -dijo el otro lagarto. Y, como para su coleto, agregó-: Algo lo arrastró... quizá lo comió.

-Se levantó -dijo Alice.

-¿Se qué? -Los dos lagartos la miraron fijamente y luego, simultáneamente, se echaron a reír-. ¿Se levantó de entre los muertos? ¿Cómo lo sabe? ¿Vino flotando hasta aquí?

-Sí -contestó ella-. Y se quedó un momento conmigo.

Cautelosamente un lagarto dijo a su compañero, en un tono de voz totalmente diferente:

-Un milagro.

-Es una retardada -dijo el otro-. Diciendo tonterías, como siempre. Un cerebro quemado, tartamudeante. No era más que un humano muerto; nada más.

Con genuina curiosidad, el otro lagarto preguntó a la chica:

-¿Y adónde fue desde aquí? Quizá podamos alcanzarle. ¡Quizá pueda predecir el futuro, o curar!

-Se disipó -dijo Alice.

Los lagartos parpadearon y luego uno de ellos acomodó sus escamas, incómodo, y murmuró:

-Esta no es una retardada; ¿has oído la palabra que ha utilizado? Los retardados no usan palabras así, no usan palabras como «disiparse». ¿Estás seguro de que es esta chica?

Alice, con la muñeca bien sujeta, se volvió para marcharse. Unas pocas partículas de luz que habían formado parte de su papaíto y su nuevo ser la rozaron, como rayos de luna visibles durante el día, como un polvo mágico y viviente que se expandía por el panorama del mundo, y se volvía paulatinamente más y más fino, cada vez más impalpable, pero sin desaparecer completamente. Por lo menos, no para ella. Todavía sentía trocitos, trazas de él a su alrededor, en el aire, flotando y demorándose y, en algún sentido real, diciendo un mensaje.

Y la membrana que durante toda su vida había ocluido su mente... seguía ausente. Sus pensamientos seguían siendo claros y diferenciados, y así seguirían, por el resto de su vida.

Hemos avanzado un paso en la diversidad, pensó. Mi padre y yo... él, más allá de lo visible y yo dentro de lo visible, por fin.

A su alrededor el mundo brillaba con la calidez diurna y le pareció que también había cambiado de forma permanente. ¿Qué son estas transformaciones?, se preguntó. Ciertamente durarán, ciertamente permanecerán. Pero no podía estar realmente segura, porque nunca había sido testigo de una cosa semejante. En todo caso, lo que percibía en todas partes, mientras se alejaba de los intrigados lagartos, era bueno. Quizá, pensó, sea la primavera. La primera primavera, desde la guerra. La contaminación se está alejando de nosotros, finalmente, y del lugar donde vivimos. Y supo por qué.

El doctor Abernathy sintió que la opresión se levantaba, pero no sabía por qué. En el momento en que comenzó había ido andando hasta el mercado, para comprar unas verduras. Cuando volvía, se sonrió a sí mismo, disfrutando del aire porque tenía -¿cómo era que lo llamaban antes?-, no podía recordar. Ah, sí: ozono. Iones negativos, pensó. El olor de la nueva vida. Asociado con el equinoccio vernal, el que cargaba la Tierra con destellos solares, quizá, de la gran fuente.

En algún lado, pensó, ha sucedido algo bueno y se está extendiendo. Vio, asombrado, palmeras. Súbitamente se detuvo, aferrando su cesto de remolachas y judías verdes. El aire cálido, las palmeras... es raro, pensó, nunca había notado que hubiese palmeras aquí. Y una tierra seca y polvorienta, como si estuviera en Oriente Medio. Otro mundo; toques de otro contínuum. No entiendo, pensó. ¿Qué es lo que está surgiendo? Como si ahora mis ojos estuvieran abiertos de una forma especial.

A su derecha, unas pocas personas que habían ido a la compra se habían sentado a la vera del camino, a descansar. Vio gente joven, polvorienta a causa de la caminata, sudorosa, pero llena de una pureza que era nueva para él. Una chica bonita, de cabellos negros y un poco

regordeta, había desabrochado su camisa; no se sintió molesto. Sus pechos desnudos no lo ofendían. La película ha desaparecido, pensó, y, de nuevo, se preguntó por qué. ¿Alguien había hecho una buena acción? Difícil. No había buenas acciones. Se detuvo y quedó allí, de pie, admirando a los jóvenes, la desnudez de la joven que no parecía consciente de sí misma, aunque lo veía a él, un cristiano, mirándola.

De alguna manera, la bondad ha llegado, pensó. Como Milton escribió una vez: «Del mal surge el bien.» Observa, se dijo, la desigualdad relativa de los dos términos; el mal es el más poderoso para aquello que es malo, y el bien apenas sobrepasa a su opuesto. La Caída de Satanás, la Caída del hombre, la crucifixión de Cristo... de esos actos malos y terribles nació un bien; de la Caída del hombre y la expulsión del Paraíso, el hombre aprendió el amor. ¡De la Trinidad del Mal, surgió, la Trinidad del Bien! Una cosa equilibrada.

Entonces, pensó, posiblemente el mundo ha sido liberado de aquella película oprimente por un acto de maldad... ¿o me estaré metiendo en sutilezas? En cualquier caso, sentía la diferencia; era real.

Juraría ante Dios que estoy en algún lugar de Siria, pensó. En el Levante. Y más atrás en el tiempo, además, quizá... miles de años, posiblemente. Miró a su alrededor respirando, excitado, asombrado.

A su derecha, una oficina de Correos de Estados Unidos, de antes de la guerra.

Viejas ruinas, pensó. El mundo antiguo. Renaciendo, de alguna manera en este presente nuestro. ¿O he sido llevado al pasado? No estoy yo en el pasado, concluyó, sino que eso ha sido transportado en el tiempo, como a través de un punto débil, para entrar aquí e insuflarnos. O insuflarme a mí. Probablemente nadie más lo ve. Dios mío, pensó, esto es como Pete Sands y sus drogas, salvo que yo no he tomado nada. Esto es la división de la normalidad o, si no, la invasión de la paranormalidad; esto, comprendió, es una visión y debo tratar de desentrañarla.

Anduvo lentamente por el campo lleno de mugre y rastrojos, hacia las ruinas de la pequeña oficina de Correos de Estados Unidos. Contra la pared que quedaba en pie, había varias personas, disfrutando del sol y el descanso del mediodía. ¡El Sol! ¡Qué vigor invisible tenía ahora su luz!

No ven lo que yo veo, pensó. Nada ha cambiado para ellos. ¿Qué sucedió para que pasara esto? Un día de sol corriente en el mundo... si interpreto lo que veo como si fuese un mero símbolo: un día de sol, que representa, en el sentido más alto, el fin de la autoridad del mal, de ese oscuro dominio. Sí; algo malo ha perecido, se dio cuenta y, comprendiéndolo, su corazón se alegró.

Algo cuya sustancia era la maldad, pensó, se ha transformado en una sombra. De algún modo, ha perdido una personificación esencial. ¿Acaso Tibor tomó la fotografía del Dios de la Ira y, al hacerlo, robó su alma?

Permaneció allí, jubiloso, junto a las ruinas de la antigua oficina subalterna de Correos de Estados Unidos. El sol brillaba sobre él, los campos murmuraban con el zumbido y los susurros de la satisfacción, el suave e interminable murmullo de la vida. Bueno, se dijo, divertido, si el alma de Carleton Lufteufel podía ser robada, entonces no era un dios sino un hombre, como el resto de nosotros. Los dioses no tienen nada que temer de las cámaras. Excepto, pensó, contento con su retruécano, el miedo a la (rió, deleitado) exposición.

Varias personas medio dormidas lo miraron y sonrieron un poco, sin saber de qué se reía y, sin embargo, compartiendo su risa.

Más seriamente, el doctor Abernathy pensó: Los Siervos de la Ira estarán entre nosotros durante mucho tiempo -las religiones falsas son tan duraderas como las reales, al parecer-, pero su realidad se ha desvanecido, ha huido del mundo, y lo que queda es hueco y carece del mekkis, el poder que tenía.

Me interesará mucho ver la fotografía que traerán Tibor y Pete Sands, pensó. Como dicen, mejor malo conocido que bueno por conocer.

Al hacer caer su imagen en una trampas lo han roto, comprendió. Lo han reducido a la dimensión humana.

Las palmeras susurraban en el viento tibio del mediodía, relacionándole aún más, sin palabras, con el soleado misterio de la redención. Se estaba preguntando, con todo, a quién podría decir su retruécano. El dios falso, se repitió, fascinado, ya que normalmente no se le daban bien los juegos de palabras, no puede sobrevivir a la exposición. Debe estar siempre escondido. Lo hemos hecho salir y hemos congelado su rostro. Y está sentenciado a muerte.

Y así, se dijo, por intermedio de un proyecto creado por la insidia y las ambiciones de los mismos Siervos de la Ira, nosotros los cristianos, aparentemente derrotados, hemos triunfado; este retrato ha iniciado el proceso de descomposición del Deus Irae, a causa de su misma autenticidad... o más bien por el hecho de que los Siervos de la Ira insistirán en que es auténtico. Sí, pensó, ellos documentarán y certificarán su autenticidad, colaborando en su propia caída. Así, el verdadero Dios usa el mal para mejorar el bien y el bien para mejorar el mal, lo que equivale a decir que, en última instancia, descubriremos que Dios ha sido servido por todos. Por todos los acontecimientos, buenos o malos.

Quiero decir, pensó, llamados buenos o malos. El bien o el mal, la verdad o el error, el camino erróneo o el buen camino, la ignorancia y la malicia, la sabiduría y el amor... todos, pensó, deben ser vistos como Ommiae vitae ad Deum ducent. Todas las vidas, como todos los caminos, llevan... no a Roma, sino a Dios.

Andando nuevamente, reflexionó que debía decir esto en un sermón, junto con el retruécano; era algo que valía la pena decir a la gente, para que sonrieran, como esas personas que descansaban junto a las ruinas de la antigua estafeta de Correos de Estados Unidos. Aun si no entendían pensamientos tan complejos, podrían disfrutarlos.

Disfrutar nuevamente de las cosas... La opresión del mundo, desvanecido a causa de un acto invisible para todos, no podría mantener a raya a los hombres; podrían calentarse al sol y sonreír y desabotonar sus camisas para tomar el sol y disfrutar el humor de un simple sacerdote.

Me gustaría saber qué pasó, pensó. Pero Dios cierra los ojos de los hombres para hacer su voluntad.

Quizá, concluyó el doctor Abernathy, era mejor así.

El pingle que pintó Tibor McMasters se dio a conocer lentamente en el mundo y, finalmente, fue considerado igual a las obras de los grandes maestros del Renacimiento italiano, la mayor parte de las cuales se conocían gracias a las reproducciones, ya que los originales habían quedado destruidos.

Diecisiete años después de la muerte de Tibor, una declaración oficial de autenticidad fue hecha pública por la jerarquía de los Siervos de la Ira. Era, verdaderamente, el rostro del Dios de la Ira, Carleton Lufteufel. No había ninguna duda. Cualquier discusión sobre el tema pasaba a ser ilegal e implicaba el castigo de la castración para los hombres y la amputación de una oreja para las mujeres. Esto se hacía para asegurar la reverencia en un mundo irreverente, la fe en una sociedad carente de ella y una creencia en un mundo que ya había descubierto que la mayor parte de sus creencias eran, en realidad, mentiras.

En el momento de su muerte, Tibor subsistía gracias a una pequeña pensión anual de la Iglesia, más el mantenimiento gratuito de su carrito, con alfalfa para sus dos vacas. A causa de la excelencia de su trabajo, se le habían concedido dos vacas, en vez de una, para tirar de su carro. Cuando pasaba, la gente lo reconocía y lo aclamaba. Daba laboriosos autógrafos a los turistas. Los niños chillaban al verle y no se burlaban; Tibor era querido por todos, y aunque en sus últimos años se volvió excéntrico e irascible, era considerado como un elemento positivo de la comunidad... a pesar de que, después de pintar el auténtico retrato del Dios de la Ira, no volvió a pintar nada importante.

Se decía que, entre sus efectos, había ciertos apuntes en forma de diario en los cuales, y sólo para sí mismo, había expresado, hacia el fin, algunas reservas acerca de la autenticidad

de su gran pingle. Sin embargo, nadie vio esos hológrafos personales. Si existieron, los Siervos de la Ira, que secuestraron el conjunto de sus papeles, los guardaron tras puertas metálicas herméticas o -más probablemente- los destruyeron.

Sus últimas dos vacas fueron matadas y embalsamadas, una a cada lado de su gran pingle, para que contemplaran solemne y vidriosamente a los turistas que venían a rendir tributo a la famosa obra de arte. Tibor McMasters fue proclamado, finalmente, santo de la Iglesia. No se conoce el emplazamiento de su tumba. Varias ciudades afirman orgullosamente que la custodian.

FIN

Librodot